IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

El MISTERIO de la ROSA ESCARLATA

Reunidos en Londres, Irene, Sherlock y Lupin encuentran en The Times un extraño problema de ajedrez firmado por «el Fraile Negro». Está escrito en un código desconocido y una pequeña chispa brilla en los ojos de Sherlock… Al día siguiente, la ciudad se conmociona con la noticia del asesinato de un rico comerciante. Sobre su escritorio se ha encontrado una rosa escarlata, la misma flor que veinte años antes fuera la «firma» de un audaz grupo de criminales. ¿Acaso la Banda de la Rosa Escarlata ha vuelto a actuar?

Irene Adler

El misterio de la Rosa Escarlata

Sherlock, Lupin y yo - 3.0

ePub r1.1
Titivillus 08.07.2023

Título original: *Il mistero della Rosa Scarlatta*
Irene Adler, 2012
Traducción: Miguel García

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El misterio de la Rosa Escarlata

Capítulo 1. Una navidad londinense

Capítulo 2. Una tormenta imprevista

Capítulo 3. Una alma alterada

Capítulo 4. Tres jóvenes en Scotland Yard

Capítulo 5. Excursión a Twickenham

Capítulo 6. Bajo la enseña del viejo bergantín

Capítulo 7. Los tres mendigos

Capítulo 8. Un gran detective

Capítulo 9. Primicias de Fleet Street

Capítulo 10. Un cambio inesperado

Capítulo 11. Un largo sueño agobiante

Capítulo 12. Un tigre enjaulado

Capítulo 13. Correrías en Liverpool

Capítulo 14. En los laberintos de papeles

Capítulo 15. Una historia en marañada

Capítulo 16. Tres caballeros (o quizá no)

Capítulo 17. A la caza del fraile negro

Capítulo 18. Amanecer junto al Támesis

Capítulo 19. La sobra de la venganza

Capítulo 20. Una navidad entre amigos

Capítulo 1

UNA NAVIDAD LONDINENSE

Si rememoro aquella lejana tarde de diciembre de 1870, me viene a la mente una imagen muy precisa: una lenta danza de minúsculos copos blancos llenando la ventana del estudio de mi padre. Era mi primera nevada londinense.

Mi padre se encontraba en Glasgow en uno de sus viajes de negocios y, con la generosidad que lo caracterizaba, me había permitido usar su pequeño pero acogedor estudio con las paredes abarrotadas de libros.

No lejos de mí, en una pequeña chimenea de mármol blanco, ardía un fuego vivo y crepitante. Horace Nelson, nuestro fiel mayordomo, se acercó discretamente a la puerta, que yo había dejado entreabierta, y señaló la ventana con un leve ademán de la

cabeza.

—Mire, señorita Adler…

Nada más volverme, la visión de toda aquella blancura me sorprendió y me conmovió.

—¡Está nevando! ¡Está nevando! —exclamé sin pensar siquiera, como una niña (quizá fuera más acertado decir que, en aquel momento, la que habló fue la niña que por entonces aún había en mí).

Al cabo de poco, atraída por el estallido de mi voz, llegó también mi madre. Horace se apartó con una inclinación y se fue.

Entonces vi que mi madre miraba la ventana y su cara se iluminaba con una franca sonrisa. También ella, después de todo, tenía corazón de niña.

—Oh, Irene… ¿No es precioso? —preguntó.

—Tan bonito como en un cuento —le contesté.

Mi madre echó un vistazo a los muchos libros que abarrotaban el escritorio de mi padre y, al verlos, casi pareció compadecerme.

—¡Te dejo estudiar, cielo! —me dijo sonriendo—. Hasta más tarde.

Yo también sonreí, pensando que su buen humor tenía en realidad un significado muy concreto: después de un otoño de suspiros, caras largas y melancólicas alusiones a París, la ciudad de la que habíamos tenido que huir precipitadamente a causa de la guerra contra Prusia, Londres había conquistado su corazón por fin.

La elegancia austera de los edificios, las comedidas costumbres de la buena sociedad londinense y la refinada manufactura de los objetos que vendían en los almacenes de lujo, en los que mi madre se abastecía para decorar nuestro nuevo apartamento en Aldford Street, habían ablandado su ánimo con el paso de los días. Cuando después, a través de los amigos de mi padre, nos llegó la noticia de que, igual que nosotras, varias damas más de la buena sociedad parisina se habían trasladado a la capital británica para alejarse de los peligros de la guerra, en mi madre se completó el cambio. Ya no se sentía sola. Y yo tampoco.

Para ayudarnos a que nos sintiéramos como en casa en aquella ciudad extranjera había bastado, luego, el ambiente navideño, al que tanto mi madre como yo siempre habíamos sido sensibles. Por lo cual aquellos eran unos días muy alegres, que pasaba felizmente

con ella, cosa que rara vez había sucedido antes.

Esto no significa que no guardara secretos con ella. Todo lo contrario. Por ejemplo, en aquel momento yo no estaba estudiando en absoluto, como ella había pensado. En realidad acababa de concluir una página del diario que escribía desde hacía algunos meses. Un diario secreto, un bonito volumen encuadernado en tafilete al que había confiado ya muchas de las palabras que hoy me ayudan en la redacción de mis memorias de infancia. Pero no tengo ninguna necesidad de consultar sus páginas, ahora amarillentas, para recordar lo que había escrito aquella tarde. Había escrito sobre mis dos inimitables amigos, Sherlock Holmes y Arsène Lupin. Con el primero me veía habitualmente desde que me había establecido en Londres, mientras que el segundo se encontraba viajando por alguna parte del mundo con el circo de su padre. Su última tarjeta postal databa de hacía un mes y había sido enviada desde Amberes. Al recibirla, tras entregármela Horace a escondidas, la había leído en mi habitación con los labios casi ardiéndome.

Suspiré mientras mis ojos seguían fijos en la ventana y en la suave danza de los copos de nieve. Sabía que era una chica muy afortunada, y no porque mi padre hubiera podido alejarnos de la guerra y siguiéramos llevando nuestro tren de vida, sino porque ya entonces, cuando la fama aún no había rozado siquiera a mi amigo, me daba cuenta de lo privilegiada que era por poder pasar tiempo con Sherlock Holmes y ser testigo de la inquieta y deslumbrante grandeza de su mente. Pero había veces en que echaba de menos a Lupin, con su desarmante sencillez, su audacia, su capacidad para hacer que parecieran inofensivas incluso las empresas más peligrosas, salvo cuando luego las contaba de una manera tan exagerada que hasta me costaba reconocerme a mí misma como protagonista. Echaba de menos aquella química que surgía entre los tres cuando estábamos juntos, echaba de menos las bromas y las confidencias, los gestos audaces e ilógicos, y aquella sensación de omnipotencia frente al mundo circundante que me hacía sentir segura ante cualquier peligro. Ese era el poder de nuestra joven edad, y de nuestra amistad.

Cuando finalmente aparté los ojos de la ventana, me apresuré a mirar el reloj de péndulo colgado en un rincón del estudio. Faltaban pocos minutos para las tres. Era miércoles, y aquel día de la

semana, como también los viernes, mis tardes londinenses estaban organizadas siempre del mismo modo: a las cuatro en punto salía a la calle, donde Horace y un coche de punto estarían esperándome para llevarme a Carnaby Street, a la Shackleton Coffee House. Aquel era otro de los secretitos que compartía con mi mayordomo. Para mis padres, yo iba a casa de la señorita Langtry, mi nueva maestra de canto, pero lo cierto es que no acudía hasta una hora más tarde, después de pasar un tiempo en compañía de Sherlock Holmes en aquel café tan poco adecuado para una joven de buena familia. Pero, puesto que el señor Nelson era el encargado de concertar las clases y los pagos con la señorita Langtry, no era difícil engañarlos acerca de las horas de clase y ganar aquel ratito secreto para pasarlo en compañía de mi fascinante amigo.

Aquel día, de todos modos, la llegada inesperada de la nieve me convenció para cambiar mis planes. Ordené a toda prisa el escritorio de mi padre y corrí a mi dormitorio para ponerme mis botas más gruesas. Luego me abrigué bien y no anuncié mis intenciones hasta que estuve en la puerta de la calle.

—¡Hoy voy andando a casa de la señorita Langtry! —dije—. ¡Quiero disfrutar de la ciudad cubierta de nieve! ¿Puede mandar el coche a recogerme a las seis, Horace?

Cuando a mi espalda todavía resonaban las voces del señor Nelson y de mi madre en el vestíbulo, yo ya estaba fuera, al aire frío, entre los remolinos de nieve que se colaban por las casas, los carruajes y los transeúntes bien arropados.

Obviamente, mi intención era acudir a la cita con Sherlock, pero no había mentido en que quería disfrutar de la ciudad nevada. Recorrí un trecho de Aldford Street y doblé con determinación por South Audley Street para dirigirme a Picadilly. No era, claro, el camino más corto, pero, en cuanto desemboqué en la rica y animadísima calle que conduce al corazón de Londres, encontré todo lo que buscaba. Sobre todo, los majestuosos árboles de Green Park, con sus ramas cubiertas de nieve que parecían fabulosas filigranas de plata. Me puse a pensar en algo que ya me había impresionado años antes, cuando era una niña: el increíble prodigio que la nieve es capaz de hacer al transformar hasta el rincón más insignificante de una ciudad en un lugar mágico, hechizado y misterioso. Observaba las luces de los grandes hoteles y los

escaparates, que desentonaban con la austeridad de la nevada, y también el ir y venir de damas con abrigos de piel, y de sus jadeantes criados cargados de paquetes; aquella especial y febril alegría, en suma, que se puede respirar en una calle llena de tiendas en los días que anteceden a la Navidad.

Me vi rodeada de voces, colores, risas, olor a castañas asadas y pan de azúcar, y me dejé transportar de buena gana por la corriente impetuosa de personas paseando. Disfruté de cada instante de aquella caminata bajo la nieve, cautivada por los vivaces colores, los adornos dorados y las ramas de muérdago de los escaparates, como en un gran caleidoscopio.

Llegué así, casi sin darme cuenta, a Piccadilly Circus, donde, entre la multitud y el tráfico de carros de mercancías y carruajes, era casi imposible dar un paso. Ya solo tuve que tomar la primera calle hacia el norte para llegar a Carnaby Street en un cuarto de hora de camino a paso rápido. Allí, entre los puestos del mercado, los gritos de los comerciantes y el trasiego de la gente, me dejé guiar por un penetrante olor a salchichas a la brasa, en un entorno mucho más humilde y popular que el de las calles que acababa de dejar atrás.

Abrí finalmente la puerta de la Shackleton Coffee House y, pese a que llegaba con unos buenos veinte minutos de adelanto, encontré a Sherlock hundido ya en su butaca favorita.

Al verlo sentí la acostumbrada emoción profunda directamente en el estómago, como un ligero espasmo. Además del aire gris que parecía remolinear perennemente en torno a su cabeza siempre despeinada, oí una especie de acorde lúgubre y desafinado que enseguida me puso alerta. De hecho, lo conocía demasiado bien para no comprender, a primera vista, que debía de haber sucedido algo.

Capítulo 2

UNA TORMENTA IMPREVISTA

Mi intuición no había fallado: el saludo de Sherlock consistió en una especie de gruñido inarticulado.

—Buenas tardes también, Holmes —dije yo para pincharlo—. Me complace constatar que el burbujeante espíritu navideño te ha puesto alegre.

Sherlock me lanzó una de sus miradas profundas. Sus ojos negrísimos brillaron por un instante, luego se los tapó con la mano y se restregó la cara como con un trapo. En medio de la frente, hasta ese momento alta y lisa, se formaron las dos habituales arrugas de contrariedad, y su nariz, larga y afilada, pareció temblar

de indignación.

—Mi ánimo, en este momento, es un desierto de aburrimiento sin fin… —dijo—, y lamento informarte de que lo que tú llamas «espíritu navideño» simplemente no existe.

—¿De veras? —contesté apartando una butaca—. Sin embargo, me parece que acabo de ver a unos cuantos miles de londinenses paseando por las calles, dispuestos a desmentir tu excéntrica teoría…

Sherlock consideró que una mueca tajante bastaba por respuesta.

—¡No alcanzo a comprender por qué razón la gente está tan alegre! —añadió luego cruzando las piernas nerviosamente. Estiró los dedos, largos y nudosos, para enumerar todo lo que le parecía incomprensible—: Calles atestadas de gente con una sonrisa idiota en la cara, tenderos ansiosos de vender fruslerías inútiles y un penoso afán de comer platos grasientos y malsanos… ¿Es ese tu «burbujeante» espíritu? —tronó mi amigo.

—Creo firmemente que deberías escribir una carta a Su Majestad la reina Victoria con la petición formal de abolir la Navidad —seguí aguijoneándolo—. Así resolverás el problema.

Sherlock agarró su taza de cacao hirviendo, dio un sorbo y soltó otro de sus gruñidos. Luego me miró con ojos sonrientes y yo hice otro tanto.

A aquellas alturas conocía muy bien aquellos momentos suyos de humor negro y, de igual modo, Sherlock sabía que no estaba dispuesta en absoluto a dejarme arrastrar a las oscuras simas de su ira. Pero lo que nunca habría reconocido, ni siquiera bajo tortura, era que mi presencia lo ayudaba a relajarse y serenarse. Ni que le apeteciera verme tanto, al menos, como me apetecía a mí.

—La verdad —admitió después de pedir una taza de cacao caliente para mí también— es que ahora estoy mucho menos irritado que hace solo media hora, Irene.

—Siempre he sabido que tengo cierto poder sobre ti… —bromeé dejando los guantes sobre la mesita. Me gustaba imaginar que era así—. Y perdona que te pregunte, pero ¿a qué se debe esta providencial mejoría de tu humor?

—¡Todo es mérito de mi viejo y buen amigo, el *Times*! —contestó Sherlock cogiendo un ejemplar del periódico que estaba en

el antepecho de la ventana cercana a él.

Sentí una punzada de contrariedad a la que no hice caso.

—Ah. Imaginaba que para eso necesitarías unas lecturas bien distintas… —repuse sorprendida.

—Y estabas en lo cierto —reconoció Sherlock poniéndose a hojear las páginas del diario—. Pero esta página de los anuncios del *Times* del lunes contiene una cosa muy rara, bastante… interesante.

—Si te refieres a la noticia de los monitos indios adiestrados para sustraerle la cartera del bolsillo a la gente honrada, bueno, Horace ya me ha hablado largamente de ello. También a él le ha impresionado…

—Nada de monitos. Se trata de esto —dijo Holmes señalándome un pequeño recuadro en un ángulo de la página de anuncios por palabras.

Adelanté el torso para leer un anuncio titulado «Problema de ajedrez», en el que había tres líneas con series de letras y números, por ejemplo V2 - P19 - D2, seguidas de la frase «Jaque mate en tres movimientos» y, al final, la firma «El Fraile Negro».

—Lo lamento, el juego del ajedrez no es mi fuerte que digamos —dije volviendo a recostarme en el respaldo de la butaca. Era típico de Sherlock escudriñar los periódicos hasta la última palabra, y leía con más atención los anuncios nimios y la publicidad que las noticias de primera plana—. ¿Se trata de un problema particularmente estimulante?

—Eso es precisamente lo más curioso… —respondió mi amigo —. Esta cosa, sea lo que sea, no es ningún problema ajedrecístico.

—Perdona, pero ¿cómo puedes estar tan seguro?

Sherlock bufó y se inclinó sobre la mesa.

—¡Es muy sencillo! Se da la casualidad de que, hace algún tiempo, en mi intento de sobrevivir a un verano interminable y mortalmente aburrido…

—Espero que no fuera el verano en que nos conocimos… —lo interrumpí, maliciosa.

—Uno mucho peor, te lo puedo asegurar —me tranquilizó. Dejó de hablar, y quizá también recordó, como yo, cuando nos vimos por primera vez en las murallas de Saint-Malo, él desesperadamente inmerso en la lectura de un libro, en busca de algún reto intelectual que le sirviera para no dejarse vencer por la canícula y por todo

aquel tiempo perdido que teníamos ante nosotros.

Pensé que no, que el verano anterior había sido lo contrario a un verano mortalmente aburrido, y me dispuse a escuchar el resto de lo que quería contarme.

—… En aquellas circunstancias me apasioné por el ajedrez. Leí mucho y me aprendí todas las notaciones ajedrecísticas con las que pude hacerme, y traté de reproducir las grandes partidas de los maestros del pasado.

—¿Notaciones ajedrecísticas? —repetí—. ¿En qué consisten exactamente? No sé ni jota de eso.

—En realidad son algo sencillísimo. Una «notación» es el modo de representar, con series de letras, números y otros signos, las posiciones de las piezas en el tablero en un momento dado de la partida.

—Una especie de código, en suma.

—¡Exacto! Y puedo asegurarte que lo que ha publicado ese exótico… Fraile Negro no está escrito en ninguna de las notaciones ajedrecísticas existentes.

—Puede que sea un tipo excéntrico que utiliza una notación propia —objeté.

—¿Para qué? —replicó Holmes—. ¿Cuál podría ser la razón para publicar en un periódico un problema de ajedrez que nadie, salvo quien lo ha escrito, es capaz de entender?

—¿El aburrimiento?

Ignoró mis palabras y prosiguió:

—¡Eso sin contar que no hay modo de interpretar estas series de signos para saber qué posición ocupan las piezas en el tablero! Hace casi una hora que me devano los sesos sin sacar nada en claro…

¡Y casi una hora de atención, para una mente omnívora como la de Sherlock, era realmente una infinidad de tiempo!

En su mirada entreví aquel inconfundible destello que expresaba la necesidad de compartir conmigo lo que le pasaba por la cabeza y, a un ademán mío, Sherlock se zambulló en una interminable explicación de por qué aquel anuncio no podía ser un auténtico problema de ajedrez.

Confieso que dejé de seguir casi enseguida su larga y complicada perorata, de la cual captaba solamente retazos aislados esperando que fueran suficientes para hacerme un cuadro más preciso de la

situación.

Notación algebraica.

Método Smith.

Sistema Gringmuth.

Sherlock, interpretando mi silencio como señal de complicidad y no de escepticismo, sacó del bolsillo una pequeña libreta oscura y un resto de lapicero con el propósito de convencerme, más allá de toda duda, de lo atinado de sus conclusiones. Ante lo cual decidí que no aguantaba más.

—¡No tengo ninguna intención de hacer un curso acelerado de una disciplina tan aburrida, profesor Holmes! —me apresuré a decir con una sonrisa—. Y me basta con verte la vena de la sien para comprender que las cosas son tal como dices.

Mi amigo me miró, visiblemente desconcertado. Se llevó una mano a la sien, donde la vena en cuestión, azulada y muy marcada, latía enérgicamente. No hay que subestimar la capacidad de observación de una chica de buena familia, pensé sonriendo, y a continuación añadí:

—El único punto que se me escapa es qué puede haber tan excitante en todo esto.

—Me parece que es bastante elemental —respondió Sherlock guardándose en el bolsillo, junto con la libreta y el lapicero, un poco de su estupor—. La pregunta inevitable que debes hacerte es: si este anuncio del Fraile Negro no es un problema de ajedrez, ¿de qué se trata, entonces? Y además —se apresuró a continuar antes de que yo pudiera intervenir—, ¿por qué habría que camuflarlo en las páginas de un periódico? Me temo que estas preguntas no van a dejarme dormir.

Reí de puro placer.

Era, literalmente, verdad. Sherlock Holmes era muy capaz de perder el sueño por un pequeño enigma sin resolver como aquel.

Iba a preguntarle cómo pretendía proceder para intentar solucionar el misterio y si yo podía ayudarlo de algún modo, cuando la puerta del café se abrió de golpe.

En el umbral apareció, envuelta en una ráfaga de nieve, una figura bastante pintoresca con una elegante capa carmesí y una gorra de fieltro gris calada hasta los ojos.

—¡Que me parta un rayo si no es…! —exclamó inmediatamente

Sherlock poniéndose recto contra el respaldo de la butaca.

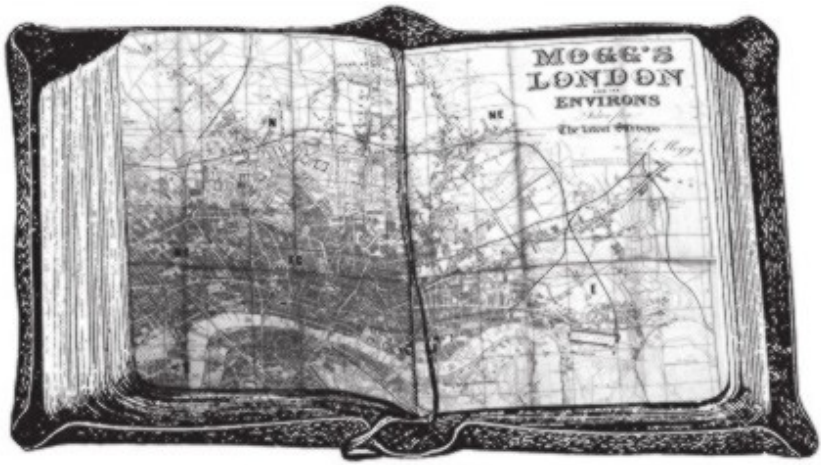
Solo tuve que echar un segundo vistazo a la entrada del local para quedarme tan pasmada como él.

El cliente que acababa de entrar en el café se había quitado la bufanda y la gorra y ahora su rostro podía reconocerse claramente.

¡Era Arsène Lupin!

Capítulo 3

UNA ALMA ALTERADA



—¡Sabía que os encontraría aquí! —dijo con entusiasmo nuestro amigo francés tirando la capa sobre la silla más cercana. Nos miró a ambos y, tras dudar un momento, me abrazó primero a mí, estrechándome despacio. Nos besamos en la mejilla, levemente, como viejos amigos, después de lo cual Lupin se arrojó a los brazos de Sherlock, y el suyo fue un abrazo mucho más espontáneo: rudo y divertido, con fuertes palmadas en la espalda y al menos un par de zarandeos. Yo los miré sonriente y también con una pizca de envidia.

En los pocos meses que había estado lejos, me parecía que Lupin había crecido mucho más que Sherlock y yo. Tenía la piel bronceada, pese a que fuera invierno, los ojos oscuros y luminosos, los pómulos y la barbilla como cincelados por un escultor.

Lucía un físico sano y vigoroso, con la típica llaneza y facilidad de gestos de quien lleva una vida deportiva, al aire libre, en contacto con muchas otras personas. Sus movimientos nunca eran casuales ni torpes, y tampoco excesivos o vulgares. Verlo

desenvolverse con absoluta sencillez en aquel bar extranjero era como ver un cuchillo caliente hundiéndose con facilidad en un bloque de mantequilla.

Para ser del todo sincera, aquel día me disgustó contemplar a mis dos amigos aparentemente desde fuera, distanciada, y no dejarme llevar completamente por el hecho de tenerlos allí a ambos. Estaba muy contenta, entiéndase bien, pero también tan emocionada que me retraje un poco para protegerme del efecto que mis amigos tenían sobre mí.

Empezamos a hablar todos a la vez, sin darnos tiempo siquiera a sentarnos, y cuando un cohibido camarero se acercó para preguntar qué iba a tomar Lupin, nos echamos a reír y nos sentamos por fin a la mesa.

—¡Contadme! —me dijo Arsène sonriendo y apoyando la mano en la mía, que acarició con cariño—. ¿Qué cosas os han ocurrido en todo este tiempo? ¿Me he perdido algo?

Sentí que mis dedos palpitaban bajo los suyos, pero miré a Sherlock, porque Arsène había preguntado por lo que nos había ocurrido a ambos, dando por descontado que habíamos seguido viéndonos.

Esbocé una sonrisa y le pregunté a mi vez:

—Mejor explícanos tú cómo es que llegas así, de repente y sin avisar a nadie.

—¡Uf! —exclamó mi joven amigo—. ¿Queréis saber la verdad?

—Sí, a ser posible —respondió Sherlock—. Y si puede contarse.

Arsène retiró la mano con una última caricia y yo me llevé rápidamente la mía al regazo, como si fuera un pajarillo herido. Escuché, más bien confundida, lo que nos contó.

Arsène había tenido una feroz discusión con su padre, Théophraste, y había decidido dejar el circo.

—¿Quieres decir que has venido a Londres… solo? —le pregunté, verdaderamente asombrada.

Él se rio, entre divertido y ofendido, como si yo hubiera debido ver en él a un verdadero hombre y no a un chiquillo con algún año más que yo.

—*Bien sûr!* —me respondió—. Y ha sido la mejor decisión de mi vida.

Nos contó que el circo de su padre estaba desde hacía poco en

Rotterdam, donde un rico comerciante de la ciudad se había mofado largo y tendido del número acrobático de Théophraste.

—Un patán de tal calibre, amigos, que no pude contenerme… —nos confió Arsène con aquella expresión suya de hurón que tanta alegría me infundía.

—¿Y qué hiciste? —le preguntó Sherlock.

—Lo reté a una partida de cartas aquella misma noche —contestó Lupin—. Naturalmente, le limpié todo lo que llevaba, reloj incluido.

—¿Que le limpiaste? —dije con los ojos desorbitados.

Él abrió y cerró los dedos a la velocidad del rayo y, cuando volvió a abrirlos, entre el índice y el pulgar sostenía un as de diamantes.

—¡Le limpié con la habilidad de un prestidigitador! —concretó.

—¡Magnífico! —celebró Sherlock Holmes dando un manotazo en la mesa—. ¡Así se hace!

Yo no estaba tan convencida, en cambio.

—¿Has hecho trampas a las cartas por dinero?

—Por el honor de mi familia —puntualizó Arsène, sin que mi pregunta hubiera hecho ni un rasguño en su seguridad.

—Algo muy justo —dijo Sherlock, que parecía más interesado en cómo había hecho aparecer una carta en las manos que en el resto del asunto.

—Pero ¡aquel dinero no era tuyo! —estallé.

—Es lo mismo que dijo mi padre —replicó Arsène, picado. Nos miró en busca de complicidad—. Se pasó toda la noche regañándome, instándome a devolver el dinero, ¡tendríais que haberlo oído! ¡Después de todo lo que pasamos para sacarlo de la cárcel! ¡Y con todo lo que él hizo de joven!

«Por eso mismo», pensé.

—Quizá sea la razón por la que no quiere que tú también… —empecé a decir, pero fui interrumpida por una segunda muestra de entusiasmo de Sherlock Holmes.

—¡Traiga de beber a mi amigo! —gritó al camarero abandonando todo su aplomo británico—. ¡Y a nosotros también!

Entonces no podía saberlo, como no fuera por pequeñas intuiciones, pero Sherlock tenía un motivo personal para sentirse cómplice de Arsène: la envidia que sentía por aquel gesto tajante, la

decisión de su amigo de dejar a su familia.

A la muerte de su padre ocho años antes, Sherlock, que era el hijo mediano, en contra de todo lo que su volcánico carácter lo habría empujado a hacer, había asumido muchas responsabilidades familiares: cuidaba de su hermanita pequeña y mediaba en las intemperancias de Mycroft, el hermano mayor, en el que su madre había decidido invertir sus escasos recursos para que estudiara en los mejores colegios, ofreciéndole de ese modo la posibilidad de convertirse en una personalidad notable. Y al cabo de una quincena de años, Mycroft se convertiría, en efecto, en un político de cierto peso en la sociedad londinense, pero no en una fi gura inmortal como Sherlock Holmes, que estudió solo, y sin reconocimiento alguno, con los libros escolares de su hermano. O como, por motivos opuestos, Arsène Lupin, que no fue al colegio ni un solo día de su vida.

He aquí el motivo de tanta comprensión por gestos ruines como hacer trampas en el juego, robar dinero a un desprevenido y desobedecer a su padre, que entonces no me parecieron más que decisiones infantiles y de mal gusto. Aún no sabía qué desorden puede originar en un corazón juvenil la verdad sobre la propia familia y los propios padres. Me explico: yo ya sabía, con razonable certeza, que la mujer que decía ser mi madre y el bueno de mi padre no eran mis verdaderos progenitores, pero no tenía la menor idea de quién era en realidad mi verdadera madre. Ni de lo profundamente que aquello cambiaría el curso de mi vida.

—He oído que en estos días, en Paddington, se celebra una muestra de nuevos prodigios tecnológicos de todo el mundo —dijo en ese momento Lupin—. ¿Qué os parece? ¿Vamos? ¡Yo os invito!

Me turbó mucho el modo en que Lupin parecía gozar de su libertad y, cuando lo vi poner sobre la mesa el fajo de billetes que le había estafado al comerciante, mostré toda mi desaprobación.

Me levanté.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Sherlock, y solo entonces, creo, ambos se dieron cuenta de lo lejos que me sentía de ellos.

—Nada —mentí—. Es que tengo un compromiso con mi madre.

—¿Y qué? —repuso Lupin—. ¡Dile que has cambiado de opinión y que te vienes con nosotros a la feria!

Me puse los guantes, enfadada.

—Cuánto lo siento, pero no es posible, Arsène. Así no se hacen las cosas.

Él, sentado aún, con los billetes en la mano, parpadeó un par de veces.

—*Pardon?*

Sherlock, en cambio, se levantó.

—Arsène tiene razón —me dijo—. Es una buena idea, vayamos los tres.

—¿Tú crees, Sherlock? —le pregunté con un tono más altivo del que me habría gustado.

—¡Rebélate antes de que sea demasiado tarde y se aprovechen de ti! —exclamó Arsène.

—No es lo que piensas —mentí—. ¡Mi madre y yo tenemos que hacer algo muy importante!

—Te equivocas, no son más que imposiciones. Pero debes librarte de ellas, como hizo mi amiga Hilde.

—¿Hilde? —pregunté en voz alta.

—¡Sí, Hilde! —respondió Lupin. Mirando a Sherlock, explicó—: Una chica de buena familia que conocí en Hamburgo, muy muy guapa, créeme, ¡que se fugó de casa para unirse a nuestro circo!

Aquello era demasiado.

Giré sobre los talones y salí, envarada, de la Shackleton Coffee House. Que aquellos dos hablaran, si querían, de la tal Hilde y de chicas monas. Pero que lo hicieran solos.

La lección de canto fue un auténtico desastre y cuando Horace fue a buscarme con el coche a las seis, me preguntó qué había ocurrido.

—¿Acaso usted y su amigo han discutido, señorita Irene? —me preguntó con su vozarrón comprensivo.

—Nada de eso —le contesté.

Y fue todo lo que me oyó decir. La verdad es que tenía el corazón alterado y que aquella noche me costó dormirme. El compromiso con mi madre consistía en confeccionar muñequitas de trapo para venderlas en una obra benéfica a favor de los niños pobres de la ciudad y, cuando me puse a trabajar en ellas poco después, me sumergí en la tarea con la férrea convicción de que era lo que tenía que hacer y que, gracias a aquellas muñecas, dejaría de pensar en Holmes y en Lupin. Sobre todo en Lupin. Pero no funcionó; era como si mis manos fueran incapaces de moverse solas.

Mi madre estuvo hablándome todo el tiempo y yo solo proferí monosílabos, sin escuchar ni una sola de sus palabras. No sabía qué era lo que más me había dolido, si el haber juzgado a mis amigos por el asunto de las trampas a las cartas y el haberme sentido juzgada por ellos o bien, simplemente, los celos por aquella Hilde. ¿Quién era? ¿Por qué se había unido al circo? ¿Y por qué Arsène se había sentido obligado a decir, de entrada, que era muy guapa? Me avergoncé al imaginar lo que podía haber contado de mí, del beso que me había robado cuando nos habíamos escondido en el hotel Albion y del hecho mismo de preguntarme si me consideraba más o menos guapa. Pasé todo el tiempo de la cena, en vez de sentada a la mesa, mirándome al espejo de mi habitación para decidir si lo era o no. Tenía la nariz pequeña y la barbilla fina, sí, pero quizá los ojos demasiado redondos y una boca que, menos de perfil, me parecía desproporcionada, de labios demasiado grandes. ¡Y demasiados dientes! ¿Y los lóbulos de las orejas? ¿No estaban demasiado pegados al cuello? Mi cuello era larguísimo, probablemente resultaba bufo. Y no estaba segura de que el corpiño tuviese que subrayar tanto las formas de mi cuerpo. Era muy alta, cierto, y eso me parecía bonito, pero era una chica, y tal vez una chica hermosa no debía ser tan alta. ¿Sería aquel lunar lo que no le gustaba a mi amigo? Pero ¿estaba realmente segura de que no le gustaba? ¿Me importaba tanto, además?

Me eché la larga melena pelirroja a un lado y a otro de la cara, recogiéndola en inútiles trenzas y moños, y al final me rendí, más llena de dudas que nunca en toda mi vida.

Ya en la cama, no tenía sueño; agotada, me volvía de un lado y de otro desesperadamente. Lo veía todo blanco, aunque estuviera oscuro y Londres descansara plácidamente al otro lado de mi ventana. Los únicos sonidos que me llegaban de vez en cuando eran los toques del campanario de…

Me volví con brusquedad en un intento de no oírlos y de no obsesionarme por saber de qué campanario eran, y hundí la cara en la almohada resoplando contra las plumas del relleno. Tenía el camisón empapado de sudor.

—¡Basta! —exclamé cuando los toques se hicieron tan insistentes que resultaron insoportables. ¿Cuántas veces iba a sonar aquella campana en plena noche?

Como para complacerme, los toques cesaron de golpe. Busqué a tientas el interruptor de la lámpara de la mesilla, pensando que, si mi destino era no poder dormir, al menos leería algo. ¡Pero no Flaubert!, me impuse. ¡Que otros lectores leyesen sus detalladas descripciones de los sentimientos amorosos! Yo solo quería leer acerca de misterios, aventuras y lugares terroríficos. ¿Dónde estaban Mary Shelley, Sheridan Le Fanu y aquel americano, Edgar Allan Poe, cuyos cuentos eran los predilectos de mi mayordomo?

Un largo escalofrío me recorrió la espalda sudada y mi mente entorpecida se espabiló de golpe: no era una campana lejana, sino algo mucho más cercano a mí. Una serie de golpecitos rítmicos contra las contraventanas de madera, como si algo… o alguien…

Fulminada por una suposición tan disparatada, crucé la habitación y entreabrí la ventana. Una voz me llamó desde fuera:

—¿Irene?

Me llevé la mano a la garganta, asustada. Pero luego, sin pensármelo, abrí más las hojas de la ventana y los postigos a la noche de la ciudad y, nada más hacerlo, me encontré cara a cara con Sherlock y Lupin, agarrados al canalón, como era su estilo.

—¿Qué hacéis ahí vosotros dos? —pregunté estupefacta.

—¿No podríamos hablar… un poco más cómodos? —me suplicó Sherlock, al que evidentemente empezaba a pesar el cansancio de estar colgado allí fuera.

Dudo que, entre las normas familiares que tanto había defendido yo en el café, hubiese alguna que permitiera a dos jóvenes imprudentes como Sherlock y Arsène entrar furtivamente en mi dormitorio y que yo los recibiera en camisón, susurrando, pero no tuve ningún reparo en hacerlo. Me senté en el centro de la cama mientras ellos se dejaban caer delante de mí, en las sombras, en los dos incómodos silloncitos que completaban el mobiliario de mi habitación.

Repetí mi pregunta tapándome las rodillas con el camisón.

—¿Y bien? ¿Os habéis vuelto locos o qué?

Se miraron como para decidir quién tenía que empezar con las explicaciones. Le tocó a Arsène.

—Mira, Irene…, el caso es que… —Suspiró—. Sherlock y yo queríamos disculparnos.

—Ah, ¿y por qué? —pregunté.

—Lo sabes perfectamente —siguió diciendo. Y tenía razón—. Lo

siento mucho. Estoy…, quiero decir, estamos muy disgustados. Hoy, en el café…, me he comportado como un auténtico fatuo.

—Y yo con él —dijo Sherlock. Tenía la mirada baja, contrita, y parecía realmente abochornado.

—No queríamos ofenderte —continuó Arsène—. Y sobre todo…

—¿Sobre todo? —urgí.

—Sobre todo no queríamos que te marcharas —terminó de decir Arsène—. He ido a la Shackleton Coffee House solo porque… era el único sitio que conocía donde… creía…, mejor dicho, tenía la esperanza de encontrar a mis amigos.

Mientras él hablaba, sentía correr dentro de mí algo cálido, como aceite, pero no quería admitirlo, así que permanecí callada escuchando.

—Mis dos únicos amigos, vosotros dos. Una y otro —añadió Lupin.

—Arsène y yo queríamos que supieras que no ha cambiado nada desde los días de Saint-Malo. Desde el pacto que hicimos allí.

—Así es —corroboró Lupin.

Asentí despacio y, cuando me pareció que no tenían nada más que decirme, susurré:

—Me alegra oírlo.

—Y para demostrártelo… —dijo Lupin con cierta vehemencia—, Holmes tiene una novedad sensacional que enseñarnos.

—¿De verdad, Holmes? —le pregunté tomándole un poco el pelo.

—De verdad —respondió él sacando de su chaqueta tres libritos que abrió sobre mi cama sin preocuparle que estuviéramos sumidos en una espesa penumbra.

—Sherlock… —traté de detenerlo, pero él parecía indiferente a todo comentario.

—El hecho es que por fin he resuelto el problema del Fraile Negro, ¿te acuerdas? Tal como pensábamos, no era un problema de ajedrez, sino un código.

Le di las gracias mentalmente por incluirme entre quienes habían formulado la hipótesis del código, dado que había sido él solo.

Sherlock puso un dedo en el centro de uno de los libros abiertos sobre mi cama e hizo crujir el papel de escasa calidad en que estaba

impreso.

—Y el código no indica las coordenadas de un tablero, sino las de un lugar concreto de Londres, como se ve en el *Map of London and Suburbs*
Furlong's
, el plano de la ciudad más detallado que existe.

—Ah —comenté, en absoluto cautivada.

En la habitación se hizo un extraño silencio, roto luego por la voz vibrante de Arsène, que susurró:

—Díselo, Sherlock.

Holmes dudó un instante de más.

—¿Decirme qué? —pregunté inclinándome hacia delante para poder leer en sus ojos.

—Lo sensacional es… —empezó a decir, y noté que tragaba saliva— que el código tiene tres líneas y que cada una de las líneas indica un lugar del plano de Londres.

—Así pues, en total son… ¿tres puntos distintos?

—Exacto. Y en el primero —Sherlock apretó aún más el dedo contra el papel— acaba de cometerse un atroz delito.

Capítulo 4

TRES JÓVENES EN SCOTLAND YARD

A la mañana siguiente me desperté muy temprano. Seguía teniendo en las manos el periódico que Sherlock, antes de irse con Lupin, me había dejado. Era un ejemplar de la segunda edición vespertina del *Standard*, uno de los diarios londinenses de mayor difusión. Se trataba del mismo ejemplar que su hermano Mycroft había llevado al volver a casa y que había hecho dar un respingo en la silla a mi amigo cuando sus ojos cayeron en un breve suelto de la página de sucesos. En él se daba noticia del asesinato de un tal Samuel Peccary, un rico comerciante en pieles, apuñalado en su lujosa mansión a orillas del río, en el barrio residencial de Twickenham. Precisamente aquel paseo junto al río de Twickenham era el primer lugar que él y Lupin habían identificado al descifrar por fin el

anuncio firmado por el Fraile Negro.

Según lo que habían podido explicarme en los pocos y presurosos minutos que habían pasado en mi habitación aquella noche, el «problema ajedrecístico» estaba compuesto por tres códigos, cada uno de los cuales era una coordenada precisa de una página concreta del plano más detallado y fiable de las calles y las afueras de Londres, publicado por la editorial Furlong en tres delgados tomos.

En cuanto Sherlock, repentinamente, había tenido la intuición de la posible naturaleza del mensaje en clave del Fraile Negro, los dos amigos habían corrido a la Librería más cercana y, derrochando alegremente un poco del dinero que Arsène había «ganado» en el juego, habían comprado los tres tomos del callejero Furlong.

Una rápida comprobación les había revelado luego que la suposición de Sherlock era totalmente plausible: interpretando los signos de los tres breves códigos como referencias al número de tomo, a la página y, por último, a las coordenadas del callejero Furlong, habían identificado tres lugares concretos de la ciudad. El primero de los tres estaba en Twickenham, a orillas del Támesis, mientras que los dos siguientes, si no recordaba mal, eran dos lugares más céntricos de la ciudad.

Mientras me preparaba para desayunar, no me resultaba difícil imaginar a Sherlock y a Lupin sentados en el café Shackleton o dentro de la caseta de madera del patio trasero de la casa de Holmes, cavilando sobre lo que podían significar los tres lugares de Londres señalados por el anuncio. Y más fácil aún me resultaba figurarme el destello que habría brillado en los ojos de Sherlock cuando la respuesta a aquella pregunta le había llegado inesperadamente por la información sobre un suceso en el *Standard*.

Si el primer lugar había sido escenario de un cruel homicidio, ¡entonces también los otros dos podían estar incluidos en el anuncio por el mismo motivo!

De ahí la necesidad de aquella visita nocturna, que, de todos modos, había sido una idea propia de unos inconscientes, una locura reprobable, en especial si se piensa en las posibles consecuencias que habría podido tener si mi madre los hubiera descubierto. Sin embargo, yo no había estado nunca tan contenta, el

corazón me desbordaba de júbilo. Porque lo primero que habían hecho, nada más descubrir aquella posibilidad, había sido venir a verme. ¡Era una de nuestras locuras! Y me parecía que aquellos pocos minutos pasados bisbiseando en la oscuridad de mi habitación, con el alma en vilo por la emoción, habían borrado de golpe todas las sombras y los malentendidos de nuestro encuentro precedente.

Me sentía como una boba. Me había bastado con oír el nombre de otra chica en boca de Lupin para que los celos me envenenaran. ¿De veras pensaba que Lupin, en sus viajes por toda Europa con su padre, llevaba una vida recluida? Lo cierto es que, más que sentir celos, tenía envidia de su libertad y me había sentido derrotada. Hilde era realmente una persona más valiente que yo, sus decisiones lo demostraban. Pero había también otra verdad, más dulce: con aquella imprevista visita nocturna habían vuelto a la luz nuestros recuerdos y sentimientos, los de los tres y solo de los tres, que nos unían de aquella manera única, especial, y dejaban fuera el resto del mundo. Habían bastado pocos minutos de complicidad para reforzar nuestros lazos y que me pareciera que nunca nos habíamos separado.

En eso pensaba durante las dos horas que tuve que pasar con la señora Symonds, la nueva institutriz que me daba clases de latín y literatura inglesa. Y que fueron un auténtico tormento.

Pese a que me diera la impresión de que el tiempo, malvadamente, se había detenido, las clases terminaron al final y de nuevo fui libre para moverme. Como de costumbre, necesité una pequeña mentira y la ayuda del señor Nelson; fue él quien aseveró a mi madre que iríamos juntos a Portobello Road en busca de regalos de Navidad, cuando en realidad fue él solo.

—¿Puedo elegir libremente los regalos, señorita Irene? —me preguntó quien para entonces yo consideraba ya un fiel amigo y no solo un mayordomo.

Sonrió enigmáticamente y posó en mí aquellos oscuros y penetrantes ojos suyos. Traté de hacer como si no me diera cuenta de su mirada, pero no lo logré y decidí romper el silencio.

—¿Por qué tengo la impresión de que sus ojos quieren decirme algo?

—Mis ojos solamente han notado en usted cierto… nerviosismo.

El tipo de nerviosismo que se apodera de usted cuando ciertos amigos están en la ciudad —respondió el mayordomo con sorna.

Para mí fue un misterio cómo había podido enterarse el señor Nelson de que Arsène había vuelto a la ciudad, al menos hasta que, sentada en el carruaje que me llevó al número 55 de Cheapside, volvió a mi cabeza el pequeño ruido que la noche anterior habíamos oído desde mi habitación. Y aquel ruido podía muy bien ser Horace Nelson parado al otro lado de la puerta, escuchando.

En todo caso, casi había llegado al

St. Paul's

School, el colegio donde Sherlock había empezado a estudiar hacía un par de meses. Pagué la carrera al cochero y en ese instante vi a Lupin llegar en un segundo carruaje al otro lado de la calle.

Crucé corriendo la transitada calzada.

—¡Buenos días, Irene! —me saludó Lupin sonriente—. Es un placer verte a la luz del día.

—Yo, en cambio, te prefiero en la oscuridad —me mofé de él. Estaba particularmente guapo y elegante, aunque vestía las mismas prendas arrugadas del día anterior. Me senté a su lado, a la espera.

Arsène miró la austera fachada del colegio.

—¡Por lo que parece, nuestro estudiantillo no ha logrado aún escabullirse de las garras del señor maestro!

En efecto, por una broma del destino, las vacaciones de Navidad no empezaban hasta el día siguiente y por eso Sherlock, si quería venir con nosotros, tendría que idear alguna pequeña estratagema.

Ni Lupin ni yo dudábamos de que nuestro amigo lo conseguiría, pero no teníamos ni idea de qué se inventaría.

Mientras esperábamos a Holmes, Lupin tuvo el tacto de evitar toda conversación personal; charlamos un poco de la guerra y de cuánto deseaban todos que acabara. Sabíamos que en París había un nuevo gobierno popular, pero ambos hablamos de él con gran recelo. Luego Arsène me dio un golpecito con el codo y me señaló el colegio. Sherlock había aparecido en la escalinata al lado de un tipo con uniforme que lo acompañó casi hasta nuestro coche. Holmes, tosiendo con fuerza, se despidió de él entonces y salvó a grandes zancadas la distancia que nos separaba.

Una vez en el carruaje, el aspecto de nuestro amigo nos asombró: tenía la cara roja, los ojos brillantes y la frente perlada de

sudor.

—Pero ¡si tienes fiebre! —exclamé.

—Exacto —asintió Sherlock con perfecta calma—, y la tengo gracias a una hoja de tabaco virginia que he ingerido hace media hora. Pero ahora vayámonos rápidamente —añadió—, porque como mi mami y mi tiíto, que han venido a recoger al pobre alumno enfermo, sois verdaderamente poco convincentes y no quisiera que el viejo Jenkins se percatara de nada.

Lupin se rio, divertido, y ordenó al cochero que recorriera dos manzanas y torciera en la esquina. Una vez puesta de por medio suficiente distancia entre nosotros y el
St. Paul's
School, Lupin ordenó al cochero que se detuviera en una plazuela poco concurrida y sacó del bolsillo del abrigo un ejemplar del *Standard* recién salido a la calle.

A juzgar por la brevedad del suelto del periódico de la tarde anterior, estaba claro que la noticia del delito de Twickenham debía de haber llegado a la redacción poco antes del cierre, por lo que esperábamos encontrar más detalles en la nueva edición. Sin embargo, la lectura rápida que hizo Lupin no añadió gran cosa a lo que ya sabíamos, salvo un detalle importante: la dirección exacta en que vivía Samuel Peccary.

—¡El número 4 de Church Lane! —leyó Lupin lanzando una mirada a Sherlock, que sacó inmediatamente del bolsillo uno de los tomos del callejero de Londres y se puso a hojear febrilmente las páginas.

—¡Ajá! —fue su conciso comentario pocos instantes después.

—¡Serían de agradecer algunas sílabas más! —le reproché.

—Se corresponden perfectamente… —dijo entonces con los ojos brillantes, más de satisfacción que por la fiebre que se había provocado él mismo—. El primero de los tres códigos del Fraile Negro es, de hecho, V2 - P19 - D2. Según lo interpreto yo, esto significa: segundo volumen del callejero Furlong de Londres y alrededores, página diecinueve, cuadrado formado por las coordenadas D y 2 del plano. Pues bien, ¿sabéis qué hay exactamente en ese cuadrado? —preguntó al final.

—Deja que adivine… —dijo Lupin—. ¡Barrio de Twickenham, Church Lane!

—Eso es —confirmó Sherlock.

—Por lo tanto, eso significa que… —sugirió Lupin.

—¡Yo sé lo que significa! —lo interrumpí impulsivamente, y acerqué la cara al ventanuco que servía para comunicarse con el cochero—. ¡Rápido, llévenos enseguida a Scotland Yard!

El cochero dudó al principio, pero luego sacudió las riendas e hizo arrancar el carruaje. Después de recorrer algunas callejuelas secundarias, nos sumergimos en el caótico tráfico de Tottenham Court Road. Las miradas de mis amigos me hicieron comprender que estaban de acuerdo con mi decisión; la información que poseíamos era demasiado importante para ocultársela a la policía. Y no era verosímil la idea de que podía tratarse de una simple coincidencia. Según lo que suponíamos, en las direcciones indicadas por los códigos restantes del Fraile Negro dos personas estaban en peligro de muerte.

Llegamos a nuestro destino en una veintena de minutos, Lupin pagó al cochero dejándole una generosa propina y nos dirigimos a toda prisa a la entrada de Scotland Yard, el edificio de extravagante nombre que albergaba las oficinas públicas de la policía.

No habíamos llegado siquiera a la puerta cuando un agente alto y encorvado nos interpeló desde dentro con voz nasal y grosera.

—¡Eh, vosotros, chavales! Esta es la sede central de la policía, ¿no lo sabéis?

—Lo sabemos —respondió Sherlock Holmes, imperturbable—. Pero tenemos que informar de algo importante.

El agente no se descompuso y, con perenne pomposidad, replicó:

—Si tenéis alguna historietilla que contar, ¿por qué no vais a la comisaría de policía de vuestro barrio? Estoy seguro de que os escucharán con mucho gusto.

—No lo dudo —repuso Sherlock con cara seria—, pero ¡da la casualidad de que lo que tenemos que contar es demasiado importante para un policía de barrio!

El agente nos miró con aire hostil, pensando si creernos o no.

—Entonces el agente Babcock os atenderá —anunció antes de desaparecer en una habitación dando un portazo.

El agente Babcock resultó ser un policía gordo, pelirrojo y de ojos claros que nos miró con aire decididamente aburrido desde un mostrador de madera oscura.

—Escuchad, si habéis perdido a vuestro perrito o algún juguete, este no es el sitio al que debéis acudir.

—¡Lo único que estamos a punto de perder es la paciencia! —rebatió Lupin con sequedad—. Así que lo mejor para todos es que escuchen lo que tenemos que decir.

—Oh, oh… —se burló el policía—. Soy todo oídos.

—De verdad que es importante, señor —intervine yo mirándolo directamente a los ojos—. Tiene que ver con la muerte de ese tal Peccary en Twickenham.

El hombre del mostrador alzó una ceja, dejando traslucir una mezcla de curiosidad y perplejidad. Pero, dado que de todos modos parecía dispuesto a escuchar lo que queríamos contar, lo interpretamos como una señal positiva. Sherlock y yo intercambiamos una mirada y mi amigo se acercó al mostrador. Tras sacar de su cartera de cuero el recorte del *Times* del lunes anterior, donde venía el falso problema de ajedrez firmado por el Fraile Negro, empezó a explicar al agente Babcock la situación.

—Cuando vi esto en la página de anuncios del *Times*… —empezó.

Y a continuación, de esa manera analítica y penetrante que le era propia, Sherlock desgranó todos los detalles de aquel caso a partir de la auténtica naturaleza de los tres breves códigos contenidos en el falso problema de ajedrez, para luego mostrar con el callejero Furlong que el primero correspondía al lugar en que se había cometido el asesinato de Samuel Peccary y concluir con una alusión a los otros dos lugares de la ciudad que resultaban de descifrar los otros dos códigos por el mismo método.

Cuando mi amigo terminó su explicación, el agente Babcock, que hasta ese momento ni había parpadeado, apoyó ruidosamente las palmas de las manos sobre el mostrador y puso unos ojos como platos. Los tres constatamos con cierta sorpresa que el policía parecía muy impresionado por lo que Sherlock le había contado.

Tuvimos la confirmación cuando un colega suyo larguirucho entró en la oficina poco después.

—¡Carruthers! —exclamó el agente del mostrador—. Estos chicos han descubierto algo realmente interesante.

Al oír aquello, también el segundo policía pareció sorprendido. Se paró de golpe y miró a su colega a los ojos.

—¿Cómo de interesante? —preguntó después de unos instantes de silencio pensativo.

—¡Diría que bastante! —continuó el agente Babcock—. Un asunto de códigos secretos que tienen que ver con el crimen de Twickenham, y con otros posibles crímenes aún por cometerse.

El agente Carruthers se volvió hacia nosotros y nos miró con cara de sospecha.

—Códigos secretos, ¿eh? —repitió volviéndose de nuevo hacia su colega—. ¿Lo bastante importante para molestar al inspector Jarvis?

El policía del mostrador pareció considerar el asunto con mucha cautela mientras se acariciaba la barbilla.

—¡Sí, sí, en mi opinión sí! —fue finalmente su veredicto.

Sherlock, Lupin y yo intercambiamos una mirada de satisfacción. ¡Acabábamos de poner a Scotland Yard tras la pista de un peligroso asesino!

—Seguidme —dijo el agente Carruthers, que nos hizo una seña y nos precedió. No nos lo hicimos repetir dos veces y fuimos tras él por un tétrico y largo pasillo mal iluminado.

Subimos una corta escalera y luego atravesamos otro pasillo, para llegar por fin ante una puertecita oscura. El policía llamó suavemente y, sin esperar respuesta, la abrió y se apartó.

—Adelante —nos invitó—. Al inspector Jarvis le agradará recibiros.

Y sin añadir nada más, desapareció en los pasillos de Scotland Yard.

Mis amigos y yo cruzamos la puerta más bien sorprendidos. Nos encontramos, de hecho, en una habitación pequeña y desnuda, amueblada solamente con viejas sillas pegadas a las paredes. ¡No era así como me imaginaba la oficina de un alto funcionario de la policía de Su Majestad!

También el aspecto del inspector Jarvis me pareció un tanto desastrado. Se trataba de un hombre bastante viejo, con el cabello y las tupidas patillas blancos, cubierto con un viejo abrigo oscuro completamente ajado. Me pregunté si aquella ropa no sería un disfraz que el inspector se ponía para infiltrarse en los ambientes del hampa y realizar una de sus investigaciones. La sola idea me emocionó.

—¿Quién os ha mandado aquí? —preguntó secamente Jarvis sin sentarse, inmóvil junto a la ventana, con la mirada vuelta al exterior.

—Los agentes Babcock y Carruthers, señor —respondió educadamente Sherlock, observando con atención a aquel singular oficial de policía—. Consideran que una información que poseemos le puede interesar.

—Yo también lo espero —dijo Jarvis con aire grave—. ¡Todo lo que pueda servir para detenerlos es de la máxima importancia!

Sherlock, Lupin y yo intercambiamos una mirada llena de sorpresa. ¿Es que había ya una investigación en curso? ¿Detrás del nombre «Fraile Negro» se escondía todo un grupo de criminales? ¿Y nosotros…?

—¿Detenerlos? ¡Entonces ya hay sospechosos! —exclamó Lupin expresando nuestro estupor.

El inspector se volvió y le clavó sus ojos de lechuza, que tenían un brillo vagamente inquietante.

—Todo aquel que no esté ciego sabe de la existencia de… los Oscuros Caballeros del Apocalipsis. Traman en las sombras para asesinar a nuestra soberana… Y cuando lo logren, nada podrá impedir la edificación de la Catedral del Mal…

Solo con pensar en aquellos momentos después de todos los años transcurridos, me parece increíble que nos costara comprender lo que ocurría. Pero entonces éramos tan ingenuos, y estábamos tan metidos en nuestro papel de jóvenes detectives, que estuvimos no sé cuánto tiempo hablando y escuchando los delirios del inspector.

Cuando este alzó el tono de voz y proclamó «¡Los años de la humanidad están llegando a su fin!», oímos una grosera carcajada en el pasillo. Sherlock y Lupin salieron de la habitación como rayos y me dejaron sola con aquel pobre viejo que desvariaba. Yo los seguí instantes después pero, en los breves momentos en que permanecí en la habitación, el inspector Jarvis me miró como si me estuviese contemplando desde otro mundo y me dijo:

—Sé muy bien quién eres.

La sangre se me heló en las venas.

Corrí afuera y en el pasillo volví a encontrar a los policías de antes, acompañados ahora por un grupo de otros agentes que parecían divertirse mucho.

—¡Idiotas! ¡No tienen ningún derecho a hacernos esto! —chillé llena de rabia. Pero solo conseguí que se rieran más.

Sherlock se encolerizó aún más que yo. Vi que la cara se le encendía hasta ponerse completamente roja, y sin duda les habría tirado su cartera de cuero a los policías si Lupin no se lo hubiese impedido ciñéndolo con los brazos.

—¿Quién demonios es el tipo de la habitación? —preguntó mi amigo.

—¡El viejo Jarvis! —respondió uno de los agentes reprimiendo a duras penas la risa—. Era uno de los nuestros pero, cuando se jubiló… ¡je, je!… ¡Digamos que se le aflojó alguna tuerca! En realidad es inofensivo, así que dejamos que pase algún rato en esa sala de espera con sus teorías de conspiraciones inexistentes…

—¡Que no son tan distintas de las vuestras, jovencitos! —añadió Babcock abriendo mucho sus ojos bovinos antes de estallar en carcajadas otra vez.

—¿Y qué? ¿Os ha escuchado?

—¿U os ha advertido de la venida de los Caballeros del Apocalipsis?

—¡Se arrepentirán de todo esto! ¡Se lo aseguro, señores! —vociferó Holmes con los ojos reducidos a dos rendijas que fulguraban de odio.

—¡Eh, eh! —dijo entonces el agente Carruthers dirigiéndose a Lupin—. ¿Tu amigo no sabe aguantar bromas o es que quiere amenazar de verdad a agentes de Scotland Yard?

—¿Bromas, dice? —intervino Sherlock tratando de soltarse del abrazo de Lupin—. ¡Tal vez no hayan comprendido que su broma puede costarle la vida a alguien!

—¡Por supuesto! —berreó Babcock—. ¡Empezarán cargándose a la reina, como dice el viejo Jarvis!

En ese momento, Lupin tiró de Sherlock con determinación hacia la puerta y me hizo una seña para que los siguiera. Me pareció una excelente idea, antes de que pudiéramos meternos en dificultades que realmente nos sobrepasaban.

—¡Me las pagarán! —gritó aún Holmes—. ¡Vendrán a suplicarme ayuda! ¡Vendrán a suplicármela!

Capítulo 5

EXCURSIÓN A TWICKENHAM

No creo equivocarme al afirmar que el desagradable episodio de aquel día marcó profundamente el ánimo de mi amigo Sherlock Holmes. A partir de aquel momento, de hecho, su actitud respecto a Scotland Yard pasó a caracterizarse (y, por lo que puedo saber, sigue siendo así aún hoy) por una aguda desconfianza y un desprecio mal disimulado. En aquellos lejanos días, por lo demás, éramos tres jóvenes rebosantes de orgullo y amor propio. Precisamente los mismos sentimientos que me impidieron faltar a la palabra dada a mi madre. En efecto, le había prometido que la ayudaría en las obras de caridad navideñas de su nuevo grupo de amigas londinenses y, pese a lo que pudieran pensar Sherlock y Arsène y a la nueva aventura que parecía asomarse a nuestras vidas,

decidí testarudamente cumplir con los compromisos que había contraído. Mi tarea consistía en coserles ojos a aquellas muñecas de trapo con pequeños botones oscuros. Así que, cuando llegué a casa tras la visita a Scotland Yard, aprovechando un momento en que mi madre había salido a hacer unas compras y Horace estaba ocupado reponiendo leña para la casa, cogí, del saloncito en que mi madre había hecho que lo dejaran, el saco lleno de muñecas, los botones y el costurero, y escondí todo bajo la cama de mi habitación. De ese modo, cuando me retiré a mi dormitorio después de la cena, fingí que iba a dormir cuando en realidad me puse a coser botones con ahínco, uno tras otro, en los blandos rostros de trapo destinados a las niñas menos afortunadas de Londres. Mientras cosía a la luz de la lámpara de petróleo, pensé en las sonrisas de las chiquillas que recibirían aquel regalo inesperado y me sentí feliz. Luego dejé libre mi pensamiento, que, inevitablemente, volvió a todo cuanto nos habíamos dicho mis amigos y yo antes de separarnos: en vista del comportamiento obtuso e innoble de los agentes de Scotland Yard, no teníamos más remedio que continuar por nuestra cuenta la investigación de los misteriosos códigos del Fraile Negro y del delito de Twickenham, que parecía ligado a ellos. Es inútil decir que aquel pensamiento me puso más contenta aún. Aquella nueva aventura comenzaría a la mañana siguiente, a las diez en punto, en la Waterloo Station. Una vez hube terminado de coser todos los ojos en las muñecas, cuando ya casi amanecía, me dormí con una sonrisa en los labios.

Unas horas más tarde me levanté casi sin notar las horas de sueño perdidas. Devolví el saco de las muñecas al saloncito del que lo había cogido la tarde anterior y esperé a que acabara el desayuno para anunciar a mi madre que ya había terminado el trabajo: ¡todas las muñecas estaban provistas ahora de un bonito par de profundos ojos oscuros! Disfruté con su expresión de pasmo, me levanté y fui a estamparle un sonoro beso en la mejilla.

—Lo prometido es deuda, ¿no? —dije—. Así podré dedicarme a buscar regalos de Navidad. ¡Ayer no encontré nada aceptable en Portobello Road! ¡Hoy probaré en Regent Street! —añadí, imitando a una de esas cursis muchachas de buena familia a las que mi madre deseaba tanto que me pareciera.

Horace, que había oído todo lo que había dicho, me esperaba ya

a la puerta de casa con un carruaje listo junto a la acera.

Me despedí de mi madre, salí de casa y corrí a sentarme en el coche de punto.

—¡Rápido, a la estación de Waterloo! —le dije al cochero sin dudarlo ni un segundo.

Horace, sentado frente a mí, me observó en silencio, con una de sus sonrisas socarronas de oreja a oreja.

—¿Qué? —le pregunté sonriendo mientras el coche se ponía en movimiento.

—Así que Regent Street, ¿no? ¿Más compras, como ayer?

—¿Le parece mal, Horace?

—En absoluto, pero… no sé muy bien qué pensar esta vez. Las últimas veces que la he visto así, señorita, he tenido que encargarme de ciertos cometidos especiales para estar seguro de que no le ocurriese nada.

—Esta vez es distinto, Horace… —le respondí.

—¿Tal vez porque, antes de empezar esta nueva «actividad» con sus amigos, ha pensado en contentar a su madre?

—No solo por eso —recalqué—. Es distinto porque no hay ningún peligro en la investigación que estamos llevando a cabo.

—Ha dicho investigación, señorita Irene.

Sonreí, avergonzada.

—Quería decir… actividad.

—Eso está mejor… —murmuró Horace Nelson mirando afuera, a los escaparates de las tiendas.

Me despedí de Horace y me metí corriendo bajo las abarrotadas arcadas de la Waterloo Station. La vistosa capa carmesí de Lupin me ayudó a dar con mis amigos en medio del enorme trasiego de viajeros que animaba la estación.

—¡Buenos días, Irene! —me saludaron mis amigos al unísono. Aquel saludo a dos voces resultó más bien cómico y me permití una breve risa antes de saludarlos a mi vez. Sherlock, para salir de aquella situación embarazosa, señaló los grandes tableros con los horarios y dijo:

—¡Si nos damos prisa, podemos coger el tren de las 10.08!

Lupin no se lo hizo repetir y fue corriendo a una ventanilla del despacho de billetes que estaba abriendo en aquel preciso momento.

Haciendo caso omiso, sin inmutarse, de las protestas de un bigotudo señor al que se había adelantado ágilmente, compró tres billetes para Twickenham y nos entregó los nuestros a toda prisa.

—¡Gracias! ¿O tendría que agradecérselo a ese caballero de Rotterdam? —bromeé mientras echábamos a correr hacia nuestro andén.

—En el fondo, ¡qué importa! Lo que sí importa es llegar a nuestro destino, ¿no? —me respondió Lupin con una de esas sonrisas suyas que hacían que pareciera un niño travieso.

Sherlock, por su parte, no dijo nada y se limitó a guiarnos hasta el tren que nos llevaría a Twickenham. Intuía que, entre mis amigos, debía de haber aquellos días una especie de pacto de silencio: Lupin, ahora que disponía de una fuerte suma ganada en el juego, pagaba casi todo sin que nos diéramos cuenta siquiera y Sherlock lo dejaba hacer sin decir nunca nada.

No dispuse más que de unos instantes para reflexionar sobre lo tortuosa que puede ser la mente de los chicos, pues debí centrarme en correr para coger al vuelo aquel tren, que ya silbaba listo para partir.

Por un pelo, pero lo cogimos. En el instante mismo en que Lupin me agarró de los brazos y me ayudó a subir al estribo del tren, oí el bufido del vapor y el chirrido metálico de las ruedas, que empezaban a rodar sobre los raíles. Momentos después, nuestro convoy abandonaba la estación.

Hacía ya horas que había dejado de nevar, pero los tejados de la ciudad estaban todos blancos. Cuando, tras solo un cuarto de hora de viaje en dirección suroeste, llegamos a Twickenham, un sol pálido trataba de asomar por detrás del fino velo madreperla de las nubes.

Twickenham, aunque por entonces había pasado a ser un barrio de las afueras de Londres, conservaba el plácido aspecto de un pueblo rural tendido a la orilla del Támesis.

Sherlock ni siquiera tuvo necesidad de consultar el callejero Furlong.

—¡Por aquí! —dijo precediéndonos por la acera de una amplia calle empedrada.

Después de unos minutos de camino nos encontramos en Church Lane, en medio de una elegante zona cercana al río. En los lados de

la calle se alzaban las tapias de varias mansiones y por encima de ellas asomaban aquí y allí las ramas desnudas de los árboles, acariciadas por una tenue bruma que se estaba levantando del Támesis.

Solo habíamos dado unos pasos cuando oímos unas voces confusas, que chocaban bastante en aquel escenario espectral.

—¡Otra vez la policía! —despotricó Lupin entre dientes.

Poco después, frente a la entrada de una de las mansiones, yo entreví también, entre la niebla, las siluetas oscuras de algunos policías de Scotland Yard con capa negra y el inconfundible casco.

Los tres tuvimos el impulso de escondernos detrás del carro de un carbonero aparcado en un lado de la calle.

—¿Estamos seguros de que esa es la casa del tal Peccary, la víctima? —pregunté yo.

—Estoy casi seguro de que ese es el número 4 de Church Lane —me contestó Sherlock.

—¡Puede que haya novedades en el caso! —añadió Lupin.

—Desde luego, sería una suerte haber llegado precisamente ahora —dije yo.

—Pues nuestra suerte acaba aquí, por desgracia —comentó Sherlock, nervioso—. Haya lo que haya que descubrir dentro, se encuentra detrás de una entrada vigilada por policías. Y no creo que deba recordaros lo mucho que Scotland Yard agradece la colaboración de tres jovencitos —concluyó.

—Quizá, pero nada nos impide ir a echar un vistazo al menos —observó Lupin.

Sherlock y yo estuvimos de acuerdo, así que salimos de nuestro escondite y caminamos de nuevo por Church Lane.

Cuando pasamos frente a la mansión de Samuel Peccary, no pudimos hacer otra cosa que constatar que Sherlock tenía razón. Delante de la verja cerrada se había agolpado un número considerable de policías, que habrían malogrado cualquier intento nuestro de acercarnos a la casa.

Esforzándonos en mostrar el comportamiento desenvuelto de tres transeúntes normales, nos volvimos hacia la casa tratando de ver algo. La mansión de Peccary era una morada indudablemente lujosa, con un gran jardín rodeado de setos muy cuidados.

—¡Fijaos en el pilar a la izquierda de la cancela! —susurró

Sherlock de pronto. Hice lo que decía y entonces vi un pequeño círculo amarillo dibujado con tiza en el pilar de ladrillos ennegrecidos.

Podía ser, ciertamente, un signo insignificante hecho por un albañil o por cualquier obrero que hubiese realizado trabajos en el edificio, pero, teniendo en cuenta que en aquella casa acababa de cometerse un crimen, aquel simple redondel amarillo adquirió un aire siniestro a mis ojos.

Caminábamos por el otro lado de la calle intentando no llamar la atención cuando oímos un vocerío procedente del jardín de la casa. Tras intercambiar una mirada de entendimiento, doblamos como rayos la esquina y nos pegamos a la pared para observar lo que estaba ocurriendo.

A decir verdad, conseguí ver bien poco: a dos hombres, uno más joven, delgado y con una cuidada barba pajiza, y otro, veinte años mayor por lo menos, con el cabello cano pero con un físico poderoso y lleno de vigor. Cruzaron la entrada inmersos en lo que parecía una discusión bastante acalorada. La distancia que nos separaba de ellos era demasiada para que pudiera oír algo de lo que se decían con tanto ardor. No obstante, cuando me volví hacia mis amigos, noté en la cara de Sherlock una expresión de sorpresa.

—¿Habéis visto? —preguntó buscando mi mirada y la de Lupin.

—Yo solo he visto a dos tipos discutiendo —admití.

—¡Y yo lo mismo! —confirmó Lupin.

—Bueno, pues esos no son simplemente «dos tipos» —nos explicó Holmes—. El más joven debe de ser el inspector encargado de la investigación, ¡pero el otro es Charles Frederick Field!

Sherlock había pronunciado aquel nombre como si esperara que Lupin y yo supiéramos de quién hablaba.

Dos pares de ojos muy abiertos le hicieron comprender que no era así.

—Field fue el mejor detective de Scotland Yard —se puso a explicarnos—. Lleva jubilado una decena de años y ahora es detective privado.

—¡¿Detective privado?! —repitió Lupin.

—¿Es decir…? —le hice eco—. ¿Alguien que investiga por su cuenta?

—Alguien que investiga por cuenta de quien esté dispuesto a

pagar para saber la verdad, si acaso —me corrigió Sherlock—. Una nueva profesión bastante interesante, ¿no?

—No sé si me gustaría —confesó Lupin—. De todos modos, ahora la cuestión es qué demonios hace aquí ese Field.

—Una cosa es cierta: ¡no está colaborando amistosamente con Scotland Yard! Esos dos chillaban como rapaces —señalé.

Ante aquella observación mía, Sherlock calló y se perdió en sus razonamientos. Lupin, en cambio, bufó sonoramente.

—¡De acuerdo! —exclamó poniéndose en pie—. Ha llegado el momento de saber algo más de este asunto.

Sherlock, al darse cuenta de que nuestro amigo estaba a punto de volver a Church Lane, lo agarró por un brazo.

—Pero ¿qué se te ha metido en la cabeza?

—En cuestiones de ajedrez, códigos secretos y cosas por el estilo no puedo ser de mucha ayuda, pero ahora te ruego que me dejes actuar a mi manera —respondió Lupin con una sonrisa en los labios.

Mis dos amigos se sostuvieron la mirada. Sherlock le soltó el brazo a Lupin y no pudimos más que observar cómo atravesaba la calzada y desaparecía por un callejón que flanqueaba la tapia de la mansión Peccary.

Cuando vi asomar la cabeza de Lupin a lo lejos, por encima de la tapia, me sobresalté y me agarré al brazo de Sherlock.

—¿No será peligroso? —pregunté.

—La parte de muro que ha elegido Arsène para saltar está tapada por aquel invernadero —me tranquilizó Holmes señalándome una techumbre de vidrio y hierro forjado que sobresalía de la tapia de la propiedad—. Si no hace ruido, los policías no tendrían por qué verlo.

Traté de conformarme con aquella fría y geométrica explicación, pero mi corazón seguía latiendo a una velocidad enloquecida.

Mantuve los ojos fijos en aquel puntito lejano que era la cabeza de Lupin. Vi saltar el muro a mi amigo y admiré la agilidad de sus movimientos, que los duros entrenamientos de su padre Théophraste debían de haber mejorado más en aquellos últimos meses.

Con otro salto, Lupin se agarró a la rama de un roble igual que los acróbatas agarran el trapecio y, tras equilibrar bien su peso,

brincó al suelo y desapareció así de nuestra vista al otro lado de la tapia.

Nuestro amigo parecía haberse esfumado en la niebla que envolvía la mansión Peccary y, al principio, pensé que era algo bueno, pues Lupin había logrado colarse sin atraer la atención de los policías. Pero, con el paso de los minutos, la calma de aquel lugar empezó a parecerme cada vez más tétrica y angustiosa. Le apreté el brazo a Sherlock mientras mis ojos seguían buscando en vano algún signo de la presencia de Lupin.

Estaba planteándome seriamente correr al otro lado de la calle para ir a buscarlo cuando, repentinamente, una voz sonó a nuestra espalda.

—¿Estáis esperando a alguien?

Me levanté de sopetón y me volví llevándome una mano al corazón, temiendo casi que se me saliera del pecho por el susto.

Frente a mí vi a Lupin con su sonrisa imperturbable. Lo fulminé con la mirada.

—He pensado que era más prudente dar la vuelta a la manzana. Realmente hay un montón de policías rondando por aquí… Perdonad si os he asustado —explicó.

—Solo te perdonaré si me traes alguna novedad interesante sobre este asunto —bromeó Sherlock.

Lupin se rascó la nuca, pensativo.

—Es curioso… —dijo al fin—. No vuelvo con las manos vacías, al contrario… Es solo que no tengo ni la menor idea de qué significa lo que os voy a decir.

Sherlock y yo nos miramos, perplejos.

—Quizá lo mejor sea que nos lo digas y luego juzgaremos —propuse.

Lupin asintió y empezó a contarnos.

—Nada más entrar ahí, me he dado cuenta de que había mucha más policía de lo que pensaba. Ni hablar de intentar entrar en la casa, incluso la puerta de servicio de la mansión está custodiada. Así que no he tenido otra alternativa que seguir una vereda escondida detrás del invernadero, es decir, el único camino seguro. He descubierto que llevaba a las cuadras… Ese Peccary tenía algunos purasangre de gran valor, ¿sabéis?

—¡Y ahora te pondrás a hablarnos de hípica! —insinué, solo

para vengarme por el susto que Lupin me había dado poco antes.

—No, y es una pena —replicó Lupin sonriendo—. De hípica, modestamente, entiendo bastante. No… El hecho es que me he encontrado con un caballerizo y le he dicho que un conocido de Peccary me había mandado allí porque estaba buscando trabajo en una cuadra.

—¡Excelente, Arsène! —le felicitó Sherlock apreciando la astucia de nuestro amigo.

—En realidad no es que me haya hecho mucho caso —siguió contándonos Lupin—. Me ha dicho que debían de haberme informado mal, porque no buscaban a nadie. Y luego ha mencionado la desgracia sucedida a su patrón. Eso me ha bastado para saber que era un gran charlatán y que no tendría necesidad de arrancarle las palabras de la boca. De hecho, ha sido suficiente con darle un poco de cuerda y ha empezado a hablar por los codos…

—¿Y qué te ha dicho?

—Al principio nada nuevo respecto a lo que sabemos por el periódico: Samuel Peccary, un hombre aparentemente tranquilo y que no se metía más que en sus asuntos, fue encontrado en su estudio con un puñal clavado en la espalda. Luego, sin embargo, el caballerizo ha mirado alrededor con aire misterioso, como si estuviese a punto de revelarme el mayor secreto del mundo, y me ha susurrado estas palabras: «Sobre el escritorio, justo al lado de su cabeza, han encontrado una rosa…, ¡una rosa escarlata!».

Ese detalle me sorprendió mucho y miré a mi amigo con ojos de extrañeza.

—Yo he mirado al caballerizo exactamente así, Irene. Pero ¡no me habría limitado a mirarlo! Lástima que, mientras le pedía que me explicara mejor lo de la rosa, he visto aparecer a un par de policías haciendo la ronda y he tenido que largarme.

—¡Puede que ese tipo esté aún más chiflado que el viejo Jarvis! —comenté abriendo los brazos.

Lupin y yo nos miramos con ojos sonrientes. Cuando me volví hacia Sherlock, me di cuenta de que su estado de ánimo era, en cambio, completamente distinto.

Su mirada despedía una luz violenta y brillante, como sucedía cada vez que algo cautivaba su atención. Pero ¿qué había en las incoherentes palabras de aquel caballerizo que pudiera haberle

impresionado?

—Una rosa escarlata… —repitió él, absorto.

Mientras, sin percatarnos siquiera, la capa de nubes se había ido espesando sobre nuestras cabezas y un viento helado había empezado a soplar trayendo otra nevada, esta vez de copos diminutos y abundantes.

—¡Creo tener algo que contaros! —anunció Sherlock de pronto, como emergiendo de los pensamientos en que estaba sumido—. Pero no creo que resultara demasiado agradable hacerlo en medio de una ventisca… ¡así que seguidme! —concluyó, y echó a andar a su paso veloz.

Lupin y yo intercambiamos una mirada que equivalía a un gran signo de interrogación. Y seguimos a Sherlock.

Nuestro amigo rehízo a la inversa la calle que habíamos recorrido desde la estación hasta llegar a un cruce, donde se detuvo y miró en torno a él.

—Me parecía haber visto… ¡Ahí está! —exclamó señalando una vieja casita de piedra al fondo de la calle, junto al río.

Miré también en aquella dirección y, más allá de la cortina blanca de la nieve, vi un gran cartel negro que chirriaba movido por el viento.

En él se distinguía el dibujo de un viejo barco y encima de él, en pintura amarilla, el nombre «Bajo la Enseña del Viejo Bergantín».

Capítulo 6

BAJO LA ENSEÑA DEL VIEJO BERGANTÍN

La taberna Viejo Bergantín era poco más que una amplia estancia llena de mesas y taburetes, frecuentada por pescadores y marineros. De todos modos, el fuego que ardía en la gran chimenea al fondo del local y los calderos de cobre colgados en las paredes hacían el establecimiento agradablemente acogedor.

Nos sentamos a una mesa no lejos de la chimenea y por fin, después de todo el frío que había pasado, gocé con la agradable sensación de tibieza en la piel.

Sherlock pidió una tetera caliente y el dueño de la taberna, un hombretón de barba entrecana, nos lanzó una mirada desconfiada. Bastó, no obstante, con que Lupin depositara en la mesa un ruidoso puñado de chelines para que sonriera y se dirigiera a la cocina.

Sherlock esperó a que el hombre nos trajera el té humeante y,

cuando la infusión tomó un buen color oscuro, nos sirvió a los tres. No empezó a hablar hasta haber bebido un sorbo.

—Ese caballerizo tendrá al menos cuarenta años, ¿verdad, Lupin? —preguntó.

—¡Sí! —confirmó Lupin—. Así por encima, el tipo debe de andar por los cincuenta… Pero ¿tú cómo lo sabes?

—Es sencillo. Ese hombre no es ningún loco, como insinuaba Irene. Solo es lo bastante mayor para recordar algunos hechos importantes de la historia criminal de este reino. Hechos sobre los cuales me parece que vosotros, por el contrario, estáis a oscuras —concluyó dedicándonos una mirada burlona a Lupin y a mí.

—Dado que no tengo ni un tercio siquiera de los años de ese señor y vivo en Gran Bretaña desde hace pocos meses, considero que puede disculparse mi ignorancia —repliqué con prontitud.

—Por lo que a mí respecta, ¡mi conocimiento de la historia criminal se limita a la no inmaculada tradición de la familia Lupin! —ironizó Arsène.

Sherlock se rio, apreciando la ocurrencia, y luego dio otro sorbo de té.

—En cualquier caso, no será difícil remediarlo. Los hechos en cuestión se remontan a hace una veintena de años y tienen que ver con un excepcional grupo de criminales conocido como la Banda de la Rosa Escarlata. El nombre deriva de la flor que solían dejar en el lugar de sus fechorías para «firmar» sus golpes.

—¡Ah, eso explica el nerviosismo de nuestro amigo, el mozo de cuadra! —comentó Lupin.

—¿Y por qué has definido como excepcional a esa banda de criminales? —intervine yo.

—Muy buena pregunta, Irene —me felicitó mi amigo—. Podría responderte diciendo que la Banda de la Rosa Escarlata llevó a cabo golpes muy audaces, y siempre con ricos botines: piedras preciosas, lingotes de oro, obras de arte de enorme valor… Pero sería un error. En realidad, lo que siempre distinguió su manera de actuar era el esmero con que preparaban sus golpes. En una ocasión, por ejemplo, se aseguraron la huida a través de un viejo túnel olvidado bajo el cementerio hebreo de Alderney Road. Otra vez consiguieron robar el precioso collar de una condesa moldava gracias a un ingenioso disfraz de agentes de Scotland Yard… En suma, aunque

sin duda esos señores eran carne de horca, hay que reconocerles el haber sido los primeros, quizá, en afrontar los delitos con un planteamiento… científico.

—¿Un planteamiento científico? —repetí, sin dar crédito a lo que oía.

—Así es —asintió Sherlock—. Leyendo las crónicas de sus hazañas criminales, se ve claramente que cada golpe estaba basado en un plan preciso, elaborado astutamente en cada detalle.

—¿Y cuántos eran, perdona?

—Nadie lo sabe con certeza. Según parece, los componentes de la banda eran al menos cuatro y se dice que cada uno tenía una labor concreta, como en un mecanismo de relojería. O esas fueron, al menos, las conclusiones del detective jefe que se ocupó de las investigaciones en la época, o sea… ¡Charles Frederick Field! —terminó de decir Sherlock deleitándose con la impresión que nos causó aquel pequeño efecto escénico.

Dejé que mi mirada vagara hasta la débil luz que se filtraba por los cristales completamente empañados de la ventana que había junto a nosotros. El caso empezaba a adquirir contornos más nítidos y también nuestra excursión a Twickenham tenía por fin sentido: el gran despliegue de fuerzas policiales, la presencia de Field, el nerviosismo del caballerizo de Peccary por el detalle de la rosa escarlata hallada junto al cadáver…

—Entonces ¿piensas que esa Banda de la Rosa Escarlata… ha vuelto?

Sherlock me sorprendió con una respuesta inmediata, aunque parcial:

—En caso de que haya vuelto a actuar, no lo habrá hecho, de todos modos, con los componentes originales.

—¿Y cómo lo sabes? —inquirió Lupin, perplejo.

—Porque, pese a toda su habilidad, no lograron salir indemnes —respondió Sherlock—. O al menos no lo consiguió el que probablemente era jefe de la banda. Si no recuerdo mal, se llamaba Smeaton.

—¿De verdad? ¿Qué le ocurrió? —lo apremié mientras servía otro té a los tres.

—Como a menudo sucede, parece ser que la suerte le volvió la espalda en el peor momento —empezó a contarnos Holmes—. Para

esconder los botines, la banda utilizaba un viejo chamizo a orillas del Támesis. Habían hecho bien las cosas, porque se trataba de un lugar bastante aislado y que no llamaba la atención. Pero, precisamente después de un espectacular atraco a una diligencia postal cargada de soberanos de oro, alguien que pasaba por allí notó un trajín sospechoso en las inmediaciones del tugurio e hizo llegar un mensaje anónimo a la policía. Field y sus detectives fueron a comprobarlo y encontraron, junto con los botines de algunos golpes firmados con la rosa escarlata, una tarjeta de visita del tal Smeaton, al que, evidentemente, debía de habérsele caído del bolsillo. Descubrieron que se trataba de un insospechado empleado del servicio de correos de Su Majestad que, a la caída de la noche, se transformaba en el jefe de la banda de delincuentes más temida del reino. Cuando los policías se presentaron en su casa, el hombre se dio a la fuga, pero fue alcanzado en una pierna por un disparo de revólver. Lo encontraron muerto un par de días más tarde, en una calleja de St. Giles. Y desde aquel día no hubo más golpes firmados con la funesta rosa escarlata.

—No hubo más… ¡hasta hoy! —puntualizó Lupin.

Tras aquellas palabras, nos quedamos en silencio unos momentos, bebiendo té e intercambiando miradas pensativas.

—Escuchadme —empezó a decir Arsène al rato—. Por lo que nos has contado, la vieja banda estaba especializada en atracos. Atracos muy rentables…

—Exacto.

—En cambio, esta vez se trata de un homicidio. En el *Standard* no se hablaba de dinero ni de objetos preciosos robados. ¿No podría ser la rosa solamente una artimaña para despistar a la policía? —razonó Lupin.

—Es posible —admitió Lupin—. Como también es posible que la policía, igual que ha ocultado a la prensa el hallazgo de la rosa escarlata, mantenga en secreto otros detalles.

—Están soltando la información con cuentagotas.

En ese momento, con un gesto que habría horrorizado a mi madre, di un golpe con el puño en la mesa.

—¡Es una vergüenza! —protesté con mucha rabia—. Nosotros tenemos datos importantísimos del caso y nadie nos escucha. ¡Y solo por culpa de nuestro año de nacimiento!

Ante aquel pequeño estallido de ira, Sherlock se rio.

—Hasta hace pocas horas, mi estado de ánimo era muy parecido al tuyo —confesó—. Ahora, en cambio, pienso que lo que estamos viviendo es un maravilloso regalo de Navidad.

Aquellas palabras me asombraron, y no poco.

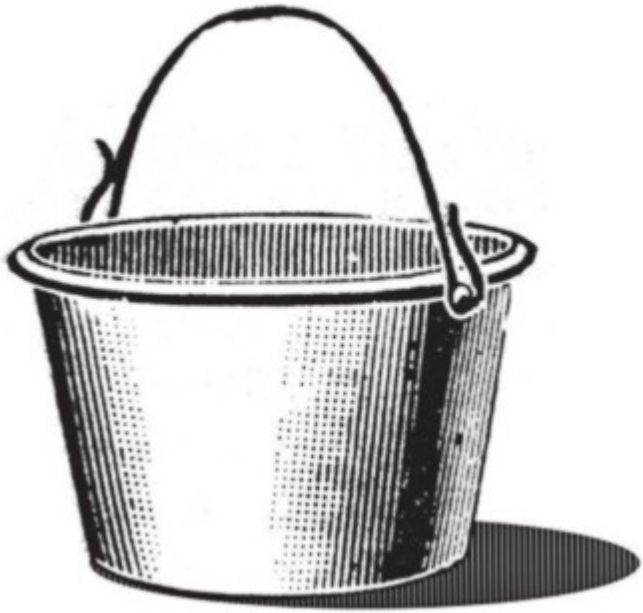
—¡Ilumínanos, por favor! —lo exhorté.

—Pensadlo… —dijo Sherlock inclinándose hacia nosotros—. Hemos ofrecido a Scotland Yard, en bandeja de plata, elementos que, apostaría, pueden ser determinantes para resolver este misterio. Esos cabezas huecas, en vez de darnos las gracias, se han burlado de nosotros… ¿Sabéis lo que os digo? Que mejor así. ¡Nos han entregado todo un misterio que indagar!

Y con esas palabras, Sherlock volvió a sacar el fatídico anuncio del *Times* al que nadie, salvo nosotros, había prestado atención.

Capítulo 7

LOS TRES MENDIGOS



V1 - P47 - F5.

Ese era el segundo código que aparecía en el falso problema de ajedrez del Fraile Negro. Cuando entré en casa aquel día, nada más comer corrí al estudio de mi padre. Recordaba haber visto los tres delgados tomos del callejero Furlong en su librería y me alegró descubrir que no me equivocaba. Puesto que el código empezaba por la indicación V1, siguiendo el método de Sherlock cogí el primer volumen del callejero. Me senté luego al escritorio y fui pasando las páginas hasta la cuarenta y siete, como indicaba la segunda parte del código, P47; entonces no me quedó más que localizar en el plano el cuadrado formado por la fila F y la columna 5.

Mi dedo cayó sobre Wimpole Street, en el punto en que esa calle

se cruza con Queen Anne Street. Era una zona de la ciudad que conocía, no estaba lejos de nuestra casa, en el rico y prestigioso barrio de Westminster.

La búsqueda de aquel lugar en el plano de la ciudad no era solamente una curiosidad mía. De hecho, antes de que nos fuésemos de la taberna Viejo Bergantín, Lupin me había hecho notar que en Twickenham, con todo aquel ajetreo de policías, habría sido una locura hacer más indagaciones acerca de la mansión de Peccary. Era más urgente, en cambio, echar un vistazo al segundo lugar especificado por el Fraile Negro. Allí, puesto que los agentes de Scotland Yard no habían tomado en serio la teoría de Sherlock ni por un segundo, podíamos estar seguros de que no nos estorbarían demasiados policías.

Mi búsqueda en el callejero de casa fue una simple confirmación de cuanto nos había adelantado Sherlock.

Habíamos quedado en Wimpole Street a las ocho en punto. Y cada cual debía buscarse un pretexto para poder acudir a la cita.

Tenía una buena razón para quedar a aquella hora concreta: esa noche, una afortunada coincidencia me proporcionaría una excelente tapadera para poder realizar la pequeña inspección con mis amigos. En efecto, daba la casualidad de que la señorita Langtry, mi maestra de canto, me había invitado a un pequeño concierto privado de música de cámara en Temple Bar.

Así, cuando llegó la hora, seguí escrupulosamente cada paso de mi pequeño plan secreto. A las seis en punto, conforme a la costumbre anglosajona que desde hacía algún tiempo se había adoptado en nuestra casa, se sirvió la cena: sopa, pollo escabechado y arroz. Mi madre, últimamente de excelente humor, me puso al día sobre el trabajo de su grupo de beneficencia para Navidad y sobre lo mucho que habían gustado mis muñecas de trapo. Yo la escuché, un tanto avergonzada por tener que mentirle otra vez, y luego subí a mi habitación para cambiarme de ropa. Poco después de las siete estaba lista y Horace me acompañó al coche, al cual subimos juntos, él tan impasible como una estatua del parque y yo, por el contrario, agitadísima.

Durante el trayecto, hablé y reí mucho con la esperanza de esconder así mis nervios. Mi estratagema contaba con el gran tráfico de carruajes que obstruía las calles en torno a Temple Bar a todas

horas, tanto de día como de noche. La vieja puerta de la ciudad de Londres era uno de los nudos cruciales de la viabilidad urbana. Y en efecto, cuando oí al cochero tirar de las riendas e imprecar con palabras irreproducibles por verse obligado a detenerse en el habitual atasco, sonreí para mis adentros. ¡El viejo y caótico Londres no me había fallado!

—¡Caramba! —exclamé interpretando mi papel—. Llegaré tarde al concierto… La señorita Langtry pensará que soy una desconsiderada —añadí agarrando el picaporte de latón de la portezuela.

El señor Nelson se asomó por la ventanilla para instar al cochero a darse prisa, pero sin resultados apreciables.

—Oiga, Horace —dije entonces aprovechando la ocasión—. Es la próxima calle a la derecha, ¡a pie se tarda un momento!

Y sin esperar su respuesta, abrí la portezuela del carruaje.

—¡Señorita Adler! —protestó el mayordomo rozándome un brazo.

Pero yo, de un pequeño salto, estaba ya en la acera.

—Horace, no me atosigue, por favor —le pedí mirándolo con una sonrisa cómplice—. Antes de que ustedes se pongan en movimiento yo estaré sentada ya en mi sitio. ¡Hasta luego!

—¡¿Está segura de que estará sentada en su sitio?! —me gritó el mayordomo, pero sin seguirme.

Le dirigí un último saludo y corrí por la acera para luego torcer por la primera bocacalle a la izquierda, en la que de verdad se encontraba la casa donde se celebraba el concierto. Yo, de todas formas, nunca llegué a ella. Me escondí detrás de una columna y esperé a ver irse el coche con Horace. Me sentía culpable por mentirle de aquel modo, algo que ciertamente no se merecía, pero al menos le había facilitado una excusa convincente y un cochero como testigo de lo ocurrido. «No tenía otra alternativa», me dije mientras me alejaba de allí a buen paso; mi madre nunca me habría permitido salir de casa si le hubiese contado lo que pretendía hacer. Había decidido tomarme ciertas libertades, por las buenas o por las malas, y de eso no me arrepentía en absoluto. Paré luego un vehículo y corrí a mi cita.

Llegué a Wimpole Street con unos minutos de retraso y vi a Lupin esperándome bajo el halo de luz que una farola dibujaba en

la niebla de la noche.

—¡Buenas noches, Irene! —me saludó. Sus palabras, en el aire frío de diciembre, se transformaron en nubecillas de vapor.

—Buenas noches… —le devolví el saludo arrebujándome en mi abrigo. Miré alrededor, sorprendida por no ver a Sherlock, quien me había acostumbrado a su puntualidad de cronómetro. Pero mi estupor no duró mucho.

Instantes después oímos un repetitivo murmullo proveniente de un callejón cercano. Una especie de reclamo. Lupin y yo nos miramos un segundo y avanzamos con gran cautela en aquella dirección.

—¿Sherlock? —pregunté en la oscuridad maloliente del callejón.

Para entonces conocía bien la excentricidad de mi amigo, excentricidad que de allí a pocos años varios millones de apasionados de sus hazañas aprenderían a conocer tan bien como yo, pero aquella vez la imagen que tuve ante los ojos fue realmente estrafalaria. Sherlock tenía la cara tiznada, estaba envuelto en una apestosa capa con al menos medio siglo de existencia y sostenía en las manos una extraña sartén agujereada y ennegrecida por el humo.

—¡Por los dioses del Olimpo! —exclamó Lupin—. ¿Se puede saber qué demonios haces?

—¿Es que no lo ves? —replicó Sherlock con aire de estar pasándoselo realmente bien—. Por la cifra, más que razonable, de media libra esterlina, ¡acabo de entrar en el próspero negocio navideño de las castañas asadas!

Lupin y yo lo miramos, temiendo que hubiera perdido el juicio.

Sherlock se regocijó ante la expresión de nuestras caras y se echó a reír.

—Tranquilos —nos serenó—. No lo hago para obtener ganancias… Es solo que, al llegar con cierto adelanto, he constatado que el emplazamiento de los vendedores de castañas en esta esquina era perfecto para echar una ojeada por aquí.

—¿No habría sido más fácil fingir ser simples transeúntes? —objeté.

—Esta noche no. Con semejante frío, los transeúntes no son muchos y, yendo calle arriba y abajo, habríamos llamado la atención, sobre todo la de aquel tipo de allí, que no hace más que

mirar a su alrededor todo el tiempo —concluyó señalando un edificio con fachada de piedra gris del otro lado de la calle.

Vi entonces, frente a la entrada de aquella casa, a un portero vestido con una pomposa librea en la que no faltaban divisas y galones dorados, el cual, dándose ínfulas, estaba plantado allí como una especie de centinela. Observando mejor el edificio, noté que todas las ventanas estaban iluminadas y se dejaban oír las notas de un piano.

No necesité mucho para saber qué ocurría y se lo expliqué a los chicos: se celebraba una fiesta y, como era normal en esos casos en las moradas de los ricos, el portero esperaba a los invitados en la entrada.

—Bien pensado, Holmes, realmente bien pensado… —se rio Lupin dándole una palmada en el hombro.

Tuve que convenir, pues, que el ardid de Sherlock había sido realmente muy astuto y, sin dudarlo, me quité los guantes para no estropearlos mientras ayudaba a mis amigos. Reavivamos el pequeño fuego que ardía en una vieja tina herrumbrosa y pusimos castañas en la sartén agujereada. Y ya que, junto con el oficio recién adoptado, Sherlock había obtenido también otras dos capas mugrientas, respiré hondo y me eché encima aquel horror diciéndome a mí misma que, en el fondo, lo hacía en nombre del espíritu aventurero.

Así fue como, en un abrir y cerrar de ojos, la reputada firma «Holmes, Lupin & Adler – Castañas para llevar» abrió sus puertas en una esquina de Wimpole Street.

Hacía verdaderamente mucho frío, pero, a fin de cuentas, para nosotros era una suerte que estuviéramos a finales de diciembre. En otra época del año, en una calle como aquella, la presencia de tres mendigos que vendían castañas asadas para sacarse unas monedas habría resultado sospechosa. Con la cercanía de la Navidad, en cambio, las pequeñas hogueras en las esquinas de las calles y el buen olor de las castañas propagándose por el aire eran bien aceptados incluso en los barrios más ricos de Londres.

Aparte de un bonachón señor un poco achispado, no conseguimos atraer a muchos clientes, pero pudimos observar atentamente el trecho de calle que se encontraba en el cuadrado del plano que el código indicaba. A ojo de buen cubero, entraban en

aquel cuadrado seis o siete edificios de ambos lados de Wimpole Street, incluido el de la fachada de piedra gris con portero galoneado.

Al principio todo fue muy emocionante: estar en la esquina de una calle, con mis amigos, en torno a un fuego en el frío de la noche, encarnando el papel de mendigos con aquellas capas sucias… Cada sonido, cada pequeño hecho de aquellos minutos hacía que se me aceleraran los latidos del corazón. El ladrido de un perro, un caballero que se paraba para vaciar la pipa contra una pared, un carruaje que se detenía delante del edificio de fachada gris con más invitados que el portero en librea ayudaba a bajar… Me parecía que cada movimiento que observaba podía esconder el hábil gesto de un criminal y que cada instante podía traer algún acontecimiento inesperado y clamoroso.

Después, sin embargo, todo fue igual: algún perro ladrando a lo lejos, los escasos viandantes caminando de prisa por la acera para llegar al calor de sus hogares y algún coche de invitados vestidos de etiqueta parándose cada tanto delante del edificio de piedra gris. Tras media hora pasada de aquella manera, todo acabó pareciéndome perfectamente normal y ordinario, no era más que una fría noche de diciembre en una respetable calle londinense.

También Lupin, en determinado momento, se hartó.

—¡Las castañas se nos van a quemar! —anunció—. Y en vista de que aquí nos morimos de aburrimiento, propondría que al menos nos diéramos un atracón. —Y con una cuchara toda negra que Sherlock les había comprado a los mendigos junto con el resto de los utensilios, cogió una castaña de la sartén y me la tiró.

—¡Deja eso! —lo reprendió inmediatamente Sherlock—. Nos estamos saliendo de nuestro papel… ¡Ningún castañero se pondría a lanzar por los aires su mercancía!

—¡Eso quiere decir que somos los primeros castañeros malabaristas de Londres! —bromeó Lupin.

Recuerdo aquellos instantes como si acabara de vivirlos. Me reía con la ocurrencia de Lupin mientras me pasaba la castaña quemando de una mano a otra… y rumiaba acerca de cuánto tiempo más podría estar allí. Necesitaría otros veinte minutos para volver a Temple Bar y que Horace me encontrara allí, junto a la casa donde se estaba celebrando el concierto. No disponía más que

de veinte minutos.

Pero fue precisamente entonces cuando oímos un disparo.

Provenía del edificio iluminado para la fiesta.

Mis manos se paralizaron, como petrificadas, y la castaña cayó y rodó por la nieve. Sherlock dejó caer al suelo la sartén. Lupin nos miró a ambos. Se oyó un chillido.

La portezuela de un carruaje aparcado poco más adelante en la calle, y que creíamos vacío, se abrió impetuosamente.

El portero de la entrada entró corriendo en la casa.

—¡Adelante, vamos! —nos ordenó Lupin mientras se dirigía al centro de la calle desierta.

Sherlock lo alcanzó inmediatamente. Yo, por el contrario, dudé un instante, pero al final me uní a ellos.

Habíamos empezado a correr hacia el edificio de piedra gris cuando se oyó jaleo en la parte trasera del mismo: una puerta cerrada violentamente y las pisadas de alguien escapando.

—¡Por ahí! —gritó Lupin cambiando de dirección repentinamente.

Siguiéndolo, nos metimos en el estrecho callejón que llevaba a la parte de atrás y, al pasar por la esquina del edificio, por un instante entreví, en una de las grandes piedras del muro, un circulito dibujado con tiza amarilla.

Era idéntico al que habíamos visto junto a la verja de la mansión Peccary en Twickenham.

Ni siquiera tuve tiempo de sobresaltarme, debía correr para no distanciarme de mis amigos, ¡lo último en el mundo que quería que me ocurriera en aquel momento!

—¡He visto a alguien huyendo! —exclamó Sherlock señalando un rincón en penumbra del callejón.

A partir de ese momento, todo se volvió enloquecidamente frenético. La puerta de atrás del edificio de piedra gris se abrió y por ella salieron, a la carrera, el portero con librea y un hombre de etiqueta.

—¡Eh, vosotros!

—¡Alto!

Eso nos gritaron lanzándose en pos de nosotros.

Solo entonces me di cuenta de lo crítica que era nuestra situación, ¡fuera lo que fuese lo que había sucedido en aquella casa,

el portero y el otro hombre pensaban que nosotros tres éramos los responsables! Desde luego, tendríamos que explicar por qué nos encontrábamos en aquel callejón en ese preciso momento, pero… ¿quién iba a creernos?

—¡Corre! —chilló Sherlock agarrándome por un brazo con violencia.

Ya no pensé en nada e hice lo que me había dicho. Corrí lo más de prisa que pude mientras los gritos de nuestros perseguidores resonaban en el callejón y mi corazón latía como un tambor en un redoble. Lupin, el más rápido de los tres, se adelantó unos metros, luego se paró de golpe, nos señaló un entrante sumido en una oscuridad total y nos invitó a escondernos con él. Nos aplastamos contra la superficie húmeda y fría del muro y contuvimos la respiración. Notaba el corazón de Sherlock latiendo con fuerza contra mi cara, porque me estaba estrechando contra él en un fortísimo abrazo. Oímos acercarse a nuestros perseguidores, que gritaron algo y luego pasaron de largo.

¡El escondite de Lupin había funcionado!

Esperamos aún unos instantes y después, casi de mala gana, Sherlock abrió los brazos. Nos pusimos a correr, esta vez en dirección opuesta. Desembocamos de nuevo en Wimpole Street, convencidos de habernos librado de nuestros perseguidores, pero entonces nos cerró el paso un carruaje, el mismo que había permanecido aparcado cerca de nosotros toda la noche.

—¡Mira por dónde vas! —gritó Lupin instintivamente.

Se abrió la portezuela y bajó un hombre corpulento, de facciones duras, con un largo abrigo oscuro, un bombín negro y un largo revólver apuntándonos. Lo reconocí casi en el acto: era Charles Frederick Field.

Capítulo 8

UN GRAN DETECTIVE

¡Eh, vosotros, levantad bien las manos! —nos ordenó el exinspector de Scotland Yard—. ¡Y que no se os pase por la cabeza hacer ninguna temeridad o será peor para todos!

Una mezcla de nerviosismo y miedo me atenazaba la garganta, pero ya que mis amigos, pillados desprevenidos, no acertaban a decir palabra, reuní valor y hablé.

—No…, no es lo que piensa, señor Field —dije lo más fuerte que pude.

El investigador se calló, como sorprendido por oír la voz de una chica. Aproveché para seguir hablando.

—No tenemos nada que ver con el disparo… Solo estábamos aquí fuera para llevar a cabo una pequeña… investigación.

Field pareció sopesar detenidamente mis palabras.

—Retroceded dos pasos, hacia la farola —nos ordenó luego—. Quiero veros mejor.

Hicimos lo que decía y, después de observarnos bien y constatar que, en efecto, solo éramos tres chiquillos, pareció aún más sorprendido que antes.

—No creía que hubiera competidores tan jóvenes en el ramo de

la investigación… ¡No sé por qué, pero me resulta más fácil creer que sois, en cambio, tres delincuentillos que se han metido en un asunto que les viene demasiado grande!

En ese momento, en alguna parte del edificio gris, se oyeron nuevamente los gritos de nuestros perseguidores, que habían vuelto sobre sus pasos. Teníamos los segundos contados y nuestra única esperanza era convencer a Field de que yo decía la verdad. Necesitaba un argumento breve e increíblemente persuasivo; en cambio, presa de la agitación, dije lo primero que me vino a la cabeza:

—¡Tiene que creernos, señor Field! Hemos venido porque hemos descubierto una información en el *Times*… Información camuflada, extraños códigos ocultos en un anuncio, un problema de ajedrez. Pero en Scotland Yard no nos han creído y entonces…

Las palabras murieron en mi boca. Estaba segura de que lo único que había hecho era liarlo todo con el discurso más inconcluso y absurdo jamás salido de labios humanos. Podéis imaginar, pues, mi estupor cuando oí la voz de Field invitándonos a subir al coche.

—¡Rápido, daos prisa! ¡Subid! Si esos tipos os pillan, estáis perdidos.

No nos lo hicimos repetir dos veces y, desembarazándonos de las sucias capas de mendigos, saltamos al coche que estaba allí al lado. Field dio orden al cochero de partir al galope y nosotros tres, en cuanto advertimos que el carruaje se ponía en movimiento, nos abandonamos sobre los asientos soltando un enorme suspiro de alivio.

Nos quedamos callados un rato, escuchando los restallidos del látigo y el ruido de las ruedas sobre el empedrado. Después, fue Sherlock el que habló, y su voz volvía a ser perfectamente tranquila.

—Señor Field, sé que nos ha sacado de un buen apuro y no quisiera parecerle indiscreto ahora, pero ¿puedo preguntarle qué hizo para descifrar el código disimulado en el falso problema de ajedrez firmado por el Fraile Negro?

El detective pareció disponerse a contestar, pero luego frunció el entrecejo y preguntó a su vez:

—¡¿Cómo sabes que he descifrado ese extraño código, jovencito?!

—Es bastante sencillo, señor Field. Sin querer restarle méritos a

la oratoria de mi amiga, es evidente que ha sido la alusión a un código aparecido en las páginas del *Times* lo que le ha convencido de que no estaba mintiendo. Y eso solo se explica si también usted sabe de qué se trata.

—Tu razonamiento es válido, muchacho. En efecto, las cosas han sido así. Nos encontrábamos en el mismo sitio por la misma razón, ¡ese maldito mensaje aparecido en el *Times* del lunes! Aunque, a decir verdad, yo no he descifrado personalmente ese rompecabezas.

—¿Y quién ha sido, entonces?

—Un joven colaborador mío. Un chico muy inteligente, aunque un poco raro, que hace funciones de secretario para mí unas horas por semana. Es siempre tan reservado y silencioso que lo llamo «la Sombra»… De cualquier modo, fue él quien descubrió ese mensaje cifrado, que, según dijo, remitía a algunos lugares del callejero de Londres… ¡Ah! —El inspector Field pareció advertir algo por la ventanilla, se calló un instante y luego prosiguió—: Pero ahora, si no os importa, me toca a mí haceros algunas preguntas. Para empezar, quisiera saber a quién tengo el placer de conocer y, ¡cómo diablos habéis acabado en medio de este asunto!

Sherlock, Lupin y yo, tras presentarnos, nos alternamos en tomar la palabra para recapitular con sinceridad y sin ahorrar detalle cómo se habían desarrollado los acontecimientos hasta aquella noche. El investigador privado escuchó con gran interés todo lo que le contamos y solo hubo un momento en que sus cejas se arquearon de sorpresa, cuando Lupin le explicó que también estábamos al corriente del detalle de la rosa escarlata que se había encontrado en el lugar del crimen en Twickenham.

Cuando terminamos de hablar, Field meneó levemente la cabeza y soltó una risita de incredulidad.

—Si fuerais mis hijos, ahora mismo recibiríais una buena reprimenda, pero no puedo negar que habéis hecho un excelente trabajo —reconoció.

—A propósito de trabajo… —dijo Lupin aprovechando la ocasión—. ¿Le molesta que le pregunte por qué lleva a cabo esta investigación? Por el modo en que lo hemos visto discutir con el inspector, Scotland Yard no parece agradecer demasiado su ayuda… ¡Como tampoco la nuestra!

Field suspiró profundamente. Era evidente que la pregunta de Lupin le había llevado de nuevo a la mente pensamientos en modo alguno agradables.

—Al principio se trató de simples escrúpulos de detective —contestó el investigador—. Mi joven colaborador me indicó la posible pista de un crimen y yo me limité a mantener los ojos abiertos… Luego, sin embargo, llegó el delito de Twickenham, y un viejo colega, el sargento Wells, me reveló el detalle de la rosa escarlata en el escritorio de Peccary. Eso cambiaba las cosas… Por lo que me habéis contado, parece que conocéis la vieja historia de la Banda de la Rosa Escarlata. Sabréis, por tanto, que en aquella época, cuando todavía era inspector jefe de la policía, solo logramos echarle el guante al jefe de la banda, un tal Smeaton. Desde entonces, considero el caso como una cuestión pendiente entre el resto de la banda y yo, ¡y no quiero perder ninguna oportunidad de ganar la partida! Nadie sabe si en este extraño asunto está involucrada de verdad la vieja banda, pero tenía la esperanza de que al inspector Babbington le complacería unir fuerzas para descubrir la verdad… Pues bien, estaba muy equivocado. Ese joven policía es un jactancioso y solo tiene miedo de que yo le robe protagonismo. De ahí que estuviera aquí esta noche, por mi cuenta, lleno de dudas acerca de si la que seguía era de verdad una buena pista y no un simple espejismo… Pero ese disparo y el encuentro posterior con vosotros tres han acabado con cualquier incertidumbre; ¡algo muy concreto se esconde tras los mensajes en clave del misterioso Fraile Negro!

Toda aquella charla entre el señor Field y nosotros me había distraído de lo que acababa de suceder.

—Según usted, ¿qué ha ocurrido en esa casa de Wimpole Street? —le pregunté entonces.

—Sé lo mismo que vosotros, pero ese disparo de pistola no presagia nada bueno —respondió Field gravemente. Y tras aquellas palabras, en el coche se hizo el silencio.

Mientras intentaba reprimir un escalofrío que me corría por la espalda como una culebra maligna, vi refulgir en la penumbra los ojos de Sherlock. ¡Él, en cambio, se estaba divirtiendo una enormidad!

—Señor Field —dijo, de hecho, con patente emoción—. Dadas

las circunstancias, ¿no cree que podríamos ser nosotros los que uniéramos fuerzas en esta investigación?

Por toda respuesta, Field arrugó la frente.

—Siempre me gusta hablar con franqueza, jovenzuelo —empezó a decir—, por eso te hago yo esta pregunta: ¿por qué un detective profesional tendría que pensar que tres chiquillos temerarios, por brillantes que sean, le reportarían ventajas y no, por el contrario, un montón de problemas?

No se podía negar que, desde el punto de vista de Field, aquella era una objeción más que legítima. Y puede que por eso precisamente mi amigo Sherlock no supiera qué responder.

En aquel mismo instante, una especie de relámpago cruzó por mi mente y me di cuenta de que tal vez fuera yo la que tenía el as en la manga.

—Bueno… Por ejemplo, podría descubrir que esos «chiquillos temerarios» son capaces de proporcionarle valiosas pistas en su investigación —dije entonces reuniendo coraje.

—¿Ah, sí…? ¿Y de qué pistas estamos hablando, señorita? —replicó Field, dubitativo.

—Pistas de toda clase. Por ejemplo, pequeños circulitos de tiza amarilla.

Al oír aquellas palabras, el curtido detective me miró con los ojos desencajados. Saqué mi as y le hablé a Field del pequeño signo circular que había visto en la pared del edificio de Wimpole Street, idéntico al que había encontrado junto a la entrada de la mansión Peccary aquella mañana.

Al estupor de Field se añadió entonces el de Sherlock y Lupin. También mis amigos se acababan de enterar en ese momento de mi pequeño gran descubrimiento.

El detective, por su parte, asestó un vigoroso manotazo sobre el cuero que forraba el asiento.

—¡Qué diantres! —exclamó—. Sé reconocer cuándo me han superado… ¡aunque quien lo haga sea una muchacha tan joven como una mariposa!

Y sin añadir más, le entregó su tarjeta de visita a Lupin, que estaba sentado frente a él.

Capítulo 9

PRIMICIAS DE FLEET STREET

Nunca he sido proclive a usar ciertas expresiones demasiado enfáticas, pero debo reconocer que la mañana siguiente a los turbulentos acontecimientos de Wimpole Street me desperté con la nítida impresión de que haber salido bien parados la noche anterior tenía realmente algo de milagroso. El carruaje de Field me había llevado a Temple Bar, exactamente hasta la esquina de la calle donde me había despedido de Horace no mucho antes, y en aquel mismo lugar, pocos minutos después, nuestro mayordomo había vuelto para recogerme con otro coche de punto. Durante la vuelta, Horace me preguntó si me había gustado el concierto y yo, haciendo valer mis conocimientos musicales, me explayé en describir aciertos y desaciertos de un concierto al cual no había asistido. Tras oír mi respuesta, el señor Nelson guardó silencio y al poco rato ya estábamos en casa.

Aquella mañana, pues, bajé a la sala de estar de magnífico

humor, pensando que tal vez el viejo proverbio según el cual la fortuna ayuda a los audaces era, a fin de cuentas, verdad. Encontré a mi madre ya sentada a la mesa del desayuno. Ella también estaba muy alegre y, entre sorbos de té y rebanadas de pan tostado con mantequilla (¡el tocino y los huevos fritos eran costumbres locales a las que nunca se adaptaría!), me contó la curiosa usanza inglesa de preparar para Navidad un budín en el que se escondía una moneda de un penique. Se dice que quien la encuentra en su boca tendrá mucha suerte en el año venidero.

—¡No veo por qué romperse un diente por culpa de un penique se considera afortunado! —comenté, e hice reír a mi madre.

Nuestro desayuno concluyó así, de una manera agradable, pero cuando vi entrar a Horace en la sala para retirar la mesa, me di cuenta de que algo no iba bien. Me saludó de manera respetuosa, pero con frialdad y sin mirarme a la cara.

Solo unos minutos después tuve la confirmación de mis sospechas. La verdad era que la noche anterior no se había producido ningún milagro. Y que todo no había salido tan bien como pensaba.

En cuanto tuve ocasión, me acerqué a él.

—¿Algo va mal, Horace? —le pregunté.

—Puesto que son los sirvientes quienes deben ser leales a sus señores y no al revés, no hay nada que vaya mal, señorita Irene —me respondió el mayordomo sin dejar de quitar la mesa del desayuno, y sin mirarme.

—Horace, yo…, yo no sé de qué está… —balbucí.

—No hace falta que escenifique ninguna comedia, señorita. Anoche, como su comportamiento me había parecido extraño, después de dejarla en Temple Bar hice detenerse inmediatamente al cochero para observarla. Es inútil que le diga que sé perfectamente que no acudió al concierto.

Allí a mi lado había un espejo y pasé por la humillación de ver cómo mi cara se sonrojaba de golpe como la de una niña descubierta birlando mermelada. La sola idea de haber traicionado tan escandalosamente la confianza de Horace me hizo sentir mal.

—Lamento haberle mentido, Horace. Pero el caso es que mis amigos y yo nos hemos visto envueltos en un asunto muy complicado… Hemos intentado portarnos como es debido, pero

nadie nos ha hecho caso, así que… —dije con gran ardor tratando de justificarme.

—No tiene por qué justificarse conmigo, señorita. Piense, si acaso, en el agravio que hace a sus padres actuando de manera irresponsable —replicó el señor Nelson con firmeza.

—No dirá nada a mi padre y a mi madre, ¿verdad? —le pregunté escondiendo la cara.

—No tengo por costumbre hacer de soplón y no lo haré tampoco en esta ocasión. De ahora en adelante, no obstante, le ruego que me trate como lo que soy, un simple sirviente y no un cómplice.

Aquellas palabras fueron como un puñetazo en el estómago. Intenté, de todas formas, mantener la compostura y asentí evitando la mirada de Horace.

—Está bien —dije—. Entonces, le pido que busque un coche para acompañarme a Carnaby Street.

Horace asintió y se despidió con una profunda reverencia, como si quisiera recalcar que realmente había vuelto a ser un simple mayordomo como cualquier otro.

Desde luego, para mí no lo era, pero en aquel momento no tenía modo de dárselo a entender. Me tragué, pues, el nudo que tenía en la garganta y subí a mi habitación para prepararme.

Antes de entrar en la Shackleton Coffee House, compré un periódico a un vendedor callejero en la esquina más cercana y miré la primera plana con ansiedad. Un titular hizo que el corazón me diera un vuelco: «Misterioso delito en Wimpole Street».

Mis ojos devoraron el breve artículo bajo aquel titular y me enteré así de que también en el edificio que habíamos estado observando largo rato la noche anterior, igual que en Twickenham, se había cometido un homicidio. La víctima era un tal Joseph Barrow, un rico hombre de negocios cincuentón. El texto no daba más detalles sobre lo acontecido.

La confirmación de cuán oscuro y terrible era el asunto con el que mis amigos y yo habíamos tropezado, unida a lo que acababa de ocurrir entre Horace y yo, me turbó más de lo que quería reconocer y traspasé la puerta del café Shackleton con el corazón oprimido. Lo que vi nada más entrar, no obstante, fue tan curioso que me hizo salir de mi sombrío estado de ánimo, o al menos en parte.

Sherlock y Lupin estaban sentados a la mesa de siempre en compañía de un diminuto chiquillo pelirrojo y con unos ojos verdes avispadísimos. No debía de tener más de diez años y me pregunté qué lo habría llevado a la mesa de mis amigos.

La mirada encendida y siempre inquieta de Sherlock, antes de encontrarse con la mía, cayó sobre el periódico que tenía bajo el brazo y me hizo comprender que él y Lupin también estaban al corriente del crimen de Wimpole Street.

—¡Bienvenida, Irene! —me recibió al tiempo que me servía una taza de cacao—. Tengo el gusto de presentarte al señor Scott Mullarkey o, como todo el mundo lo conoce en Fleet Street, Sparky —añadió señalando al chiquillo pelirrojo, que me saludó con una inclinación tan exagerada que parecía una burla.

—Es un placer conocerlo, Scott Mullarkey —dije para corresponder a su reverencia.

—¡Por lo que parece, el señor Sparky es una valiosa incorporación a nuestra audaz tropa de metomentodos! —bromeó Lupin dándole una leve palmada en la espalda.

Yo miré un instante sus verdísimos ojos impertinentes.

—Dadme una explicación plausible y puede que esté dispuesta a creeros —dije sentándome entre ellos. Quería dejar claro que, aunque era una chica, también podía tomarles el pelo llegado el caso.

Sherlock, por su parte, tenía muchas ganas de zambullirse de cabeza en aquella investigación y enseguida se puso a contarnos lo que había averiguado.

—Todo ha empezado por una observación bastante elemental —explicó—. Una rápida lectura de los periódicos de la ciudad me ha revelado un hecho curioso: los artículos sobre el crimen de Peccary son casi idénticos los unos a los otros. Todos se quedan en vaguedades y, sobre todo, no hacen ninguna mención a la rosa escarlata.

—¿Los periodistas ya no son lo que eran? —aventuré.

—Esa es la cuestión precisamente: los periodistas son los de siempre y, normalmente, no habrían dejado escapar un detalle tan jugoso. ¡Un titular sobre el regreso de la Banda de la Rosa Escarlata puede hacer vender, por sí solo, miles de ejemplares!

—Y en cambio… —dijo Lupin, pensativo.

—Y en cambio, ¡silencio! —continuó Sherlock—. Un silencio que huele a chamusquina a kilómetros de distancia. Y aquí entra en escena Sparky, el recadero más veloz de toda Fleet Street… ¡Y puede que el más hábil fisgón que haya conocido en mi vida!

Fleet Street es la calle en la que se encuentran las redacciones de todos los diarios londinenses y Sherlock, que colaboraba desde hacía meses en el *Globe* con una popular sección de adivinanzas, me explicó que había conocido a Sparky en los caóticos pasillos del periódico.

El chiquillo hizo una segunda reverencia cómica y tomó la palabra. Tenía el aire despierto de quien ha crecido en la calle, pero también una manera inesperadamente refinada de hablar, y ambas cosas hacían de él un personaje singular, por decir poco.

—El señor Holmes me pidió, en efecto, que tuviera bien abiertos los pabellones auriculares respecto al asunto de Twickenham, y así lo hice —contó—. Con toda franqueza, ganarme un chelín nunca me había resultado tan fácil… ¡En los pasillos de los periódicos no se habla prácticamente de otra cosa, aunque en voz baja!

Sherlock, con un ademán de la cabeza, invitó al chiquillo a continuar.

—Por lo que parece, jamás había ocurrido algo así —obedeció Sparky—. El inspector Babbington de Scotland Yard convocó a todos los directores y jefes de redacción de Fleet Street para darles una consigna muy clara…

En ese punto, el chico miró a su alrededor con mucha circunspección para asegurarse de que nadie estaba escuchando nuestra conversación e, inclinándose ligeramente sobre la mesa, susurró:

—¡No debe trascender nada de estos nuevos golpes de la Banda de la Rosa Escarlata! ¡Quien desobedezca esta orden será acusado nada menos que de traición a la Corona!

A Lupin se le escapó un sonoro silbido.

—¡Caray! —comentó—. Traición a la Corona… Eso es muy serio. A esos gacetilleros les habrá entrado mieditis, ¿no?

—Una mieditis aguda —confirmó Holmes—, en vista de que ninguno ha faltado a la consigna.

Yo también estaba realmente asombrada por lo que Sparky acababa de contar.

—Me pregunto qué puede haberlos empujado a tomar una decisión así —comenté.

—Creo que para responder a tu pregunta hay que considerar lo que ocurrió hace veinte años, cuando la banda estaba en la cumbre de su siniestra fama —me contestó Sherlock—. Con ayuda de los relatos cada vez más pintorescos y fantasiosos de los periódicos, en Londres cundía una especie de locura general… Cada día, cientos de personas inundaban las comisarías de policía con acusaciones infundadas. Un tipo llegó incluso a disparar a un florista de Charing Cross porque estaba convencido de que era el jefe de la banda. Por si fuera poco, muchos criminales que no tenían nada que ver con la banda empezaron a dejar rosas escarlata en los lugares de sus delitos para enturbiar las aguas y desviar las pesquisas… En resumen, en aquellas condiciones a Scotland Yard le resultó imposible investigar sobre la verdadera Banda de la Rosa Escarlata.

—¡Pero al final pescaron a su jefe, a ese Smeaton! —objetó Lupin.

—Es verdad —admitió Sherlock—. Pero se trató de un notable golpe de suerte. Para entonces, la policía descuidaba ya toda indicación o mensaje anónimo que hablara de modo explícito de la Banda de la Rosa Escarlata, por las razones que acabo de mencionaros. La nota que los condujo al cobertizo de Smeaton junto al Támesis solo hablaba, en cambio, de movimientos sospechosos y de una posible guarida de ladrones, sin precisar quiénes fueran. Puede parecer paradójico, pero precisamente la ausencia de ese detalle permitió a la policía deshacer la banda —concluyó Sherlock antes de concederse un sorbo de cacao.

—El ambicioso inspector Babbington no parece querer esperar a un golpe de suerte, en cambio —observé—. Está claro que confía mucho en este caso para hacer carrera.

Lupin asintió con la cabeza, se recostó en el respaldo de su butaca y miró a Sparky.

—¿Y tú? ¿Este era todo tu botín de información? —lo provocó.

—De eso nada, señor —respondió el chiquillo apretando los labios, compungido—. En Fleet Street nadie se atreve a romper el silencio impuesto por la policía —siguió diciendo—, pero las palabras, aunque no terminan impresas, son susurradas por los pasillos y…

—… ¡Y tus entrenados pabellones auriculares las atrapan como si fueran otras tantas mariposas! —me anticipé—. Pues por fin ha llegado el momento de que tú las susurres a nuestros oídos, querido Sparky.

Era obvio que el chiquillo no estaba habituado a ser tratado con tanta familiaridad por una señorita de la alta sociedad y vi que sus mejillas se teñían de rojo por la vergüenza.

Pero, como era un tipejo espabilado, se repuso enseguida y, tras invitarnos a acercar nuestras cabezas, dijo:

—Solo para empezar, también ayer por la noche, en Wimpole Street, en el lugar del delito, hallaron una rosa escarlata. Además, parece ser que en ambos casos el asesinato ha ido acompañado de un robo: un puñal con el mango cuajado de piedras preciosas en Twickenham y un alfiler que la víctima llevaba en la solapa en Wimpole Street.

Sherlock, Lupin y yo intercambiamos miradas pensativas. También en los nuevos casos, pues, había habido un robo de objetos valiosos. No pude dejar de notar la importante semejanza con los viejos golpes efectuados por la Banda de la Rosa Escarlata.

—¿Han descubierto si esos objetos eran realmente tan valiosos? ¿Tanto como para empujar a cometer dos homicidios? —preguntó Lupin yendo al meollo del asunto.

El joven chico para todo abrió los brazos, desolado.

—Cuánto lo siento, señor Lupin, pero me temo que solo los investigadores de Scotland Yard estén al tanto de ese detalle.

Sparky, en todo caso, había hecho un buen trabajo y, además del chelín pactado con Sherlock como compensación, quise invitarle de mi propio bolsillo a una taza de cacao caliente. El chico ingirió la bebida con deleite y, tras despedirse de nosotros a su manera cómicamente ceremoniosa, nos dejó con nuestros tormentosos pensamientos.

—¿Y ahora qué hacemos? —pregunté pasados unos minutos, porque no soportaba más aquel silencio.

Como si el sonido de mi voz lo hubiera despertado, Sherlock salió de los razonamientos en que se había abismado tras la marcha de Sparky y sacó del bolsillo de su chaqueta uno de los tomitos del callejero Furlong; lo abrió por las páginas en que había intercalado una estrecha tira de papel a modo de marcapáginas.

—V2 - P31 - C2 —recitó dejando el plano en la mesa.

Se trataba, obviamente, de la tercera línea del mensaje cifrado del Fraile Negro y Lupin y yo, que ya conocíamos la clave descubierta por Sherlock, la desciframos juntos.

—Volumen dos.

—Página treinta y uno.

—Cuadrado C2.

—Eso es —asintió Sherlock clavando un dedo en la hoja—. El cuadrado que corresponde a un tramo de Ladbroke Square.

Echando otro vistazo al plano descubrí que Ladbroke Square era una plaza del barrio de Notting Hill. No fue ninguna sorpresa, era otra zona elegante de Londres.

—Lo único que ya sabemos con certeza es que en esa plaza hay alguien que muy pronto recibirá una visita nada agradable —afirmó Lupin.

—¡Es cierto! ¡Tenemos que ir allí! Apuesto a que en los muros de alguna de esas casas encontraremos el habitual circulito de tiza… —dije con cierto nerviosismo—. Tenemos que poner sobre aviso a quien viva allí… ¡Sabéis bien cómo ha acabado todo las dos últimas veces!

Sherlock se rio con amargura.

—Seguro… Tres chavales con una disparatada teoría sobre mensajes en clave publicados en el *Times*, rosas escarlata y misteriosos circulitos de tiza… ¿Creéis que alguien estará dispuesto a creer que no se trata simplemente de una broma?

Lo que Sherlock acababa de decir era tan desalentador como verdadero. Por enésima vez chocábamos con aquella realidad: nuestra fecha de nacimiento impedía que fuéramos tomados en serio por el obtuso mundo de los adultos… ¡Qué rabia!

Recaímos así, los tres, en nuestro silencio de frustración, hasta que Lupin, suspirando, se alisó la tela de la chaqueta.

—¡Si hacemos todo solos, sí! —exclamó—. Pero ya no somos solamente tres chavales… ¡Ahora hay alguien dispuesto a hacernos caso!

Y con idéntico gesto al del jugador que saca el naipe ganador, hizo aparecer entre los dedos un cartoncito de color marfil. Era la tarjeta de visita de Charles Frederick Field.

Capítulo 10

UN CAMBIO INESPERADO

Si hay un día de mi juventud en el que aprendí una gran lección sobre lo imprevista y caprichosamente mudable que es la vida fue, con exactitud, aquel 17 de diciembre de 1870. Pero, mientras estábamos sentados en las raídas butaquitas de la Shackleton Coffee House, no podía prever aún nada de lo que sucedería más tarde.

Nuestras miradas, simplemente, confluyeron sobre la tarjeta de visita del detective. No hubo necesidad de hablar.

La dirección del despacho del investigador, por una afortunada casualidad, se encontraba en Oxford Street, no lejos de allí, y yo también, dándome algo de prisa, podría ir con mis amigos y luego volver al café a la hora acordada con Horace. Así que los tres nos levantamos, como impulsados por un mecanismo interno, y salimos aprisa del local. El sol acababa de abrirse paso entre grandes nubes deshilachadas y caminamos rápidamente bajo una luz intensa, casi cegadora. En menos de diez minutos nos encontramos en Oxford Street, delante de un austero edificio cuya entrada flanqueaban dos columnas blancas. Una de las pequeñas placas de mármol que había junto a la puerta rezaba:

CHARLES F. FIELD
INVESTIGADOR PRIVADO

Entramos sin titubear y subimos por la escalera hasta la planta indicada. Con una rápida ojeada a los letreritos de latón de las puertas encontramos el despacho de Field. Lupin agarró el llamador, que colgaba de la boca de un amenazador león de bronce, y dio tres golpes fuertes. Para nuestra sorpresa, la puerta se abrió enseguida, y quien la abrió fue el propio Field.

Noté que tenía puesto el abrigo y sostenía el bastón y el sombrero en la mano.

—¡Ah, aquí están mis jóvenes ángeles de la guarda! Buenos días… —nos recibió, con un tonillo bromista en la voz—. Ciertamente, no puedo decir que os falte el don de la oportunidad de los grandes detectives… —añadió mostrándonos el bastón y el sombrero—. Dos minutos más tarde y no me habríais encontrado.

—Ya veo… —asintió Sherlock con una buena dosis de cara dura —. Según parece, tiene mucha prisa en hacer una pequeña visita a los viejos amigos de Scotland Yard.

Lupin y yo lo miramos con ojos de asombro. Nada en comparación con la expresión de estupefacción con que lo miró el señor Field.

—¿Y tú cómo…?

—¡Solo hay que tener los ojos bien abiertos! —explicó nuestro amigo para sacar de su azoramiento al investigador privado—. De esa forma no puede escapar a la vista el pequeño alfiler de oro con una cabeza de sabueso que lleva prendido en la solapa del abrigo. Si no me equivoco, los veteranos de la policía de Su Majestad se adornan con él y estoy seguro de que anoche, en el carruaje, no lo llevaba. Evidentemente, se dirige a un lugar en que ese alfiler puede surtir algún efecto, servir para algo… Y ese lugar no puede ser sino Scotland Yard.

Field cerró la puerta y se quedó observando a Sherlock con expresión complacida.

—Bien visto, muchacho. Realmente bien visto… —aprobó.

Luego noté que sus labios se dilataban en una sonrisa.

—Podría decir que me recuerdas a mi joven colaborador, solo que eres un poco más alegre que él. ¡Ja, ja! Me gustaría presentaros uno de estos días, ¿sabes? —añadió lanzando otra mirada a mi

amigo.

Holmes se limitó a asentir con un leve gesto de la cabeza, farfullando algo. Intuí en su reacción cierto bochorno y, sobre todo, desagrado por ser comparado con otro chico de su edad.

—Espero que no me considere indiscreto si le pregunto por la razón de su visita a Scotland Yard —dijo Lupin por su parte, yendo, como siempre, al grano.

—En absoluto —respondió Field, tranquilo—. Desde anoche somos una especie de socios, ¿no es cierto? —prosiguió—. Y como socios, estáis autorizados a saber que voy a ver a la policía más decidido que nunca a que me escuchen, ¡aunque sea al precio de tener que meterle en la mollera a ese cabeza dura de Babbington toda la información que poseo!

—¡¿Incluso después de todo lo sucedido hasta ahora?! —le pregunté sin poder contenerme.

El investigador suspiró largamente.

—No ha sido fácil tomar esta decisión —confesó—. ¡Por el modo en que Babbington rechazó mi ayuda, me dije que por mí podía irse tranquilamente al infierno! Ahora, sin embargo —continuó tras una pausa para señalar el periódico que yo tenía bajo el brazo—, hemos llegado ya a los dos homicidios en este feo asunto. Y tal vez deba dejar a un lado mi orgullo y ayudar a la policía a llevar a cabo una investigación lo más eficaz posible… Y si no quieren que contribuya personalmente, vale, lo acataré. Tragaré bilis, no sería la primera vez. En fin, no dejo de ser un expolicía, y nadie lo sabe mejor que yo.

Cuando Field terminó de hablar, miré a mis amigos. En sus ojos había cierta desilusión: si las cosas estaban así, nuestra nueva aventura acababa allí, pasaría a ser una investigación oficial de la policía. Mentiría si dijera que yo no sentí lo mismo, pero no fue más que un instante. En el fondo había sido yo, hacía dos días, quien había tenido el impulso de correr a Scotland Yard para contar lo que habíamos descubierto. Pensé que, en resumidas cuentas, solo había sido un camino algo más tortuoso para llegar al mismo punto.

Charles Frederick Field se despidió de nosotros estrechándonos la mano a los tres y se encaminó a la escalera.

He de confesar que, tras la desilusión inicial, experimenté casi una sensación de liberación. Sin más pensamientos sombríos en la

cabeza, podía disfrutar de la maravillosa Navidad londinense y estaba decidida a contagiar el espíritu navideño a aquellos huraños de Sherlock y Lupin. Nos despedimos en la calle y quedamos para el día siguiente, y yo volví a casa en un coche de punto con Horace. Nuestro mayordomo seguía mostrando un respetuoso distanciamiento y a mí, dado el nuevo sesgo que habían tomado los acontecimientos, se me ocurrió una idea: aunque era totalmente contrario a los usos sociales y sin duda mi madre pondría mala cara, ¡le iba a comprar a Horace un regalo de Navidad en señal de reconciliación!

Pasé la tarde, por tanto, en las calles comerciales más concurridas de la ciudad, jugueteando con la idea del regalo para Horace. Gracias al callejero Furlong que había cogido en el estudio de mi padre y a una buena dosis de fortuna, me planté ante el escaparate de una pequeña joyería de Bond Street que vendía bonitos colgantes y bagatelas de todas las formas y tamaños. En ella encontré un colgante que tenía la forma de una pequeña hacha de los indios norteamericanos, como las que entierran para sellar la paz entre dos tribus. Me pareció una idea graciosa y lo compré sin pensármelo dos veces.

Cuando volvía de mi vagabundeo por las tiendas, me llevé una sorpresa al ver a Sherlock Holmes esperándome frente a mi casa. Corrió a mi encuentro y, saltándose las formalidades, empezó a hablarme inmediatamente con cierta excitación.

—Irene, me temo que hay problemas a la vista.

Me pregunté qué podía haber sucedido y clavé los ojos en los de Sherlock. Él me miró las manos, las estrechó un instante e inmediatamente después, como si se diera cuenta de que había sido demasiado atrevido, me las soltó.

—Hace un rato ha venido a buscarme al café Shackleton el sargento Wells, el viejo amigo de Field. Las cosas no han marchado como preveían… En cuanto el inspector Babbington ha sabido que Field se encontraba cerca de la casa de Barrow antes de la llegada de la policía, lo ha metido en una celda por entorpecer las pesquisas. ¡Ni siquiera le ha dejado tiempo para darle la información que quería!

—Pero eso significa que…

—Significa que estamos como al principio, Irene. Después de

todo lo ocurrido, Scotland Yard seguirá sin ir tras la pista del Fraile Negro, de modo que la tercera víctima señalada, la de Ladbroke Square, estará desprotegida… Totalmente indefensa y ajena a la amenaza que se cierne sobre ella.

—¡No entiendo por qué estás tan resignado! ¡Si la policía no lo hace, podemos ir nosotros a poner sobre aviso a esa persona!

Al oírme, Sherlock hizo una mueca de disgusto y después se rio con amargura.

—Por lo que parece, hoy el destino nos ha querido recordar quiénes somos en realidad, es decir, tres chiquillos imprudentes, como decía Field.

—Pero bueno, Holmes, ¡¿quieres dejar de hablar con enigmas?!

—De acuerdo, Irene. La situación es esta: el padre de Lupin acaba de llegar, ambos se han encerrado en el hotel a discutir furiosamente y no excluyo que antes de la noche Théophraste se lo lleve con él; en cuanto a mí, he tenido el honor de ser ascendido al puesto de enfermero, mi hermana Violet ha caído enferma, tiene una fiebre altísima, y como mi madre está en el trabajo y mi hermano Mycroft ha vuelto a Cambridge, seré yo el que tenga que cuidarla, al menos hasta la tarde.

No me resultó difícil comprender que a Sherlock le había costado bastante contarme aquellos últimos detalles, que sin duda consideraba humillantes.

—Intentaré salir de casa cuando vuelva mi madre. Me daré una vuelta por Ladbroke Square, esperando que todavía no se haya producido lo peor… Es lo único que puedo hacer.

Aguardó unos segundos, durante los cuales yo no hablé, y luego consultó su reloj de bolsillo y, tras un suspiro, se despidió y se fue a toda prisa a su casa.

Yo me quedé a la puerta de la mía, sin entrar. Es inútil que esconda que la actitud de mi amigo en aquella ocasión me había herido; la idea de que pudiera ser yo la que fuera a Ladbroke Square para averiguar quién era la persona en peligro y avisarla ni siquiera parecía habérsele pasado por la cabeza. ¿O quizá había sido yo la que había interpretado mal sus silencios y su excitación? ¿Tendría que haber sido yo la que le propusiera ir a inspeccionar en su lugar?

Mis pensamientos viajaron enseguida a la señorita Hilde de la

que había hablado Lupin. ¿Era de verdad menos valiente que ella? En una de esas cabezonerías propias de la juventud, decidí inmediatamente demostrar lo contrario. Me cerré bien el abrigo y, en vez de subir los escalones de la entrada, me puse a caminar dejando atrás la puerta de mi casa.

Llegué al barrio de Notting Hill sin pensar en otra cosa que en los latidos de mi corazón, que iban volviéndose más fuertes. Ladbroke Square era, en realidad, un ordenado cuadrado de calle empedrada que enmarcaba unos bonitos jardines adormecidos bajo la nieve. Los elegantes edificios que daban a la plaza estaban silenciosos, inmersos en la quietud de una calle sin tiendas ni almacenes comerciales y, por lo tanto, no muy transitada. Saqué del bolsillo el callejero Furlong y me orienté con él para llegar a la esquina de la plaza que indicaba el mensaje en clave del Fraile Negro. Cuando llegué a ella, ralenticé el paso y paseé la mirada por las fachadas de las casas y sus entradas. Columnas, pequeñas estatuas, escalones de mármol, muretes de ladrillos oscuros… Y precisamente en uno de los macizos pilares que flanqueaban una escalera de entrada, disimulado en un ángulo, vi el pequeño círculo de tiza amarilla, idéntico a los que había visto ya en Twickenham y Wimpole Street.

Era eso exactamente lo que buscaba y sin embargo, en cuanto lo descubrí, me costó respirar y me quedé paralizada.

Fue una brusca voz masculina la que me sacó de aquel estado.

—¡Eh, señorita! ¿Se puede saber qué le ocurre?

Las palabras venían del último peldaño de la corta escalera marcada con tiza.

Si un escalofrío de miedo no me hubiese sacudido en ese momento, me habría dado cuenta de que la situación era realmente cómica: ¡había visto un minúsculo dibujo trazado con tiza a los pies de una escalera y no me había apercibido, en cambio, de la presencia de dos gigantescos hombres plantados a la puerta del edificio, pocos escalones más arriba! Me enmendé enseguida y les eché un buen vistazo. Ambos eran altos y corpulentos, vestían abrigos de piel de aspecto rústico y tenían rostros ásperos y rubicundos de campesinos, que chocaban un tanto con la civilizada elegancia de Ladbroke Square.

—Disculpen, señores —dije tras recobrar la respiración—.

¿Podrían decirme cómo se llama quien reside en esta casa?

—¡Cómo no! —me respondió uno de los energúmenos—. Aquí vive el señor William Hallett con su familia. Y ahora es usted quien debe decirnos por qué le importa —remató de manera descortés.

—¡Necesito hablar sin falta con el señor Hallett! —respondí con cierto ahogo—. Se trata de algo de la mayor importancia… ¡Una cuestión de vida o muerte!

Los dos bestias se miraron y se echaron a reír. Uno se abrió el abrigo de piel de modo que yo pudiera ver una pistola metida en el cinturón mientras el otro volvía a hablar.

—Vea, señorita… —dijo mordazmente—. El hecho es que mi pobre madre me decía siempre que no me fiara de las chicas pelirrojas, ¡porque son grandes mentirosas! Y yo siempre sigo los consejos de mi madre… Le sugiero que cambie de aires.

—¡Ustedes no lo entienden! —reaccioné—. Esto no es ninguna broma… ¡El señor Hallett, su jefe, corre de verdad un grave peligro! Si ustedes me dejaran avisarle…

El otro matón perdió la paciencia y empuñó la pistola.

—¡Escúchame bien, mocosa! —me reconvino moviendo el arma en el aire—. Dile a quien te haya mandado aquí que con nosotros no funcionan los truquitos, ¿lo has oído? Por aquí no pasa nadie, son órdenes del señor Hallett. Si creías que con tu cara bonita y tus aires de despistada ibas a engatusarnos, ¡te equivocabas de medio a medio!

Después de ver hasta tres veces el cañón del revólver apuntándome directo a la cara, levanté las manos en señal de rendición.

—De acuerdo, me voy… ¡Pero son ustedes los que están cometiendo un gran error! —dije con un hilo de voz que vibraba de ira.

Y con la cabeza gacha para no ver a aquellos odiosos bribones, me alejé del edificio y seguí caminando hasta doblar la esquina de la plaza.

En cuanto estuve fuera de la vista de aquellos dos, me detuve y respiré a pleno pulmón el aire frío de diciembre.

Hoy sonrío al recordarlo, pero también en aquellas circunstancias mi primer pensamiento fue para la emancipada señorita Hilde, a la que nunca había visto pero imaginaba, a saber

por qué, con una tupida melena de rizos rubios y ojos fieros y llameantes. ¿Qué habría hecho Hilde en mi lugar? Seguramente no habría desistido a la primera dificultad, dejando la entera investigación en punto muerto. Y tanto más cuanto lo que acababa de suceder en Ladbroke Square daba mucho que pensar. ¿Por qué el señor Hallett hacía que lo protegieran aquellos dos bestias de la puerta? ¿Era posible que se tratara del servicio normal de vigilancia del edificio? Considerando el aspecto tosco y fuera de lugar de los guardas, era muy improbable. Aquellos dos parecían más bien matones de los bajos fondos puestos allí de prisa y corriendo para afrontar una emergencia. Pero, si era así, el asunto se volvía más misterioso aún: ¡¿es que Hallett sabía ya que estaba en peligro?! Y entonces ¿cómo lo había sabido? ¿Acaso también había descifrado el falso problema de ajedrez aparecido en el *Times*? ¿Había atado cabos sobre lo que estaba sucediendo al enterarse por los periódicos de los homicidios de Peccary y Barrow? Me parecía poco creíble y, en todo caso, después de dejarme arrastrar por aquella vorágine de preguntas que bullían en mi cabeza, me moría de ganas de ver más claridad en aquella historia.

Puedo afirmar con sinceridad, pues, que en aquel punto, más que el deseo de emular a la intrigante y lejana señorita Hilde, lo que me empujó a actuar fue mi innata curiosidad.

Tomé una decisión: intentaría acercarme a la parte trasera de la casa de Hallett. Para ello, corrí hasta llegar al otro lado de la manzana y desemboqué en una amplia calle llamada Ladbroke Road. Lo que vi me desanimó inmediatamente. A aquella calle daban, en efecto, algunos jardines de las casas de Ladbroke Square y, si lograba colarme en uno de ellos, tal vez encontraría el modo de llegar a la parte de atrás del edificio vigilado por los energúmenos. La empresa, no obstante, resultó ser imposible. Los jardines estaban protegidos por altos muros de ladrillo y grandes y puntiagudas verjas. Pensé que ni siquiera mi acrobático amigo Lupin habría podido salvar obstáculos como aquellos. De todas formas, pasé revista con la mirada a cada palmo de la calle, pero no encontré ni un solo resquicio que me permitiera poner en práctica mi plan de intrusión por la parte trasera. Al final tuve que renunciar, pero ¡todavía no estaba dispuesta a darme por vencida!

Reanudé mi carrera a lo largo de otra manzana, torcí por la

primera calle a la izquierda y no paré hasta que hube rodeado Ladbroke Square. Mi plan era muy sencillo: quería volver a la plaza sin que me vieran los dos hombres de guardia y esconderme detrás de la valla del parque para espiar la entrada a la casa de Hallett. No confiaba tanto en el hecho de que aquellos bestias de abrigo de piel abandonaran su puesto de guardia a la entrada como en la posibilidad de que alguien de la servidumbre saliera para hacer un recado. Entonces me acercaría a esta persona y a través de ella haría llegar una nota al dueño de la casa.

Estaba rumiando los detalles de mi plan alternativo cuando vi algo que me chocó. En el punto exacto en que había decidido esconderme para espiar la casa de Hallett, noté que la nieve estaba toda pisoteada, como si alguien hubiera permanecido allí largo tiempo caminando nerviosamente de un lado para otro. Aquel pequeño descubrimiento me asombró mucho. ¿Era posible que no fuese la primera persona que se escondía en aquel rincón de Ladbroke Square? Reflexioné. ¿Quién podía haberme precedido en aquel lugar recóndito desde el cual se podía observar la entrada de la casa de Hallett sino… quien iba en su caza? Aquel pensamiento repentino me angustió, pero intenté, en la medida de lo posible, permanecer calmada y me arrodillé para comprobar mejor las huellas en la nieve. Por desgracia, quien se escondió allí antes de mí la había pisoteado tanto que no quedaban huellas nítidas ni muy visibles. Iba a levantarme y entonces vi un trocito de papel amarillento hecho una bola al pie de la valla. Lo recogí y lo examiné con atención. Era un billete de cartón en el que se adivinaban aún rastros de tinta que alguna vez habían formado palabras. El cartón, no obstante, estaba tan arrugado y manoseado que ya no se leía nada. Me lo metí en el bolsillo con la idea de enseñárselo a Sherlock. Mil preguntas empezaban a atropellarse en mi cabeza cuando oí un sonido a mi espalda. Me volví de sopetón.

Vi algo.

Pero no fue más que una fracción de segundo. Sentí un fuerte golpe justo debajo de la nuca.

Y todo se sumió en la más absoluta oscuridad.

Capítulo 11

UN LARGO SUEÑO AGOBIANTE

¿Dónde había acabado? ¿Qué calle de Londres era aquella, tan larga y estrecha, con aquellas dos hileras de casitas bajas y oscuras en las que no había ni una sola ventana iluminada? ¿Qué hora sería? El cielo era de un color gris oscuro y lívido, y solo unas pocas farolas proyectaban halos de espectral luz verdosa. Aceleré el paso, casi me puse a correr, pero constaté con angustia que, por mucha calle que recorriera, aquella larga vía se prolongaba y prolongaba ante mí sin que pudiera ver su fin.

Por si aquel descubrimiento no hubiera sido lo bastante angustioso, cuando mi mirada cayó sobre las grandes losas de piedra de la acera, distinguí perfectamente, en un ángulo, un circulito trazado con tiza amarilla. Era idéntico a los que había visto en los lugares que el

misterioso Fraile Negro había marcado para sus crímenes. Se me cerró la garganta, me resultó difícil respirar. Miré a mi alrededor sintiéndome perdida. En aquel lugar desierto no oía más que el silbido del viento. «¡No existen calles sin fin!», me dije para darme ánimos. Y volví a caminar lo más de prisa que podía, con la cabeza baja.

De repente vi otro de aquellos redondelitos amarillos en la acera, y después otro, y otro más… Era como si una diabólica mano invisible se hubiera puesto a dibujar aquellos malditos signos circulares adelantándose a mis pasos. Los observé mejor y me di cuenta de que aquellos pequeños círculos eran en realidad delgados filamentos a los que un horrendo sortilegio daba vida y hacía arrastrarse por las piedras de la acera. La angustia que aquel lugar me infundía se transformó en auténtico terror. Intenté salir corriendo, pero los maléficos hilos amarillos que cubrían la acera se me habían enroscado a los tobillos y me impedían cualquier movimiento. Me sentí perdida y grité…

Estaba envuelta en una luz suave y difusa. Solo me hicieron falta unos segundos para comprender que estaba tumbada en mi cama. Tenía la frente empapada de sudor y aferraba con las manos el embozo de la sábana.

La larga calle oscura, las tétricas farolas, los maléficos hilos que me habían atrapado los pies, todo había desaparecido en menos de un instante.

—Irene… ¡Irene! ¡Te has despertado! —dijo una voz temblorosa junto a mí.

Me volví y vi a mi padre, con la cara tensa y los ojos brillantes. Y a mi madre, un paso más atrás, que suspiraba con los ojos hacia el techo.

—¡Dios mío, qué miedo nos has hecho pasar, pequeña mía!

Tuve ganas de levantarme de la cama para abrazar a mi padre pero, en cuanto me moví, sentí una punzada en la nuca y volví a apoyar la cabeza en la almohada.

Fue de lo más desagradable, pero el latigazo de dolor sirvió al menos para despejar la bruma que ofuscaba mis pensamientos y me ayudó a despertarme del todo.

Mi padre me cogió la mano y la besó:

—Irene, pequeña mía… ¡¿qué te ha sucedido?!

Estaba despierta y vigilante, pero no tenía ninguna respuesta para aquella sencilla pregunta. Lo único que tenía claro en aquel

momento era que no podía contar lo que estaba haciendo en Notting Hill la tarde anterior.

Cerré los ojos y solté unas tosecillas para ganar algo de tiempo. Iba a abrir la boca, sin saber aún qué me iba a inventar, cuando oí la voz de Horace.

—Si me disculpan… Posiblemente a la señorita Irene le cueste recordar ahora, a causa del golpe en la cabeza, pero yo estaba con ella y, por tanto, puedo referirles lo…

—¡De acuerdo, Nelson, hable entonces! —lo apremió mi madre de una manera más bien brusca.

—Por supuesto, señora Adler. Verán, ayer por la tarde la señorita Irene se dio cuenta de que no le había comprado ningún regalo a su prima, la señorita Josephine, que vendrá a visitarla justo después de Navidad. Por eso decidió, me permito añadir que comprensiblemente, ir en ese mismo momento a Portobello Road para remediar su pequeño olvido. Como siempre, acompañé a la señorita Irene a donde quería ir y pude asistir, así, al fastidioso accidente que lamentablemente sufrió.

Tengo que confesar que, al principio, la palabras de Horace me desconcertaron. ¿Qué era, en efecto, aquella rebuscada mentira de un regalo para mi prima Josephine, cuya visita había olvidado por completo? ¡Qué tonto fue por mi parte no ver la verdad, que era tan simple! El señor Nelson, una vez más, me estaba encubriendo.

—Por desgracia —siguió diciendo Horace—, mientras la señorita Irene cruzaba la calle, un cochero, y tengo razones para creer que estaba borracho, hizo encabritarse a sus caballos. Su hija se asustó, pisó en falso y, al caerse, se golpeó en la cabeza y perdió el sentido. Así es como sucedió todo, señores Adler —concluyó Horace.

—¡¿Y usted, señor Nelson?! ¡¿Qué hacía usted, por todos los dioses?! ¿Acaso no es tarea suya proteger a mi Irene?

La voz de mi padre sonó en la habitación como un trueno repentino e hizo que me sobresaltara. Conocía a mi padre como una persona amable y de maneras corteses, y aquel arranque de ira me impresionó profundamente. Solo otra vez lo había oído hablar así, a nuestra llegada al puerto de Dover pocos meses antes, cuando mi amigo Sherlock Holmes se me había acercado disfrazado de mendigo y yo, sin reconocerlo, me había caído al suelo del susto.

Horace, por su parte, bajó la mirada.

—Tiene razón, señor Adler. Habría tenido que estar más atento. Espero que me perdone.

—Mi confianza en usted vacila, Nelson… ¡Me reservo el derecho de tomar las decisiones que considere oportunas respecto a usted!

Aquellas palabras fueron de veras demasiado para mí y, haciendo caso omiso del dolor que sentía en la nuca, me senté en la cama.

—¡Eso no es justo, papá! —protesté—. Horace no tiene ninguna culpa de lo ocurrido. Fui yo la…

Dudé un instante mientras pensaba lo que decir.

—… que crucé la calle de improviso y sin mirar, como una tonta —concluí.

Mi padre me sonrió y reencontré el rostro bueno y gentil que siempre había conocido.

—Está bien, pequeña mía, está bien… —me serenó—. Pero ahora no te alteres. Lo peor ha pasado y solo tienes que pensar en descansar.

Asentí y volví a recostarme en la almohada. Justo en ese momento sonó la campanilla de la puerta e instantes después vi a mi madre entrar de nuevo en la habitación acompañada por un hombre de maneras afectadas con poblados bigotes grises. Era nuestro vecino, el doctor Harrison. Se decía que era una lumbrera y solo por consideración a mi padre había accedido a venir a examinarme. Cosa que hizo de una manera un tanto expeditiva y que remató dando a mis padres algunas recomendaciones más bien obvias: tenía que permanecer en un lugar caliente y guardar reposo absoluto.

La idea de tener que quedarme en la cama durante quién sabía cuánto tiempo me aterró pero, cuando el doctor Harrison se fue, tuve al menos el pretexto de pedir una manzanilla caliente para poder hablar a solas con el señor Nelson.

Cuando el mayordomo volvió a entrar en la habitación trayéndome una taza humeante, aproveché para ponerle la mano en el brazo.

—¡Gracias, Horace! —susurré—. Sin usted, ahora estaría metida en un sinfín de problemas.

El señor Nelson meneó casi imperceptiblemente la cabeza y dejó oír algo que estaba entre una risa y un breve suspiro.

—Es usted muy amable, señorita, aunque, a decir verdad, ¡no creo que haya logrado disminuir en un ápice el inmenso talento que tiene para meterse en problemas! —repuso.

Yo también sonreí.

—Es usted único, Horace, jamás sabré cómo corresponderle —dije apretando con más fuerza su brazo—. Pero ahora tengo una terrible curiosidad… ¡Cuénteme qué sucedió de verdad ayer por la tarde!

El mayordomo echó un vistazo para asegurarse de que mis padres no estuvieran por allí y luego empezó a contarme en voz baja:

—Es sencillo… Ayer por la tarde, yo estaba en la ventana cuando usted volvía y la vi confabular con su amigo el señorito Holmes. Sé que eso siempre significa problemas a la vista, así que, cuando me di cuenta de que no tenía intención de entrar en casa, salí y la seguí a cierta distancia. Supongo que se acuerda de que caminó hasta una plaza de Notting Hill, donde un energúmeno la amenazó con una pistola. Bien, en ese momento yo estaba a punto de presentarme allí para traerla a casa… Pero entonces usted se marchó y, cuando se escabulló corriendo en medio del tráfico de carruajes, me despistó… Por desgracia, no pude dar con usted hasta que oí su grito. Corrí y la encontré en el suelo, junto a la valla del parque. Del canalla que la golpeó no había ni rastro, lamentablemente.

Me quedé absorta unos instantes. Mientras escuchaba el relato de Horace, había vuelto a ver en mi mente, nítidamente, todos los acontecimientos que me habían ocurrido el día anterior en Ladbroke Square. O mejor dicho, casi todos. Porque los últimos momentos antes del golpe en la cabeza y el desvanecimiento estaban envueltos, en mi recuerdo, por una neblina de incertidumbre e imprecisión, como los detalles de un sueño a punto de olvidarse. Estaba segura de que había ocurrido algo… Algo que había visto antes de que en mi mente se hiciera la oscuridad pero, por mucho que me esforzara, no conseguía aferrarlo. Renuncié suspirando y tomé la taza que Horace me tendía. Iba a dejarla sobre la mesilla, pero el mayordomo me fulminó con la mirada y cambié de idea; después de todo lo que había hecho por mí, ¡beberme una manzanilla era lo mínimo que podía hacer!

Las horas siguientes pasaron en la aislada atmósfera de mi habitación. Por una rendija entre las cortinas pude ver la nieve que había empezado a caer de nuevo sobre Londres. Mi cabeza rebosaba de preguntas: ¿Qué habría sido de Lupin? ¿Volvería a verlo? ¿Y de Sherlock? Quién sabía si habría podido ponerse en contacto con el señor Hallett, la víctima señalada de Ladbroke Square. Me dije que tenía que pedirle a Horace que me trajera un periódico de la tarde para ver si aquel triplete de homicidios se había completado. Pero, antes de que pudiera hacerlo, la lenta caída de los copos me acunó dulcemente y me hundí en un plácido duermevela.

Pasé así un buen rato, hasta que noté una mano apoyada delicadamente en mi hombro. Era mi padre y, a la puerta, más tiesos que dos bacalaos, estaban Sherlock y Lupin. Era evidente que las visitas formales no eran lo suyo y, con sus caras de circunstancias y las gorras en la mano, constituían un espectáculo verdaderamente gracioso.

—Tus amigos han venido a felicitarte la Navidad —dijo papá señalándolos—. Estaba seguro de que te alegraría verlos, así que los he recibido, pero también les he advertido que el médico te ha recomendado reposo absoluto. Por eso, solo os puedo conceder un saludo y poco más… Estaré de vuelta dentro de cinco minutos.

Y, tras acariciarme la mejilla, se despidió de mis amigos y nos dejó solos. Sherlock y Lupin, de todas formas, se quedaron en el umbral como dos estatuas. Lo primero que hice, de forma natural, fue mirar a Lupin con cara interrogativa, y él captó al vuelo lo que le estaba preguntando.

—Mi padre y yo hemos acordado que me reuniré con él en Dunkerque el día de Año Nuevo. Hasta entonces podré quedarme en Londres.

Sonreí. Era de veras una buena noticia. Pero el tiempo apremiaba y nosotros estábamos en plena investigación.

—¡Adelante! —me vi obligada a decirles—. Ya habéis oído que tenemos poco tiempo, ¿no? Venid aquí y decidme si hay novedades en el caso de la Rosa Escarlata.

Lupin vino corriendo entonces a sentarse en mi cama.

—Tú…, tú estás bien, ¿verdad? Por un momento temí… —dijo eludiendo mi invitación.

—Quédate tranquilo —lo reconforté—. Solo me duele un poco la

nuca, pero mañana habrá pasado todo… Y vosotros, ¿cómo os habéis enterado?

—El señor Nelson nos dejó un recado en la Shackleton Coffee House —me contestó Sherlock acercándose—. Hemos venido tan pronto como hemos podido. ¡No hace falta que te diga que ir sola a Ladbroke Square fue un grave error que habría podido costarte muy caro!

—¡No seas melodramático, Holmes! —le repliqué—. A fin de cuentas, solo ha sido un golpe en la cabeza. Ahora vayamos a las novedades —dije entonces—. Esto es lo que descubrí por el precio de un coscorrón en la nuca: la tercera víctima prevista se llama Hallett, pero parece que alguien le ha puesto ya la mosca detrás de la oreja. Su casa está vigilada por dos tipos armados que no dejan acercarse a nadie. Y además…

—¿Y además?

—He descubierto también que alguien se había apostado en un rinconcito de los jardines de Ladbroke Square para espiar la casa de Hallett.

—El mismo «alguien» que luego te golpeó en la cabeza, supongo —dijo Lupin.

—¡Y quizá también el «alguien» que últimamente se divierte cometiendo homicidios por la ciudad y firmándolos con una rosa escarlata! —añadió Sherlock haciendo que me corriera un escalofrío por la espalda.

—¡Maldición! —imprequé con los dientes apretados—. Si solo pudiera recordar…

—¿Recordar el qué, perdona?

—¡Lo que vi antes de perder el sentido! Estoy segura de haber visto algo, pero es como si mi mente no pudiera aferrar ahora ese recuerdo.

—Creo haber leído que es algo muy común después de un trauma de cierta consideración —observó Lupin—. Puede que solo sea una cuestión de tiempo y que luego consigas recordar lo que viste.

Sherlock asintió, fascinado.

—La mente humana es como un gran laberinto —sentenció—. Y tal vez ahora, Irene, en algún rincón de tu laberinto, merodea el fantasma de un asesino…

Capítulo 12

UN TIGRE ENJAULADO

La sensación de tener en la cabeza un fragmento importante de verdad y no poder distinguirlo era decididamente frustrante. Me recosté en las almohadas, bufando, y traté de pensar en otra cosa. Por pura casualidad, mis ojos cayeron sobre la masa oscura de mi abrigo azul, que alguien debió de haber colgado del respaldo de una silla cuando me habían acostado el día anterior. Mi mirada se deslizó hasta los bolsillos, con su forro de terciopelo plateado, y entonces volví a verme allí, junto a la valla de Ladbroke Square, metiéndome algo en uno de ellos.

—¡El papelito! —exclamé a media voz, atrayendo las miradas intrigadas de Sherlock y Lupin. Pero no había tiempo para explicaciones.

—¡Mirad en los bolsillos de mi abrigo! —dije solamente.

Sherlock, que se encontraba más cerca, alargó la mano y sacó de un bolsillo el arrugado trocito de papel que me había guardado el día anterior. Me miró con expresión interrogativa.

—Lo encontré ayer en el sitio en que la nieve estaba pisoteada —expliqué—, donde, antes de hacerlo yo, alguien se había escondido para espiar la casa de Hallett.

Sherlock saltó como un resorte y se acercó a la lámpara de mi mesilla para examinar el trozo de papel bajo la luz.

—Todavía se ven trazas de tinta. Había algo escrito… Pero el papel está todo desgastado, como si…

—Como si alguien lo hubiera manoseado —se adelantó Lupin.

Sherlock enderezó la espalda y miró al vacío.

—Pues claro, quien estuviera apostado delante de la casa de Hallett —dijo tratando de imaginarse la escena—. Se encuentra este papel en el bolsillo y empieza a darle vueltas entre los dedos, a retorcerlo, a doblarlo, hasta que algo llama su atención y lo tira al suelo…

Justo en ese momento se oyó ruido de pasos en la escalera. Mi padre estaba subiendo y el tiempo de que disponíamos se había terminado.

—¿Qué vais a hacer ahora? —me apresuré a preguntarles.

—Volveremos al despacho de Field —respondió Lupin—. Según parece, acaban de excarcelarlo.

—Y teniendo en cuenta cómo lo ha tratado el inspector Babbington, ¡supongo que tendrá ganas de tomarse la revancha en su propio terreno! —añadió Sherlock, esperanzado.

Yo miré la puerta de mi habitación pensando que en breve mis amigos la cruzarían y me dejarían sola. Sentí una opresión en el corazón mucho más fuerte que el dolor de cabeza.

—Sherlock, Arsène… Me voy a ver obligada a quedarme encerrada aquí por orden del médico —dije—, pero no me dejéis fuera del caso, ¿entendido?

—Te lo prometemos —asintió Sherlock.

—Nunca se nos ocurriría dejarte fuera, Irene —dijo Lupin sonriéndome—. De vez en cuando, echa un vistazo al jardín de atrás, ¿de acuerdo? —terminó de decir guiñándome un ojo.

Le devolví la sonrisa y asentí con un gesto. Pero la mía era una sonrisa triste. Mi padre había aparecido en la puerta y, como víctimas de una extraña magia, Sherlock y Lupin habían vuelto a ponerse rígidos como estatuas. Saludaron respetuosamente a mi padre y se despidieron de mí con una inclinación de cabeza.

Me quedé sola en mi habitación, pues, y me volví de costado en la cama con un largo suspiro. «Field ha salido de la cárcel», pensé. ¿Y yo? ¿Cuándo saldría yo de mi cárcel?

Decidí que, para sobrevivir a aquella reclusión entre las paredes de casa, tenía que fijarme un objetivo y así poner mis ideas en orden. Me impuse, por tanto, hacer lo posible para mostrarme serena y con buena salud ante mis padres. Esperaba que, de ese modo, el tiempo de reposo absoluto que me había prescrito el doctor Harrison pudiera reducirse a un día o día y poco. Obedeciendo aquel

pequeño plan mío, cuando llegó la hora de la cena me levanté de la cama, me puse las pantuflas y una bata de raso y bajé al piso inferior. Mi madre me recibió con una mirada severa y me hizo notar que no habría debido levantarme y que Horace estaba a punto de llevarme la cena a la cama en una bandeja.

—Mamá, no me siento nada débil y, además, ¿no crees que la alegría de la familia y el calor de esa chimenea que crepita pueden beneficiarme? —objeté lanzando una mirada a mi padre, que estaba fumándose una pipa en el sillón.

—En efecto, Geneviève, yo creo que…

Sonreí. ¡Sabía que siempre podía contar con el apoyo de mi padre! Cambiaron, pues, las instrucciones dadas al servicio y la cena para todos fue servida en una pequeña mesa junto a la chimenea encendida.

No tenía mucha hambre, pero fingí que comía con buen apetito el consomé y la gallina cocida de mi cena, y acepté con gusto el medio dedo de vino de Oporto que mi padre me sirvió al final comentando que se trataba de un «curalotodo para el cuerpo y el espíritu». Logré luego arrancarles algo más de tiempo para charlar delante de la chimenea, y mi padre contó graciosas anécdotas de su viaje a Glasgow, pero a la media hora mi madre se puso en pie y me señaló la puerta.

—Ahora basta de saltarse las reglas… ¡A la cama! —me ordenó como cuando tenía cinco años. Simulé desplomarme sobre el brazo del sofá, como si me hubiera dado un ataque fulminante, y obtuve una reprensión de mi madre y una carcajada de mi padre.

Aquella noche, en cualquier caso, no podía hacer más y no tuve más remedio que darles un beso a mis padres y retirarme a mi habitación, donde encontré consuelo en mi diario, en el cual, por suerte, tenía un montón de cosas que anotar. Y así, cuando por fin lo aparté, al pensar en aquel torbellino de elementos dispares que parecían muy lejos de formar una imagen coherente (los códigos del Fraile Negro, el posible regreso de la Banda de la Rosa Escarlata, los energúmenos de guardia en la casa de Hallett, la agresión que había sufrido), me deslicé otra vez en el sueño.

A la mañana siguiente me desperté cuando todavía estaba oscuro al otro lado de la ventana. Miré entonces el reloj de péndulo colgado en un rincón de mi habitación ¡y vi con horror que aún no eran ni

las siete! Tenía por delante una serie de horas interminables que prometían ser de un aburrimiento infinito. Encendí la lámpara del escritorio. Añadí una anotación en mi diario. Leí un cuento y volví a mirar la hora. ¡Solo eran las ocho y algo! Me pregunté cómo podía transcurrir tan terriblemente despacio el tiempo y, mientras desayunaba, esperé la llegada del repartidor que cada mañana entregaba un fajo de periódicos para mi padre. Me zambullí en las páginas del *Times* recién impreso buscando febrilmente alguna alusión a Ladbroke Square o al señor Hallett… Nada.

Me pregunté si de verdad no se había cometido el tercer crimen de aquella macabra serie o si Scotland Yard había decidido silenciar la noticia. Pensé que tal vez Sherlock y Lupin tenían ya la respuesta a aquella pregunta y me acordé de las palabras de este último, que había prometido venir a verme para informarme de las novedades en el caso entrando por el jardín de la parte trasera. Empecé a vagar entonces por la casa como una alma en pena, volviendo continuamente a la puerta que daba al jardín para comprobar si mi amigo había llegado.

Cuando, en aquel trayecto obsesivo, me vi pasando por enésima vez delante de la salita en que se encontraba el señor Nelson atareado en abrillantar la plata, el mayordomo no pudo contenerse más.

—¡Señorita Irene! —estalló—. ¿No tendría que estar guardando reposo absoluto? Me recuerda, en cambio, a aquel tigre de la India encerrado en una jaula que vi en el Gran Circo de Oriente cuando era niño.

—El tigre es un animal noble y fiero, así que consideraré un cumplido lo que ha dicho —respondí asomándome a la sala—. Y respecto al hecho de que me sienta enjaulada, mi buen Horace, ¡es la pura y simple verdad!

Horace masculló algo más que no pude oír, porque había reanudado mi atormentada ronda hacia el jardín de atrás.

Pero Lupin seguía sin aparecer.

Oí, en cambio, ruidos en el piso de arriba y comprendí que mis padres se estaban levantando. Corrí a mi habitación y me metí bajo las mantas, lista para recibir su visita y sus buenos días. Aquella mañana me acompañó la suerte: mi padre tomó un desayuno rápido y se fue a la City por ciertos negocios mientras que mi madre se

puso a coser en un saloncito aislado, lejos de la escalera y del pasillo que llevaba al jardín de atrás. Eso significaba que, al menos por un rato, ¡tenía vía libre para hacer mi ronda!

Pero aquel continuo ir y venir, no obstante, terminó por aburrirme. Me sentía totalmente frustrada cuando, en mi enésimo trayecto por el pasillo principal de la casa, me paré, bostezando, a mirar los viejos retratos de familia que colgaban de las paredes. El tatarabuelo Wolfgang de larga barba blanca, el bisabuelo Leopold con su solemne nariz aguileña, la tía abuela Marguerite con sus ojos que parecían de hielo… Fue mientras miraba el hosco retrato de la tía abuela Marguerite cuando algo saltó en mi mente. Casi tuve la impresión de que un engranaje largo tiempo atascado se había puesto a funcionar de nuevo. El corazón se me aceleró. Repasé otra vez los detalles del retrato: el vestido negro, las manos nudosas, el cuello almidonado, la cara cubierta de finas arrugas y… ¡ahí estaba!

Mi emoción fue tan grande que tuve que retroceder un paso y apoyarme en la pared. ¡Había ocurrido! El recuerdo que parecía haberse perdido en las aguas oscuras de mi memoria había aflorado por fin. ¡Ahora sabía lo que había visto antes de perder el sentido dos días antes en Ladbroke Square! Corrí hacia la puerta de atrás esperando encontrar a Lupin para poder contarle lo que me acababa de pasar, pero no estaba.

Volví a mirar pocos minutos después y me había acostumbrado tanto a hacer esos viajes en balde que también aquella vez estaba a punto de cerrar la puerta cuando…

¿Acaso no había visto una gorra gris asomando por la tapia del jardín? Volví a mirar y vi a Lupin ondeando los brazos y agitando en el aire la gorra para que lo viera.

—¡Lupin, Lupin! —susurré haciéndole una seña para que se acercara. Mi amigo saltó la tapia con la misma facilidad con que se abre una puerta y vino hasta mí.

—¡Buenos días, Irene!

—Buenos días, Arsène, no sabes cuánto me alegra verte… Pero no tenemos mucho tiempo, mi madre podría llegar de un momento a otro.

—¡Solo será un segundo! Lo primero es que tenías razón sobre el extraño comportamiento de Hallett. También el señor Field, que ahora investiga por su cuenta, intentó que Hallett lo recibiera para

ponerlo sobre aviso, pero no hubo nada que hacer… ¡Lo pusieron de patitas en la calle sin contemplaciones! Y luego está el nuevo descubrimiento de Sherlock… Ese loco se ha pasado toda la noche examinando el papelito que encontraste en Ladbroke Square y ha descubierto que se trata de un billete.

—¿Un billete?

—Sí, un billete de tren, de la línea Liverpool-Londres.

Puse cara de asombro. Ese detalle inesperado hizo que aquella historia me pareciera aún más enigmática y enredada…

Pero había llegado el momento de que hablara yo.

—Lo creas o no, Arsène, yo también tengo una novedad.

—¿Y a qué esperas para contármela?

—¿Recuerdas que os dije que había visto algo antes de perder el sentido, pero que no lograba acordarme de qué era?

—No me digas que…

—¡Pues sí! Hace poco he conseguido acordarme… ¡Eran OJOS!

—¡¿Ojos?!

—¡Sí, Arsène, eso mismo! ¡Ojos… de mujer! Azules y finos como una lámina de hielo.

Capítulo 13

CORRERÍAS EN LIVERPOOL

De los acontecimientos que voy a narrar ahora, mis ojos, desgraciadamente, no fueron testigos directos.

Pese a mis intentos de parecer alegre y en perfecta salud, el doctor Harrison no consideró oportuno acortar la duración de aquel suplicio que me tenía encerrada en nuestra casa de Aldford Street mientras mis amigos andaban por ahí a la caza de peligrosos asesinos aún sin rostro y sin nombre.

El relato de los sucesos de aquellos días que Lupin me hizo poco tiempo después fue, en todo caso, tan vívido, apasionante y rico en detalles que, recordándolo hoy, casi tengo la impresión de haberme encontrado realmente allí con ellos todo el tiempo. He aquí cómo se desarrolló todo…

Cuando, tras una furtiva y apresurada despedida, cerré la puertecita trasera de casa, Lupin saltó la tapia del jardín con su habitual agilidad y acudió a la cita que tenía con Sherlock, esta vez no en la

Shackleton Coffee House, sino en casa de Holmes. Al aproximarse, Arsène vio una columna de humo negruzco saliendo de la caseta de madera del jardín y fue allí sin dudarlo.

La escena que se presentó a ojos de Lupin cuando traspasó el umbral del cobertizo era tan caótica como familiar: la estufa de carbón rugía impetuosamente en un rincón, Sherlock estaba hundido en un viejo sillón con los codos en los reposabrazos y las yemas de los dedos juntas. Sus ojos miraban algún punto indeterminado al otro lado de la ventana polvorienta mientras en torno a él reinaba un auténtico maremágnum de hojas de periódico arrancadas y tiradas por el suelo.

Sherlock permaneció quieto como una figura de porcelana, ni siquiera saludó a Lupin, quien se adentró suspirando en aquella jungla de papel y tinta caminando de puntillas.

—*Liverpool Echo*… *Mersey Star*… *Northern Herald*… —leyó Arsène atisbando aquí y allá las cabeceras de los periódicos salvajemente desencuadernados por Holmes. Todos eran diarios de Liverpool y alrededores—. ¿Es que estás empezando a sufrir cierta fascinación por la ruda Inglaterra norteña? —bromeó.

Sherlock hizo un gesto nervioso con la mano, como si espantara una mosca.

—Liverpool… —dijo luego hablando más consigo mismo que con Lupin, quien sin embargo estaba allí junto a él—. El billete de tren que encontró Irene en aquel rincón escondido de Ladbroke Square nos dice que Liverpool es uno de los lugares en torno a los cuales gira este extraño asunto… Pero ¿por qué? ¡Maldición, ¿por qué?! ¿Qué tiene que ver Liverpool con esta historia? —preguntó dando una patada rabiosa a unas cuantas hojas de periódico que tenía entre los pies.

Lupin hizo una mueca dando a entender que no tenía la menor idea, agarró un taburete de madera y se sentó en él a horcajadas justo enfrente de Sherlock.

—Lo único que sé de Liverpool es que allí vive un viejo amigo de mi padre, un militar… —dijo—. Un tal Pepper, que le manda graciosas postales de vez en cuando… Pero me temo que esto no sea demasiado útil.

—Brillante conclusión, Arsène —confirmó Sherlock echando lentamente la cabeza hacia atrás, hasta apoyarla en el borde del

respaldo—. Pero no te preocupes, ¡estás en buena compañía! ¡Tampoco este montón de periódicos de Liverpool que he pedido a Sparky que me procurara me ha sido de utilidad alguna! Son solo un potaje de noticias sin sentido… Ninguna pieza que encaje en nuestro mosaico de frailes negros y rosas escarlata —concluyó, irritado.

—Temo que ese billete sea lo que nosotros, los franceses, llamamos un *cul de sac*, un callejón sin salida… —comentó Lupin —. ¡Pero al menos hay una novedad! Irene se ha acordado de lo que vio antes de que la golpearan en la cabeza frente a la casa de Hallett —anunció luego.

Sherlock le lanzó una mirada desganada e hizo un leve gesto con la barbilla para que le refiriera la novedad, de la que, resultaba evidente, no esperaba gran cosa.

—Ojos azules y finos… Los ojos de una mujer, según Irene — reveló Lupin.

Al principio, a Sherlock lo dejó más bien indiferente aquel detalle, que debió de parecerle vago y poco prometedor, y se limitó a acariciarse la barbilla, perplejo. Lupin, por su parte, estaba a punto de proponerle tomar un tentempié en un *pub* que había en la esquina de la calle cuando, de repente, Sherlock se puso en pie de un salto. Lupin juraba que había visto a nuestro amigo común transformarse completamente de un momento a otro, un poco como un hombre lobo cuando sale la luna llena. Sherlock se tiró al suelo, se zambulló literalmente en las hojas de periódico esparcidas y empezó a examinarlas febrilmente, recorriendo las columnas impresas con ojos centelleantes y ansiosos, haciendo volar por el aire las páginas en que no encontraba algo que, era evidente, buscaba.

—Dime, ¿se puede saber qué demonios…? —exclamó Lupin, incrédulo, levantándose del taburete para evitar que le cayeran en la cara las hojas lanzadas por Sherlock.

—Una mujer…, una mujer…, una mujer…, una mujer… —no dejaba de repetir Holmes hojeando en aquella formidable confusión.

Lupin temió por un momento estar asistiendo a la entrada definitiva de su amigo en el reino de la locura, pero entonces Sherlock cogió una hoja con ambas manos y se puso en pie.

—¡Aquí está por fin! —exclamó triunfante, acercando la página

a Lupin con el dedo apuntando a un pequeño suelto de la sección de sucesos del *Liverpool Echo*.

—«MUJER JOVEN DESAPARECE EN LIVERPOOL» —empezó a leer Lupin —. «Se trata de la señora Mary Musgrave, casada y con dos hijos, que reside con su familia en el número 88 de Duke Street. La desaparición de la mujer, tan imprevista como inexplicable, se ha producido esta mañana. Su marido, Adrian Musgrave, que ha denunciado el hecho ante la policía, ha declarado que en el armario de la mujer faltan algunos vestidos y una maleta pequeña. La hipótesis más plausible, por tanto, es que ha huido. Según algunas filtraciones desde ambientes policiales, una persona con facciones parecidas a las de Mary Musgrave ha sido vista a primeras horas de la mañana sentada en un banco de la estación ferroviaria de Lime Street. Se ignoran las razones de su decisión y»… —Llegado a ese punto, Lupin interrumpió la lectura y miró a Sherlock con ojos de sorpresa.

—¿Y por qué ha de interesarnos a nosotros esta buena señora?

—¡Mira la fecha del periódico! —le dijo arrolladoramente su amigo—. ¡Martes, 13 de diciembre! El día siguiente al de la publicación del anuncio del Fraile Negro y el anterior al del crimen de Twickenham… Una mujer, igual que es mujer la persona cuyos ojos dice haber visto Irene antes de perder el sentido… Una mujer que viajó en tren desde Liverpool, muy probablemente a Londres, ¡y puede que precisamente con el billete que ahora se encuentra en un cajón de mi mesilla!

Lupin, parado en medio de la habitación con los brazos en jarras, sopesó la atrevida suposición de Sherlock. Y negó con la cabeza.

—O bien… ¿Has oído hablar alguna vez de las «coincidencias»? ¡Todo eso por lo que te inflamas tanto podría ser una simple y banal coincidencia, amigo mío! —objetó.

Sherlock reaccionó con una carcajada desdeñosa.

—¡¿Coincidencia?! ¿Sabes lo que son las coincidencias? ¡Son excusas de una mente perezosa para no esforzarse en descubrir la verdad!

Lupin abrió los brazos, resignado. Sabía bien que, cuando Sherlock manifestaba aquel grado de convicción y firmeza, ni siquiera un cañonazo podía distraerlo de lo que tenía en mente.

—Está bien… ¿Y qué piensas hacer entonces?

—Ir a comprobar que mi hermana Violet se ha recuperado del todo, tal como parecía al despertarse —contestó Sherlock, que de pronto se había puesto de excelente humor.

—¡¿QUÉ?!

—Claro, porque mañana por la mañana tenemos que estar libres de obligaciones. ¡A las siete en punto cogeremos el tren a Liverpool que sale de la estación de Euston!

Y así, al día siguiente, al alba, mis amigos se encontraban bajo la gran bóveda de la estación de Euston. Lupin, enemigo acérrimo de los madrugones, bostezaba y boqueaba como un pez sacado a la fuerza de un estanque, mientras Sherlock, vigilante y nervioso, ni siquiera parecía saber qué hora del día era.

El viaje a Liverpool transcurrió, así, en perfecto silencio. Sherlock, sumido en sus pensamientos, se dedicó a mirar los campos nevados por la ventanilla mientras Lupin dormitaba en un ángulo del compartimento. Después de unas cuatro horas, el tren se detuvo entre resoplidos en la atestada estación de Lime Street y no fue hasta que, al bajar del vagón, el punzante aire de diciembre le acarició el rostro cuando Lupin se dio cuenta de que no conocía un detalle, como poco, esencial.

—Eh, pero ¿adónde nos dirigimos exactamente?

—A las oficinas del registro civil… ¡Por aquí!

Sherlock había estudiado el plano de Liverpool la noche anterior y se movió con soltura por las calles de aquella ciudad, que visitaba por primera vez. Las oficinas del registro resultaron estar en un edificio insignificante y ligeramente tétrico, que no distaba mucho de la zona portuaria a orillas del río Mersey.

Sherlock y Lupin cruzaron la puerta con aire resuelto y se encontraron delante de una mesa, detrás de la cual un corpulento funcionario leía el periódico.

—¿Señor? —se dirigió a él Holmes con decisión—. Mi amigo y yo necesitamos consultar sus registros.

El hombretón levantó los ojos del periódico y los miró. Las palabras de Sherlock, carentes del tosco acento del norte, debieron de inducirlo a pensar que los dos jóvenes que tenía delante eran unos retoños de la alta sociedad de la ciudad, educados en Oxford o Cambridge.

—Que me parta un rayo… —dijo—. Vosotros, muchachitos bien, ¿no tenéis nada mejor que hacer que venir a jugar con los datos del registro? Hay que ver cómo está el mundo…

—Comete dos errores, señor —replicó Sherlock, picado—. Primero, mi amigo y yo estamos lejos de ser de familia bien y, segundo, no hemos venido hasta aquí para jugar, ¡sino para hacer unas indagaciones que podrían salvar vidas!

La respuesta del corpulento funcionario consistió al principio en un gruñido.

—Cuánto lo siento, jovencitos, pero tendréis que salvar el mundo otro día. ¡El reglamento no me permite dejar consultar los archivos del registro a quien no sea mayor de edad y esté provisto de una solicitud formal por escrito!

Sherlock meneó la cabeza y se mordió nerviosamente el labio inferior, luego suspiró. Lupin, que esperaba asistir a una explosión de rabia, se sorprendió mucho al ver que su amigo se retiraba comedidamente y salía de las oficinas sin decir palabra.

—Cuatro horas de tren y ahora… ¿Nos rendimos sin más? —preguntó Lupin, incrédulo.

—No seas tonto, Lupin. Es obvio que no nos rendimos. Era de justicia probar primero por las buenas, pero ahora estamos justificados para pasar a métodos más… ¡enérgicos! —respondió Sherlock.

—¡Magnífico! ¿Y tienes pensado algún método en concreto?

—Sí —confirmó Sherlock—. Y en él está previsto que ahora tú hagas una maniobra de distracción que me permita entrar en los archivos —añadió mirando a Lupin con una divertida expresión de desafío.

Supongo que cualquier otro, en tales circunstancias, habría mandado a paseo a Sherlock, pero Lupin no lo hizo. Le devolvió la mirada y sonrió.

—Espérame aquí, puede que necesite unos minutos.

Dicho esto, se alejó en dirección a la parte de atrás del edificio, donde encontró una puerta abierta y a una mujer de la limpieza fregando el suelo. Eso le sugirió un plan a Lupin, que, moviéndose con agilidad y silencioso como un gato, sustrajo a la mujer un cubo con trapos y se dirigió furtivamente a los sótanos. Una vez allí, localizó un rincón lo bastante oscuro y, con las cerillas que siempre

llevaba consigo, prendió fuego a los trapos; estos, al estar algo húmedos, empezaron a desprender un gran humo blanquecino. ¡Precisamente como esperaba Lupin! En un par de minutos, por la puerta del sótano empezaron a salir nubecitas de humo. A Lupin no le quedaba más que gritar «¡Fuego! ¡Fuego!» y luego salir por piernas. Mientras todos los que estaban en el edificio corrieron en todas direcciones y propagaron la alarma, Sherlock vio a su amigo escapando a la carrera y tosiendo por el humo inhalado.

—¡Vamos! Cof… Cof… ¡Esto debería proporcionarnos unos diez minutos!

Y sin añadir más, desaparecieron juntos tras la creciente humareda.

Capítulo 14

EN LOS LABERINTOS DE PAPELES

Entre el humo y el jaleo, nadie se percató de cómo mis dos amigos se colaron en los archivos. Sherlock y Lupin cerraron aprisa la puerta tras ellos y se encontraron en una sala de techo altísimo con las paredes completamente cubiertas de estantes de madera abarrotados de severos volúmenes de lomo en piel negra con letras doradas. Sherlock fue corriendo al centro de la sala y empezó a mirar a su alrededor girando sobre sí mismo, con el abrigo revoloteándole como la túnica de un derviche.

De pronto, su mirada se iluminó y se apresuró a coger una escalera que servía para llegar a los estantes más altos.

Lupin vio a su amigo subirse y pararse a media altura, examinar los volúmenes que estaban frente a él y luego coger uno y empezar a hojearlo frenéticamente, como si las páginas quemaran.

Al final de aquel apresurado hojeo, paró de golpe y una larga sonrisa se le dibujó en el rostro.

—¡Eureka! —exclamó mirando a Lupin desde allá arriba.

Estaba claro que Holmes había encontrado información interesante, pero no hubo tiempo para regocijos. El enorme funcionario que los había rechazado poco antes irrumpió en la sala de los archivos con un colega. El engaño del cubo con trapos ardiendo había sido descubierto, evidentemente.

—¡Sinvergüenzas! ¡Dejad esos registros! —chilló gesticulando excitadamente a mis amigos.

Lupin miró en torno a él. La situación no era nada halagüeña. Su mirada midió rápidamente la gran sala y…

—¡Sube! ¡Sube hasta lo más alto! —le ordenó a Sherlock mientras también él llegaba corriendo a la misma escalera.

Sherlock titubeó un instante y luego hizo lo que decía Lupin.

—¡¿Es que quieres quedarte encaramado a la escalera todo el día?! —protestó de todas formas.

Lupin no respondió, se limitó a hacerle un gesto con la mano para que siguiera subiendo.

—¡¿Y AHORA?! —preguntó Sherlock cuando estuvo en lo más alto de la escalera, con la cabeza casi tocando el techo y Arsène justo debajo de él.

—Ahora sujétate fuerte y cuando yo diga «¡Salta!», tú saltas, ¿entendido? —fue la lacónica contestación de Lupin, que instantes después se había apoyado ya con ambas manos en un estante. El movimiento siguiente consistió en un enérgico impulso de los brazos que hizo separarse la escalera de la estantería y proyectar a los dos amigos por el aire. Como la aguja de un gigantesco metrónomo, la escalera describió un amplio arco bajo el techo abovedado de la sala y basculó rápidamente hacia el lado opuesto.

—¡Salta! —gritó Lupin poco antes de que la escalera se estrellara contra el suelo. Él y Sherlock saltaron lejos y acabaron rodando sobre una mesa pegada a la pared. Junto a ella se abría un estrecho pasillo que llevaba hasta una puerta. Sherlock y Lupin, sin pensárselo un segundo, se metieron en él corriendo.

—¡Alto, canallas! —resonó la voz del funcionario bajo la gran bóveda de los archivos. Mis amigos, no obstante, declinaron la invitación a detenerse, es más, se pusieron a correr aún más de

prisa.

La puerta daba a otro pasillo, mayor, en el que todavía flotaba el humo proveniente del sótano. Sherlock y Lupin lo recorrieron, llegaron a la entrada y salieron, y no dejaron de correr hasta desembocar en una calle ancha y transitada en la que pudieron confundirse rápidamente con la multitud de viandantes.

Unos veinte minutos después, mis amigos estaban sentados en un cómodo compartimento del tren directo a Londres, que partió con puntualidad a las 13.13.

Como no había otros pasajeros con ellos, les fue posible hablar libremente.

—Bien —dijo Lupin mientras el tren dejaba atrás la estación de Liverpool—. Y ahora, ¿serías tan amable de decirme por qué nos hemos jugado el pellejo esta vez?

Los labios de Sherlock dibujaron una sonrisita enigmática y callaron, con el propósito de exasperar un poco a Arsène y hacer todo más divertido.

—Un nombre: Mary Harding —dijo al fin, cuando Lupin ya movía los ojos impaciente—. El nombre de soltera de la mujer de Musgrave, la fugitiva. Mary Harding, nacida en Londres el 4 de marzo de 1843.

Lupin no pareció particularmente impresionado por aquella respuesta.

—¿Y para qué nos sirve todo eso? —preguntó enderezando la espalda.

—Para saber lo que haremos mañana, querido Arsène…

—Que es…

—¡Una visita a otras oficinas del registro civil!

La mañana siguiente, por lo que me contó Lupin, no necesitaron menos de tres horas. Tres horas y mucho trabajo con pelucas, barbas falsas, cera moldeable, polvos, algodones y demás ingeniosidades pertenecientes al nuevo *nécessaire* de disfraces que Sherlock había comprado, sacrificando buena parte del dinero ganado con las adivinanzas que escribía para el *Globe*. Pero, al final de aquellos laboriosos procedimientos, mis amigos se contemplaron en un pequeño espejo y casi no reconocieron sus caras. Lupin, de hecho, era ahora un hirsuto individuo de tupida barba marrón y Sherlock un compuesto caballero de cabello gris con dos pobladas y

cuidadas patillas que le bajaban por las mejillas y un monóculo de lente azulada encajado sobre el ojo derecho. Unos trajes viejos que Sherlock había birlado de los baúles del desván y dos majestuosos sombreros de copa de fieltro negro remataron la obra.

Como es lícito imaginar tratándose de una idea de Sherlock, el camuflaje había sido estudiado hasta el menor detalle. Así que también sus voces debían ser las adecuadas a los personajes y, desde luego, no las de dos chiquillos. A tal fin, Sherlock preparó un inmundo brebaje de color verdoso y obligó a Lupin a hacer gárgaras con él. Lupin no se atrevió a preguntarle por los ingredientes de aquella innoble bebida y Sherlock fue lo bastante clemente para no decírselo.

El resultado, en todo caso, fue apreciable: a mis amigos les ardía la garganta y tenían una voz sensiblemente enronquecida, que sonaba mucho más adulta.

Ya solo les quedaba salir de la caseta del jardín de la casa de Holmes para ir a la plaza más cercana donde hubiera una parada de coches de punto y poner a prueba sus disfraces.

—¡Buenos días, señores! —los saludó el primer cochero de la fila abriendo la portezuela con una inclinación mucho más profunda que aquellas a las que mis amigos estaban acostumbrados.

—Buenos días… buenos días… —masculló Sherlock ariscamente —. ¡A las oficinas del registro civil de Caxton Street! Rápido, tenemos prisa.

—¡Enseguida, señor! —se apresuró a decir el cochero, que, tras cerrar la portezuela, saltó al pescante e hizo restallar el látigo.

Sherlock y Lupin se miraron, complacidos por el efecto que parecían causar sus envaradas figuras.

—¡Las cosas marchan a la perfección, mi querido Lazarus! —dijo Sherlock.

—¡No lo puedo negar, querido Phineas! —replicó Lupin.

Aquellos eran los nombres que mis amigos habían elegido para sus estrafalarios personajes: Lazarus Ulpin y Phineas Sholme, de profesión abogados.

Cuando entraron por la puerta del registro civil central de Londres, sito en Caxton Street, Sherlock y Lupin se sentían ya a sus anchas en sus papeles y, por una afortunada coincidencia, el funcionario que se presentó para atenderlos tenía el aspecto de un

joven primerizo, que se hubiera incorporado al trabajo hacía poco.

—¿Qué tal, jovencito? Somos los abogados Ulpin y Sholme, del despacho homónimo, y tenemos que resolver un asunto de la máxima importancia —le explicó inmediatamente Sherlock—. ¿Podemos confiar en usted?

El joven archivero, esmirriado y de ojos tímidos y acuosos, los observó un tanto intimidado.

—Cla… claro, señores… ¿En… en qué puedo ayudarlos?

—¡Ah, pues haciendo una simple búsqueda constabularia cruzada para nosotros! —se inventó Holmes.

—Cons… constabularia cruzada… —repitió el funcionario tragando saliva con esfuerzo.

—¡Lo habría jurado! Las nuevas quintas… ¡Bah! —se lamentó Lupin, alias Ulpin, cruzando los brazos sobre el pecho.

—¿Quieren los caballeros que llame a algún colega más experto? —propuso el joven, mortificado.

—¿Por qué hacer tal ridículo ante sus superiores, joven? ¡Piense en su carrera! —lo abrumó Sherlock—. Acompáñenos al archivo y los viejos Ulpin y Sholme se las arreglarán solos. Y usted siempre podrá aprender lo que es una búsqueda constabularia cruzada…

—Por supuesto —asintió Lupin—. Un joven capacitado como usted…

El pobre funcionario principiante se sonrojó y, con un gesto obsequioso, invitó a mis amigos a precederlo por un largo pasillo en penumbra. A mitad de pasillo se pararon frente a una gran puerta que el joven archivero abrió con una llave que sacó del bolsillo de la chaqueta.

Al otro lado había un inmenso y oscuro espacio que, en forma de numerosísimos, mudos y polvorientos estantes llenos de registros, custodiaba los secretos de generaciones y generaciones de londinenses, ¡la historia de innumerables vidas depositada en un majestuoso laberinto de papel y tinta!

A Sherlock apenas le dio tiempo a vislumbrar la emocionante vastedad de aquel pensamiento y luego, respirando hondo, volvió a meterse en el papel del excéntrico abogado Sholme.

—¿Podría llevarnos a los registros del año 1843, jovenzuelo? —preguntó.

—¡Con mucho gusto! —se apresuró a responder el archivero,

deseoso de quedar bien. Y condujo a Sherlock y a Lupin hasta una estantería que contenía todos los registros de aquel año, para luego apartarse.

Sherlock se abalanzó como un lobo sobre el grueso volumen en que estaban anotados los nacimientos de los primeros tres meses de 1843 y, pasando las hojas con movimientos casi espasmódicos, llegó a las páginas correspondientes al día 4 de marzo.

Sus ojos recorrieron rápidamente los nombres de todos los nacidos en aquella fecha en busca del de Mary Harding.

Pero no lo encontraron.

—¡¿Cómo diablos es posible?!

Lupin vio a Sherlock revisando aquellas ordenadas líneas de tinta una y otra vez, cada vez más frustrado, hasta que…

El dedo que corría sobre la hoja se paró de repente, la cara de Sherlock se puso tensa y sus ojos refulgieron.

—¡Y bien, ¿está o no está?! —lo acució Lupin.

—No, no hay ninguna Mary Harding, pero…

—¡¿PERO?!

—¡Pero hay una Mary Smeaton!

Capítulo 15

UNA HISTORIA ENMARAÑADA

Cuando, terminada mi convalecencia, por fin pude salir de casa, lo hice para acudir inmediatamente a la Shackleton Coffee House a la hora de mi cita habitual con Holmes. Mi amigo estaba sentado en el lugar de siempre y esta vez tenía una expresión radiante.

—¡Bienvenida, Irene! —me recibió, ofreciéndome una butaca—. ¡Llegas en un momento muy propicio!

—¿El espíritu de la Navidad se está abriendo camino en tu corazón de piedra? —bromeé.

—¡Ni soñarlo! —replicó Holmes—. Pero ayer fue un día realmente fructuoso.

—¿Y por qué motivo?

—Digamos que dos amigos nuestros, dos abogados de mucho temperamento, hicieron una contribución formidable a la investigación.

—¿No podrías ser menos enigmático? —le pedí mirándolo como si hablara en chino.

—En el registro civil de Londres salieron a la luz montones de novedades, Irene. Descubrimos que Jerrold Smeaton, el jefe de la banda, había estado casado y que tuvo dos hijos con su mujer: Mary, la mayor, y Adam, en cuyo parto ella murió —me contó Sherlock—. ¡Pero lo más sensacional es que probablemente Mary Smeaton esté involucrada en el caso que estamos investigando!

—¡¿Qué?! ¿La hija del jefe de la banda?

—Exacto: Mary Smeaton, que, tras la muerte de su padre, fue adoptada junto con su hermano menor Adam y cambió su apellido por el de Harding. Ahora, Mary está casada y vive en Liverpool, ¡y tengo razones para pensar que abandonó su casa el 13 de diciembre para venir a Londres!

Brinqué en mi asiento al oír aquellas palabras.

—¿Liverpool? Pero entonces…

—Sí —se me adelantó Sherlock—. La mujer que te agredió en Ladbroke Square podría ser Mary.

Todavía estaba conmocionada por todas aquellas noticias increíbles cuando entró Lupin en el local, él también de excelente humor.

Lo primero que hizo fue venir corriendo hasta mí, cogerme la mano y apretármela con fuerza.

—¡Qué bien verte fuera de la jaula! —me dijo echándose a reír. Yo también me reí y le confirmé cuánto me aliviaba el hecho de poder poner el pie fuera de casa.

—¿Sherlock ya te ha puesto al corriente de las grandes novedades?

Asentí.

—¡Bien! ¿Qué me decís entonces de un poco de… espectáculo? —preguntó Arsène mirándome primero a mí y luego a Sherlock.

Nosotros lo observamos pasmados.

—¡¿Espectáculo?! —repetimos al unísono.

Por toda respuesta, Lupin sacó un pliego de papel de envolver de una cartera de cuero que llevaba bajo el brazo y lo sujetó con chinchetas al liso papel pintado del café. Luego se dejó caer sobre una butaquita desvencijada y señaló el papel con un lapicero rojo.

—Fijaos bien —anunció—, porque vais a ver lo que ha sucedido.

Con el lapicero, trazó con buena mano el dibujo de una rosa en el centro mismo del papel.

—Veamos, este es el punto de partida.

Trazó dos flechas y escribió: «Silencio de la policía. Traición a la Corona».

—Estas son las dos cosas que debemos tener presentes… —comentó—. Es decir, que la policía ha pedido a la prensa, y ha obtenido de ella, que ningún periodista hable de la Rosa Escarlata y que, por lo que nos contó Sparky, tu topo en la prensa, romper el silencio sería castigado como traición a la Corona. En vuestra opinión, ¿por qué?

Sherlock no contestó, así que lo hice yo:

—A causa de la oleada de pánico que se creó hace veinte años.

Lupin torció el gesto.

—¿Os parece razón suficiente?

—Depende de quién diera la orden —observó Sherlock.

—Depende del… motivo por el que la dio.

Llegados a ese punto, Lupin escribió en el papel: «Jarvis».

—¿Os acordáis de él?

¿Cómo iba a olvidar a aquel viejo policía delirante que estaba convencido de la existencia de un oscuro complot para asesinar a la reina?

—¿Y si, a su manera, Jarvis tuviese razón? —insinuó Lupin.

Sherlock cruzó las manos delante de la cara, entornó los ojos y empezó a razonar de un modo febril.

—Sigue —dijo.

Lupin nos dio la espalda para seguir dibujando su complicado diagrama:

—Hay algunos indicios que me han llevado a esta conclusión. Elementos que no encajan en su sitio, suponiendo que tengan un sitio.

Lupin escribió: «Componentes de la banda original», y trazó algunas flechas alrededor. Al extremo de cada una puso un signo de interrogación, menos en la última, donde anotó el nombre de Jerrold Smeaton.

—Bien, este es el único nombre que tenemos. ¿Y qué sabemos seguro sobre él?

—Que está muerto —dijo Sherlock lapidariamente.

Lupin trazó otras dos flechas.

—No solo eso. Sabemos que estaba casado y que su mujer murió

al dar a luz a su segundo hijo… y que, por lo tanto, hoy están por ahí…

Lupin escribió dos nombres, «Adam» y «Mary», y los subrayó.

—Smeaton y la Rosa Escarlata desaparecen hace veinte años… —prosiguió—. Y los hijos de Jerrold, hoy, tienen veintisiete y veinticinco años, respectivamente. De ellos sabemos que, a la muerte de su padre, fueron adoptados por la familia Harding. Mary se fue a vivir a Liverpool después y se casó con Musgrave, mientras que de Adam se pierde el rastro…

A cada frase, Lupin trazaba líneas en su diagrama, que iba llenando el papel como una telaraña.

—Sin embargo, sabemos que los bienes de Smeaton fueron confiscados y los dos hijos fueron adoptados por una familia humilde, por lo que seguro que no disfrutaron de los objetos robados reunidos por su padre.

—He leído que el patrimonio de Smeaton era decididamente poca cosa, mientras que seguro que la banda había acumulado un gran botín, que no encontraron en el chamizo del Támesis. Me parece claro que se lo repartieron los otros, sin él —dijo Sherlock señalando las otras flechas.

Lupin meneó la cabeza.

—Claro, los otros. Es decir, esta nube de interrogantes… ¿Y quiénes eran los otros componentes de la Banda de la Rosa Escarlata? —Lupin tomó aire y luego dijo—: No lo sabemos con certeza pero, en mi opinión, al menos uno de ellos hoy debe formar parte de la cúspide policial, o incluso del restringido grupo de personas que tienen acceso a la corte.

A Sherlock los ojos se le salían de las órbitas.

—¿Cómo puedes afirmarlo?

Lupin señaló su diagrama:

—Por la consigna de guardar silencio. Por la traición a la Corona. Y no te olvides tampoco de lo que ocurrió hace veinte años: la policía no hacía caso de ninguna acusación que tuviera que ver con la Rosa Escarlata, pero después, de repente, siguen un soplo que los conduce hasta Smeaton. ¿Por qué?

—¿Un golpe de suerte después de tantos años malgastados persiguiéndolos sin resultado? —murmuré.

—No, fue un montaje para encontrar un chivo expiatorio y

jubilar a la banda para siempre.

—Salvo que ahora parece haber vuelto… —dije yo.

Y Lupin, rápido como un halcón, apuntó con el lápiz a los nombres de Adam y Mary.

—¡Pero no es la original! Es una nueva Rosa Escarlata. Y, según pienso, aparte de los dos hijos de Smeaton también forma parte de ella alguien muy bien situado… O a lo mejor, dado que se trata de personas ya de cierta edad, hijos de ese alguien. —Arsène nos miró, primero a uno y luego a otro—. El billete de tren, el rostro femenino que vio Irene frente a la casa de Hallett, un rostro que podría ser el de Mary… ¿No lo entendéis? ¡Son los hijos que retoman la carrera de sus padres y vuelven a desafiar a Scotland Yard!

—Hijos muy enfadados, me parece… —observé yo—. No me consta que los miembros de la Rosa Escarlata mataran a las víctimas de sus robos.

Sherlock se revolvió:

—Eso es precisamente lo que no me cuadra en tu diagrama. Aparte de la sugerencia de que esté involucrado un miembro de la Corona, o de la policía…, que no es descartable…

—¿Babbington? —traté de adivinar.

—No, es demasiado joven.

—¡Pero también podría ser hijo de uno de los miembros de la banda original! —insistió Lupin.

—El hecho, Arsène, es que si así fuese…, no se entiende el papel de los hijos de Smeaton.

Arsène se sentó en el reposabrazos de una silla.

—¿De verdad?

—Si las cosas son como tú dices, y veinte años después de las fechorías de la banda original los herederos de los ladrones se juntan…, ¿por qué iban a incluir también a los hijos de Smeaton, el único al que pillaron?

—¿Para recompensarlos por cómo acabaron las cosas? —aventuré yo.

—Y entonces ¿por qué no los han ayudado antes? —replicó Sherlock.

—¿Y quién ha dicho que los hayan incluido? —sonrió Arsène.

Trazó en el diagrama una última flecha que iba de Adam y Mary

al Fraile Negro, y rodeó este último nombre con un círculo.

—No entiendo… —murmuré.

—Mi teoría es que los hijos de Smeaton se han enterado de algún modo de la idea de reconstituir la Rosa Escarlata y se han inventado al Fraile Negro para hacerles saber a los otros que ellos también cuentan… y que saben anticiparse a los movimientos de la banda.

—Interesante… —convine—. Pero ¿cómo se han enterado?

—Eso es exactamente lo que tenemos que averiguar… —concluyó Lupin. Y escribió «Harding» seguido de un gran interrogante.

—¡Sí! —exclamé—. ¿Qué sabemos de ese Harding?

—Por ahora nada —me respondió Sherlock—. Y difícilmente sabremos algo más, dado que es un apellido muy común.

—¿Y de Musgrave? —insistí—. Tal vez sea él el eslabón que nos falta…

—Solo tenemos unas señas a las que podemos escribirle, a menos que queráis hacer otro viaje a Liverpool —respondió Sherlock sacando del bolsillo una hoja doblada.

—Si tuviera que apostar —intervine yo—, y por pura intuición femenina, diría que el suyo no debía de ser un matrimonio muy feliz.

—Por eso mismo quizá valiera la pena indagar —observó Lupin.

—¿Y Jarvis? ¿Cómo encaja él en toda esta teoría?

Lupin intentó darme una respuesta relacionada con el hecho de que, según él, había alguien de la policía en la banda original y que probablemente Jarvis lo había descubierto.

—¿Y eso hizo que se volviera loco? —pregunté, más bien escéptica.

El propio Arsène tuvo que reconocer que no era explicación suficiente.

A cada nueva hipótesis que formulábamos, Sherlock se mostraba más fastidiado, casi irritado.

—Los delitos van acompañados del robo de objetos personales preciosos, es cierto… —murmuró en determinado momento—, pero ninguno de ellos es comparable mínimamente a los viejos botines de la banda. La Rosa Escarlata desvalijaba joyerías enteras. Bancos. Limpiaba mansiones al completo, y en una sola noche… Mientras

que la de hoy, en comparación… parece una banda de aficionados.

—No siempre los hijos superan a sus padres —murmuró Lupin —. Sobre todo si deciden retarlos en su propio campo.

—Y además… —siguió diciendo el joven Holmes—, ¿no habéis notado una extraña semejanza entre las víctimas? Todas son hombres de unos cincuenta años, ricos pero de origen modesto y con una vida más bien retirada.

—No es ningún delito ahorrar un poco de dinero de joven y querer disfrutar de él en paz durante la vejez —replicó Lupin.

Sherlock volvió a hacer una mueca, pero esta vez le concedió a Lupin el beneficio de la duda.

—¿Y si, en vez de ser una nueva banda —dijo—, fuera la misma del pasado que ahora ha decidido cerrar las cuentas pendientes en otros tiempos?

Aquella alusión al tiempo me hizo mirar la hora y me puse blanca.

—¡Cielos, es tardísimo! Tengo que volver a casa ahora mismo.

Sherlock, que ya estaba en pie, cogió su abrigo, como si solo esperara un pretexto para salir de allí y dijo:

—Te acompaño.

Arsène, en cambio, se dejó resbalar sobre la silla y nos dijo:

—¿Me estáis dando a entender que mi idea no os ha gustado?

Sherlock se abrochó los botones del abrigo y yo me di cuenta de que le faltaba uno.

—De ningún modo, Arsène, de ningún modo. Es realmente una buena idea. Pero… le falta algo. O tal vez haya en ella algo demasiado… loco para mi gusto.

—«Quien vive sin locura no es tan sabio como se cree…» —repuso Arsène tirando el lápiz sobre la mesa—. François de La Rochefoucauld, un escritor francés.

Sherlock Holmes me abrió la puerta de la Shackleton Coffee House.

—«Si otros no estuvieran locos, entonces lo habríamos estado nosotros» —citó para replicarle.

Arsène Lupin levantó interrogativamente una ceja.

—William Blake —dijo Holmes—. Un poeta inglés.

Capítulo 16

TRES CABALLEROS
(O QUIZÁ NO)

Sherlock Holmes caminaba a mi lado con sus largas manos hundidas en los bolsillos del abrigo verde. Estaba atardeciendo y del cielo color piedra oscura por encima de nuestras cabezas caían lentos copos de nieve. Holmes se había ofrecido a acompañarme a casa, pero ninguno de los dos, después de tantas palabras pronunciadas aquella tarde, estaba particularmente deseoso de charlar. Yo disfrutaba con su presencia tranquilizadora y con el sonido de la nieve aplastada bajo nuestros zapatos.

Nos entretuvimos delante del escaparate de una tienda de sombreros, detrás del cual un dependiente se afanaba en colocar los que les quedaban en las cabezas de madera de exposición.

Cuando nos vio observándolo desde fuera, el dependiente nos sonrió y nosotros le sonreímos a él. Tenía en la mano una cómica gorra a cuadros y me la ofreció al tiempo que señalaba a Sherlock.

—¿Por Navidad? —le pregunté—. ¡Es una buena idea!

No era más que una broma pero, ante la sola idea de que yo pudiera comprarle un regalo, Sherlock se ruborizó, dijo que no quería ninguna gorra y me apartó de allí, más abochornado que nunca.

Doblamos la esquina y me levanté las solapas del abrigo para resguardarme mejor del viento frío.

—No crees en la teoría de Arsène, ¿verdad? —le pregunté a mi amigo.

—Diría que no —me respondió tras unos pasos.

Por encima de nosotros, el humo de las chimeneas se alzaba en negras espirales y las nubes ocultaban las estrellas.

Sherlock Holmes, cuya genial mente debía encontrar una lógica a cada hecho, me acompañaba distante, asaltado por oscuros pensamientos. Y yo, que lo conocía bien, sabía en qué estaba pensando.

—Hay algo que no cuadra, ¿eh? —le pregunté.

—Algo no cuadra, no —me confirmó.

Esperé, parada en la acera, a que se decidiese a caminar el último trecho de calle y di medio giro sobre un solo pie dejando que la nieve me mojara la cara. Estaba fresca y pinchaba en los labios.

—Lo que no cuadra es Smeaton —dijo Sherlock entonces.

—¿Qué no cuadra de Smeaton?

Él se frotó una sien. No llevaba guantes y sus dedos estaban enrojecidos por el frío.

—El modo en que la policía dio con él. Tiene razón Lupin cuando dice que es realmente demasiado… raro.

—¿Te refieres a la carta anónima? —pregunté.

Él me miró como si le sorprendiera que también una chica razonara tan de prisa como él.

—Exacto.

Estábamos el uno frente al otro bajo la nieve, ajenos a todo lo demás, incluida la puerta de mi casa del otro lado de la calle.

—Esa carta anónima a la que de repente la policía da crédito y que los lleva al botín de Smeaton y, precisamente allí, a su tarjeta

de visita bien a la vista. —Abrió las manos—. ¿Qué ladrón iría por ahí con una tarjeta de visita?

Le sonreí. Cuando pensaba, las facciones de su cara se distendían y adquiría un aspecto hierático, antiguo, como ciertas estatuas que había visto en el Louvre.

—¿Crees que a Smeaton le tendieron una trampa? —le pregunté.

—Sí —suspiró él dejando caer los brazos.

—¿Y quién?

Sherlock meneó la cabeza.

—Los únicos que podían tenderle la trampa tenían que estar al tanto de los planes de la banda…

—¿Ese famoso topo dentro de Scotland Yard? —sugerí.

Me miró.

—¿En qué sentido?

—Alguien que fingió recibir una carta anónima, organizar un registro y arrestar a Smeaton. Sin que él fuera de verdad el jefe de la Rosa Escarlata.

—Sino solo un miembro más… —murmuró Sherlock—. Y en tal caso, todos los demás salieron airosamente de escena.

—Se gastaron bien su parte del botín… Limpiaron su conciencia y su pasado.

Sherlock sonrió.

—Y a lo mejor se han convertido en ricos desconocidos, cincuentones, que viven en bonitas casas de los barrios elegantes de la ciudad…

Lo agarré por un brazo y exclamé:

—¡Eran ellos! ¡La Rosa Escarlata! Samuel Peccary, Joseph Barrow y, por tanto, ¿también Hallett?

Me había puesto de puntillas sin darme cuenta siquiera y, cuando dejé de hablar, me encontré mirando los ojos encendidos de Sherlock Holmes y cogida de su brazo, que apretaba convulsamente por la emoción. Cuando me percaté, aflojé la mano y apoyé los tacones de mis botas en la nieve, pero no dejé de mirarlo.

—Eso es —respondió él, y por su tono de voz supe que tenía la garganta seca, como si él también acabara de volver de un pensamiento que lo había llevado muy lejos—. Podrían ser los viejos traidores de la Rosa Escarlata, a los que el Fraile Negro, muchos años más tarde, ha decidido castigar.

Asentí. Sí, era posible, pensé, pero en realidad estaba turbada.

Entre nosotros había algo que nos distraía y que no tenía que ver con la investigación, sino con la intensidad con que nos mirábamos. Me volví hacia la puerta de mi casa y, con un hilo de voz, le dije:

—Bien, Holmes, mañana hablaremos de esto. Tengo que entrar.

Él miró la tenue claridad de las lámparas del primer piso y la fila de globos luminosos de las farolas, que parecían árboles encantados en un bosque de piedra.

Di unos pasos para cruzar la calle.

—¿Irene?

Me paré, titubeante.

—¿Sí?

Holmes dijo algo en voz muy baja, algo que el silbido del viento entre los copos de nieve impidió que llegara a mis oídos. Algo que tenía que ver con la familia pero que no pude oír. Me volví y, al verlo aterido bajo la nevada, me vino a la cabeza Violet.

—¿Y tu hermana? —pregunté—. ¿Cómo está? ¿Le ha bajado la fiebre?

Sherlock Holmes tosió.

—Sí, claro. Sí. Está mejor. Mucho mejor.

Sonreí.

—Me alegro. Salúdala de mi parte entonces. Y ahora procura no enfermar tú.

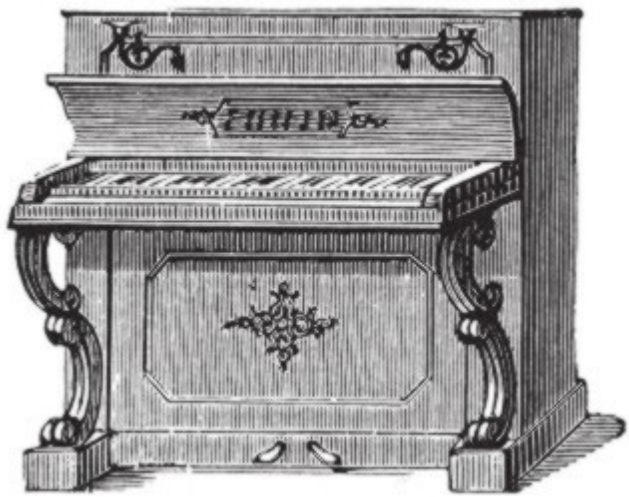
—Desde luego —dijo él todavía en voz baja—. Gracias.

Y luego, impulsivamente, Sherlock Holmes vino hasta mí y me abrazó tan fuerte que me cortó la respiración. Sentí su cara junto a la mía, su barbilla en el hombro y sus manos contra mi espalda.

E inmediatamente después, sin decir palabra, dio media vuelta y desapareció en la nieve.

Capítulo 17

A LA CAZA DEL FRAILE NEGRO



Lupin estaba agazapado al pie de la escalera de la casa de la señorita Langtry, mi maestra de canto.

Lo había visto desde el piso superior mientras bajaba precipitadamente los peldaños deslizando los dedos por el pasamanos, pero de todos modos, cuando empecé a bajar el último tramo, fingí sorprenderme.

—¿He de deducir que me estás siguiendo? —pregunté llegando hasta él.

Arsène se había cambiado de ropa y vestía un abrigo marrón oscuro con un elegante ribete de seda. No pude dejar de notarlo y de hacerle un cumplido.

—Las cosas con mi padre van mejor… —me respondió él, sin aclarar nada más.

Me acerqué a la puerta y me dispuse a abrirla, pero Arsène me lo impidió moviendo ante mis ojos un ejemplar del *Times*.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté alarmada—. ¿Hallett?

—Nada de eso —respondió él.

—¡Vamos, Arsène, no me tengas en ascuas!

Él se apoyó en la puerta con una postura de auténtico gamberrete y desplegó bajo mi nariz las páginas del *Times*. Al llegar a la página de anuncios, me enseñó uno con el encabezado «Problema de ajedrez», y debajo una serie de letras, las palabras «Jaque a la reina mañana temprano» y la firma «El Fraile Blanco». Tardé menos de un segundo en comprender lo que podía ser.

—¿Sherlock? —murmuré.

—Eso parece.

—¿Y qué pretende con esta… ocurrencia?

—Parece que ayer por la noche nuestro amigo común encontró el modo de hablar con Hallett…

Puse cara de sorpresa.

—¿Y cómo lo hizo?

—No me preguntes —contestó Arsène—. Con la vigilancia que había en torno a la casa, ni siquiera mi padre habría logrado colarse allí dentro.

—No bromees —le reproché. Experimentaba una desagradable sensación cada vez que Arsène, aunque fuera irónicamente, criticaba a su padre.

—Está bien, pero no tengo ninguna respuesta, de todas formas. Uno de sus disfraces, supongo… —concluyó, y se echó a reír.

Yo también sonreí, pero estaba perpleja.

—Conseguir que Hallett lo recibiera ha sido una buena jugada, pero no entiendo bien qué tiene que ver con esta historia del anuncio en el *Times* —dije.

Lupin abrió los brazos, impotente.

—El hecho es que Sherlock se encuentra en uno de esos momentos suyos… —trató de explicarme.

Esta vez reí con ganas. Tal vez yo fuera la única persona en el mundo, aparte de él, capaz de comprender a lo que se refería.

—¿Mirada de poseído y oscuros enigmas en vez de frases normales?

—¡Lo has acertado! —confirmó Lupin, divertido—. Y ya sabes lo difícil que es entender nada cuando está así. He aquí todo lo que sé: Sherlock salió de casa de Hallett con la certeza de que ese tipo miente sobre su pasado. No es quien dice ser, en suma.

—Oh —proferí yo, intentando imaginarme qué podía significar aquel dato.

—Y por lo que parece, esto confirma una teoría que ha tomado forma en la mente de Sherlock —prosiguió Lupin—. Acerca de la cual, lamentablemente, estoy a oscuras y no…

Levanté una mano para interrumpirlo y así poder concentrarme. Me volvieron a la cabeza las palabras que Sherlock y yo habíamos cruzado el día anterior delante de mi casa… La hipótesis de que las tres víctimas señaladas por el Fraile Negro fuesen los viejos compañeros de Smeaton, que lo habían traicionado tendiéndole una celada con aquella carta anónima…

Sherlock debía de haber descubierto que Hallett no era en modo alguno un tranquilo burgués adinerado, sino una buena pieza que se había enriquecido de un modo turbio.

—¡Pues claro! —exclamé. Le di a conocer a Lupin, de una manera más bien resumida, la teoría de Sherlock del día anterior y el modo en que las mentiras de Hallett podían encajar en aquel rompecabezas.

Lupin me miró a los ojos, entusiasmado.

—Ahora todo tiene más sentido. Incluso lo que hasta hace un momento me parecía una pura locura.

—¿Y qué es?

—La idea de Sherlock de que el Fraile Negro es en realidad… ¡Mary Smeaton!

Me paré a reflexionar.

—Sí… La hija que venga al padre traicionado… —dije, pensativa.

Pero había aún una pregunta sin respuesta.

—Arsène, ¿a qué lugar corresponden las coordenadas que aparecen en el anuncio de Holmes?

—A los almacenes de té y especias de Shad Thames —contestó Lupin—. Y la especificación «mañana temprano» debería hacerle comprender que la esperaremos allí al alba.

—¿Quieres decir que queréis tenderle una trampa a una asesina? —pregunté.

—Aciertas otra vez, Irene. ¿Vendrás con nosotros?

¿Al alba? ¿A los almacenes de té de Shad Thames? ¿Cómo iba a poder ir? Me hice esas preguntas sin responderle.

—Yo te lo he dicho… —continuó Arsène mientras salíamos del edificio—. Tú piensa en cómo hacerlo posible.

Se inclinó para darme un rápido beso en la mejilla pero, en el último instante, volvió la cabeza y me besó en los labios.

Me puse roja.

—¡Eh, descarado! —exclamé sorprendida.

—¡Cuánto lo siento, señorita Adler! —dijo él riéndose y calándose la gorra—. ¡Cuánto lo siento!

Y se alejó a toda prisa por la acera.

Entré en casa algo asustada y con la nítida percepción de que nuestra amistad estaba seriamente en peligro. Valiéndose de aquella estúpida broma de poco antes, Arsène me había besado otra vez. Y si la primera vez podía haberse debido a un momento de confusión, esta vez era distinto. ¿Era posible que me hubiese esperado en el portal de la casa de la señorita Langtry, donde estaba seguro de que nadie nos podría ver, y que el anuncio del *Times* solo fuese una excusa? ¿O era yo la que siempre veía todo tan complicado y Arsène, en realidad, solo había querido bromear, con esa superficialidad que a veces predominaba en su carácter? Al mismo tiempo, no podía evitar pensar en el arrollador y desmañado abrazo de Sherlock de la noche anterior, cuyos motivos, una vez más, se me escapaban. Tal vez debiera hablar claramente con ellos, porque no quería que unos triviales malentendidos echaran a perder nuestra amistad, pero no acertaba a saber si era o no una buena idea. Y tampoco si debía hablar con cada uno por separado o encarar la cuestión en la primera ocasión en que estuviéramos los tres juntos. Puede que los avergonzara, o que pusiera a uno contra otro… ¿Y por qué, además? ¿Por mí?

Una vez en mi habitación, me miré al espejo para intentar aclararme conmigo misma al menos, pero todo lo que vi fue una sonrisa maliciosa. ¿Sherlock o Arsène? Era la pregunta que había provocado aquella sonrisa. Y la malicia venía del hecho de que no conseguía darme una respuesta. Estaba bien, a gusto, con cada uno de ellos, pero en los meses pasados con Sherlock había echado de menos a Arsène. Mejor dicho, ambos lo habíamos echado de menos. Porque, en nuestras aventuras, estábamos los tres, siempre los tres. La vida de todos los días era otra cosa.

—Qué lío… —murmuré, cansada. Y no me refería solo a

aquello. También estaba el lío del anuncio en respuesta al Fraile Negro, y el encuentro al alba. ¿Cómo podía arreglármelas para ir?

Con la lengua entre los dientes, ordené y reordené los peines sobre la cómoda. Solo tenía una manera de poder acudir a la cita, la misma que, esperaba, aclararía las cosas con Sherlock y Arsène: hablar francamente.

Así, antes de acostarme, busqué al señor Nelson y, sin muchos rodeos, le expliqué el asunto.

Él, después de los reproches de mi padre, no había vuelto a acompañarme en coche, sino que se había quedado en casa, como si estuviera castigado.

—¿Dónde al alba, señorita Irene? —me preguntó levantando una ceja.

Se lo repetí, esforzándome por permanecer bien derecha delante de él.

—Y esta vez necesito que vengas conmigo, porque podría ser peligroso.

—¿De verdad? —murmuró el mayordomo que mi padre había elegido personalmente, y yo asentí.

Él depositó los platos que estaba llevando a la cocina y dijo en voz baja:

—Perdóneme, pero ¿por qué cree que podría estar dispuesto a acompañarla… a un encuentro tan peligroso?

—Por lo que le dijo mi padre, ¿no? —sonreí, cortada—. Por mi seguridad. —Respiré hondo—. Fue usted mismo, Horace, el que me pidió que fuera sincera con usted. Y ahora lo estoy siendo: necesito ayuda y puede que también protección.

La cara del señor Nelson era, como poco, de estupefacción.

—¿Y por qué supone que no voy a ir inmediatamente a hablar con su madre e impedirle así que haga la enésima estupidez?

—Por lo que dijo la semana pasada —repliqué—. Que no es un chivato.

—Señorita…

—Y a mí me gustaría que volviera a ser un poco mi cómplice. Y no un simple mayordomo.

Horace asintió gravemente, sopesando mi propuesta.

—¿Es un sí? —le pregunté.

Me miró.

—Ni hablar, señorita Irene. Y es más, le aconsejo que se vaya inmediatamente a su habitación.

Puesto que había saboreado por un momento la idea de lograrlo, la desilusión fue aún más amarga. Le di las buenas noches rápidamente a mi madre, que intentó en vano convencerme para hojear alguna de las revistas de moda que tenía extendidas sobre la cama como la cola de un pavo real, y luego me retiré a mi dormitorio.

—¡Ay, hijita, eres un caso perdido! —la oí reprocharme, aunque cariñosamente—. Puedo entender que no te importe demasiado, pero ¡al menos cámbiate de vestido una vez a la semana!

Pensé, mientras me preparaba para acostarme, que en eso tenía razón. Me quité la chaqueta que me ponía desde hacía no sé cuántos días, la colgué del respaldo de la silla, delante del pequeño espejo que tenía en mi habitación, y miré en los bolsillos en busca de monedas.

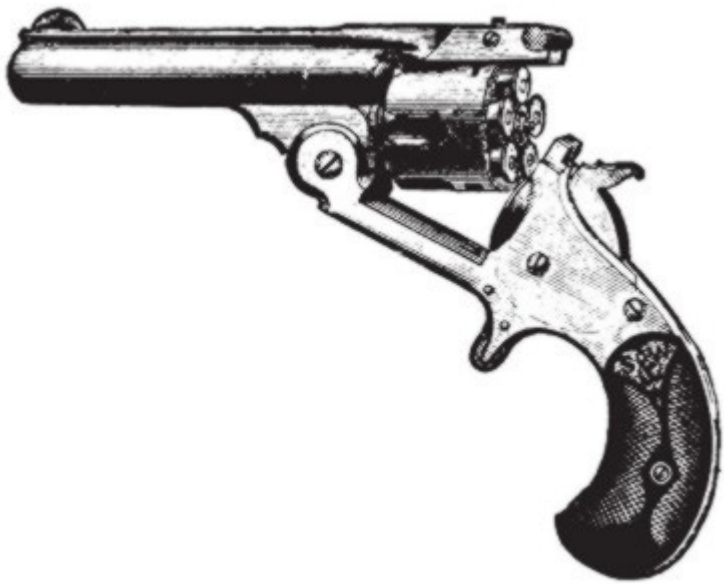
Para mi gran sorpresa, en uno de los bolsillitos de fuera encontré un colgante de oro en forma de corazón.

Mi cara en el espejo, entonces, se veía más confundida que antes.

Estuve prácticamente toda la noche preguntándome quién me lo habría metido. ¿Sherlock Holmes cuando me había abrazado al acompañarme a casa o Arsène Lupin cuando me había abierto el portal de la casa de la señorita Langtry?

Capítulo 18

AMANECER JUNTO AL TÁMESIS



Me desperté, atontada, cuando oí llamar a la puerta. Tenía la impresión de que acababa de dormirme, y probablemente era así. Me despojé de las sábanas pensando en alguna de las visitas acrobáticas de mis amigos y sentí punzarme en la piel el frío de la noche. Esta vez, sin embargo, el ruido provenía de la puerta de mi habitación. La entreabrí y me encontré cara a cara con Horace Nelson, que me tendía un abrigo forrado de piel.

—Justo antes de amanecer hace mucho frío, señorita —bisbiseó —. ¡Venga, abríguese de prisa o llegará tarde!

El corazón me dio un auténtico vuelco y abracé el abrigo y a Nelson en un mismo arrebato.

—¡Gracias, Horace, gracias! —repetí.

—¡Shhh! ¡Hable bajo o nos descubrirán! —me respondió él, rígido y visiblemente cortado—. Una hora, ni un minuto más. ¿Me

lo promete?

—¡Prometido! —susurré.

Volví a entrar en la habitación y me vestí con lo primero que pillé. Salí con las botas en la mano para no hacer ruido y no me las puse hasta llegar a la puerta de casa, que Horace mantenía abierta. Mi madre dormía y, si hacíamos todo con cuidado, no se despertaría antes de nuestro regreso. Horace se había puesto una capa oscura que parecía una enorme campana y que lo hacía aún más imponente. Antes de salir, se echó la capucha sobre la frente y me invitó a hacer lo mismo.

—¿Cómo vamos? —le pregunté mientras él cerraba la puerta con una suavidad insospechada.

—A una manzana de aquí nos espera un coche —me respondió —. Para no hacer mucho ruido.

Llegamos hasta el carruaje a paso rápido en un Londres silencioso y blanco, un laberinto de piedra salpicado de cúmulos de nieve. Subimos y, cuando el coche se puso en marcha, Horace Nelson me dio sus últimas instrucciones:

—Haré que el coche se detenga nada más pasar el London Bridge e iré con usted a los almacenes. Una vez allí, nos separaremos. Sepa que los dos edificios principales de los almacenes de té están divididos por un gran pasaje abierto que baja hasta el Támesis. En ese pasaje hay decenas de pasarelas suspendidas. Yo estaré viéndola desde una de las más altas para que nadie se percate de mi presencia mientras usted y sus amigos mantienen el encuentro del que me ha hablado.

—Gracias —susurré. Para mí, era tranquilizador saber que Horace estaría allí, aunque tampoco él, probablemente, se imaginaba lo peligrosa que sería aquella cita.

Se llevó una mano al cinturón y por un momento vi que se había metido en él un largo puñal con mango de marfil con incrustaciones. Miró la hora en un gran reloj de bolsillo, decidió que todo iba bien y se recostó en el respaldo del carruaje, como si aquello que nos disponíamos a hacer fuera, mirándolo bien, una cosa normal.

Atravesamos un Londres que poco a poco empezaba a despertarse; algunos tenderos abrían y los primeros carros cargados de mercancías llegaban desde el campo. En el London Bridge,

normalmente atestado por cientos de personas, no nos cruzamos más que con un par de carruajes que iban en sentido contrario. Tal como Horace me había adelantado, bajamos del coche en una explanada embarrada y con nieve sucia que descendía con altibajos hasta la orilla del Támesis. El mayordomo me indicó un edificio de cinco plantas, de ladrillo, con una fachada austera de grandes puertas. Entramos por un largo soportal y, una vez dentro, nos encontramos en un laberinto de espacios vacíos en los que se oía el eco de pisadas de otras personas, lejanas. El aire estaba impregnado de olores penetrantes y las paredes mismas habían embebido el acre olor del té, la pimienta y la nuez moscada. Recuerdo que subimos y bajamos algunas rampas de escaleras y que Horace me tenía puesta una mano en el hombro para guiarme. Al final me señaló una puerta que daba al exterior y me hizo una seña para que saliera por ella. Él, me dijo mediante gestos, subiría por una escalera del otro lado del almacén y se apostaría por encima de mí.

—Deme solo unos minutos, señorita, y luego vaya.

—Está bien —asentí.

Esperé, como Horace me había pedido, y luego salí. Me encontraba en una pasarela de metal tendida entre dos edificios distanciados treinta metros como máximo. Por encima y por debajo de mí había otras pasarelas, decenas, que comunicaban almacenes de distintas alturas. Dos plantas más abajo estaba la calle, que por uno de sus lados descendía hasta el embarcadero lamido por el agua fría del Támesis. Aquel lugar, atravesado por todos aquellos puentes de hierro entre los que subían retazos de niebla, resultaba espectral.

Enseguida reconocí, quieto en una pasarela debajo de mí, el abrigo ajado de Sherlock Holmes y, unas pasarelas más allá, el abrigo marrón y elegante de Lupin. Cada uno de nosotros estaba a una altura diferente, en una pasarela distinta de aquel extraño bosque de metal.

Nos saludamos con un ademán y permanecimos a la espera de que apareciera alguien. Pocas horas más tarde, aquellos espacios vacíos serían invadidos por decenas de porteadores y marineros que moverían sacos de especias de un almacén a otro y, desde allí, a los carros con destino a las tiendas de ultramarinos de la ciudad. Pero, por el momento, el pasaje entre los dos edificios estaba en silencio, brumoso y frío.

Eché un vistazo a una de las pasarelas situadas por encima de mí intentando localizar a Horace, pero mi mayordomo se había desvanecido como un fantasma.

—Viene alguien —dijo entonces Lupin señalándome una de las puertas del edificio frente al nuestro—. ¿Oís?

Su voz, igual que nuestros pasos, retumbaba y hacía eco. Entorné los ojos y traté de averiguar por qué pasarela asomaría la persona que se acercaba. No se preocupaba de que no oyéramos sus pasos, pero el eco, como he dicho, hacía difícil saber de dónde provenían. Luego, a medio camino entre Sherlock y Lupin, desde el lado opuesto a aquel por el que nosotros habíamos llegado, apareció una frágil figura que avanzaba cojeando y apoyándose en un bastón bastante elegante.

—No es una mujer… —murmuré a Sherlock. Esperaba ver a Mary, la reina, como la había llamado él en el problema de ajedrez, así que quedé decepcionada. Tal vez fuera un simple mendigo que confiaba en encontrar algo en los almacenes ahora vacíos.

—No estamos esperando a una mujer solamente —me respondió afilando su sonrisa.

—Y entonces ¿quién es?

—¿De verdad que no lo has entendido? —murmuró Sherlock Holmes mientras el extraño, encapuchado y encorvado, miraba a su alrededor con recelo, apoyado en la barandilla de hierro de una de las pasarelas.

Sherlock se arrebujó en su abrigo y se aclaró la voz, que me llegó fuerte y clara.

—¿Recuerdas que la mujer de Smeaton murió al dar a luz a su segundo hijo? Mira cómo camina nuestro hombre: está tullido, como les sucede a los niños que son sacados con fórceps por un médico no demasiado hábil.

Miré asombrada al recién llegado. Así pues, ¿aquel hombre era el hermano de Mary?

Dicho eso, Sherlock levantó una mano en señal de saludo. El otro se detuvo en la pasarela, dubitativo.

—¿Eres tú el Fraile Blanco? —preguntó con voz ronca y colérica.

—Soy yo, sí, pero en realidad me llamo Holmes —contestó mi amigo—. Sherlock Holmes. Y me alegra conocer al Fraile Negro. ¿O tal vez deba decir… Adam Smeaton?

El otro pareció tambalearse sobre su pierna buena, se agarró a la barandilla y respondió:

—¿Qué quieres de mí?

—Que confieses los homicidios de Samuel Peccary y Joseph Barrow, así como la intención de matar a William Hallett, que vive en Ladbroke Square.

El Fraile Negro levantó un puño, rabioso.

—¡Tú desvarías!

—¿De verdad? ¿Es casualidad, entonces, que los dos antiguos miembros de la Banda de la Rosa Escarlata hayan muerto en Twickenham y Wimpole Street, los lugares que señalabas en tu problema de ajedrez?

Adam Smeaton gruñó.

—¿Cómo has podido descifrar el código?

Sherlock se rio.

—¿Crees de verdad que era un código? ¡Si no era más que un juego de niños!

—¡No estaba destinado a ti, eso seguro!

—Tienes razón, es algo que no acierto a comprender… ¿Por qué lo publicaste en el *Times*? ¿Querías advertir a los compinches de tu padre de que irías a castigarlos?

—No sé de qué me estás hablando —rechazó Adam Smeaton.

—¿Y piensas que te creemos? —intervino entonces Lupin desde su pasarela, que estaba justo debajo de la de Adam—. Entonces ¿por qué has venido a la cita?

Smenton no sabía bien qué responder.

—Pensaba que sería alguien de la vieja banda. Pero me equivocaba, solo sois unos chiquillos —dijo.

—¿Alguien de la vieja banda como Hallett, quizá, que ha caído en la cuenta y ha recurrido a guardaespaldas para que lo protejan? —lo acosó Sherlock.

Adam Smeaton escupió.

—Lo cogeremos de todas formas, tarde o temprano.

—¿Y cómo piensas hacerlo con esas piernas tuyas?

—¡Ojo con lo que dices! —rugió Adam Smeaton—. Vosotros seguid burlándoos de mí. Total, nadie os creerá.

Hizo ademán de irse, enojado, y comprendí que, para él, nuestro encuentro había terminado.

—¡No tan de prisa, Adam!

Con un salto digno de un trapecista, Lupin se agarró a la pasarela en la que estaba Adam y se encaramó a ella como un gato. En el tiempo que el hombre tardó en dar dos pasos en dirección a los almacenes y antes de que pudiera meter la mano en su abrigo, Lupin se le echó encima y le sujetó el brazo.

Me llevé una mano a la boca, asustada; por mucho que Arsène tuviese un físico excepcional, no era más que un muchacho, mientras que Adam, aunque débil, era un hombre.

—¡Suéltame! —exclamó revolviéndose furiosamente y, al hacerlo, la capucha le resbaló en la cabeza y dejó al descubierto la cara: una cara de roedor, con una gran nariz marcada por la escarlatina y ojos diminutos, que no paraban de moverse.

—¡No antes de que vengas con nosotros a hacer una visita a Scotland Yard! —dijo Lupin.

Adam dio otro tirón que casi lo hizo caer de la pasarela. Oímos el toque del bastón en el hierro y, en ese momento, una segunda voz resonó en el espacio oscuro entre los almacenes.

—¡Quietos todos! —exclamó con tono perentorio aquella voz, inequívocamente femenina. Delante de mí, en la misma pasarela, apareció una mujer. Era alta, con el cabello rubio cortado por los hombros, y llevaba una pistola en la mano. La apuntaba rápidamente contra uno u otro de nosotros, pero sobre todo contra mí, que solo estaba a unos pasos de ella. Sherlock Holmes levantó despacio los brazos y murmuró:

—No haga tonterías, Mary.

¡Así pues, era ella, Mary Smeaton!

—¡Que nadie se mueva! —volvió a ordenar la mujer mientras sus tacones repiqueteaban en el metal. Desvió la pistola—. Y tú también, el de ahí arriba, ¿o es que crees que no te he visto? ¡Sal ahora mismo, y con las manos en alto!

Me volví, pensando que Mary se había percatado de la presencia de Horace, pero en la pasarela por encima de la mía vi aparecer, en cambio, al inspector Field con las manos levantadas.

—Está cometiendo un gran error… —dijo casi sin voz.

—¡Tú tira la pistola! ¡Ahora! ¡Al río!

Field, tras un instante, hizo lo que la mujer le decía. Mary Smeaton no había dejado de caminar y llegó hasta mí. Entonces

pude mirarla a la cara y reconocí aquellos ojos glaciales que había visto relucir en Ladbroke Square solo un instante antes de desmayarme. Su cara estaba marcada por el cansancio de una vida difícil y aparentaba muchos más años de los que en realidad tenía. Sus ojos estaban hundidos y profundas arrugas le surcaban la frente como heridas indelebles. Su cuerpo era pesado y daba muestras de una alimentación pobre y de mala calidad.

—Y tú pórtate bien, chiquilla…, o serás la primera a la que le volaré su bonita cara. ¿LO HABÉIS ENTENDIDO? —les gritó a los demás.

Me retorció un brazo, haciéndome girar sobre mí misma, y me puso el cañón de la pistola directamente bajo la barbilla.

—¡Y ahora escuchadme bien! No sé cómo han acabado tres mocosos como vosotros en esta historia, aunque sabía que el inspector Field es conocido por tener colaboradores jóvenes, muy mal pagados.

—¡Eso es una tontería! —protestó el inspector Field.

Con la rapidez de un rayo, Mary Smeaton se volvió y le disparó. Aún hoy recuerdo el eco de aquel disparo, el primero que oía tan cerca en mi vida. Y quizá el más espantoso. El exagente de la Corona se dobló hacia atrás, se inclinó sobre la barandilla y resbaló al suelo sujetándose un hombro.

—¡Usted está loca! —masculló en medio del dolor.

Mary Smeaton se rio despectivamente y siguió apuntando el revólver unas veces contra Sherlock y otras contra Lupin, para luego apoyármelo, todavía quemando, en la nuca.

—Feo asunto para vosotros tres. ¡Un feo asunto en el que mejor no habríais tenido que meter la nariz! —Sentí que dentro de ella crecía una rabia incontenible que hacía que le temblara la mano con la que me retenía. Y yo estaba tan aterrorizada que no podía hacer absolutamente nada—. ¡Miraos! ¡Podríais estar en los mejores colegios del reino, o al calorcito de vuestros ricos dormitorios, y en cambio vais a sufrir una desgracia en los almacenes de té, en el barrio más infame de esta infame ciudad! ¡Venga, Adam! ¡Vete de aquí! Y tú, lechuguino, ¡levántate!

—¿Me habla a mí? —dijo Lupin.

—¡Chitón! —La pistola bailó en las manos de Mary y el segundo disparo falló por poco a mi amigo, y solo porque tuvo que apuntar más alto para no arriesgarse a alcanzar a su hermano.

Vi que Lupin palidecía, levantaba las manos y se quedaba más quieto que una figura de escayola.

Se me paró el corazón. Por si tenía alguna duda, la nuestra ya no era una aventura ni una broma. Nos estábamos jugando la vida de verdad.

—¡Qué os creíais! —gruñó Mary Smeaton—. No he esperado veinte años para que luego me detengan tres mocosos y un viejo. ¡No, no he esperado veinte años para eso! ¡Tú! —se dirigió a Holmes—. Con las manos en la nuca, acércate a la barandilla. ¡Así, venga! ¡Súbete a ella! ¡Y luego tírate!

Sherlock llegó a poner las manos en la barandilla pero, cuando oyó la orden de tirarse desde una altura de seis metros por lo menos, se quedó rígido.

—Señora… —farfulló mirándola.

—¡Tú eliges! ¡O saltas o te pego un tiro! ¡Si tienes suerte, te romperás una pierna, puede que las dos! Pero, si te disparo, estás demasiado cerca para que no dé en el blanco.

Traté de moverme, pero me agarraba tan fuerte como la mandíbula de un mastín.

—¡Y tú también! —le gritó a Lupin—. ¡Ponte de pie en la barandilla, ahora!

A diferencia de Sherlock, Arsène no se lo hizo repetir dos veces. Maldijo de una manera que no puedo repetir, salvó la pasarela y se tiró al vacío.

—¡NO! —grité.

Oí el golpe que hizo el cuerpo de Lupin al caer al suelo como un peso muerto, y luego a él aullando de dolor:

—¡Mi pierna! ¡Mi pierna, ay!

Era una situación de pesadilla, y aparentemente sin escapatoria. Intenté desasirme por segunda vez y Mary reaccionó aplastándome contra el hierro. La presión en el estómago me cortó la respiración. Me susurró al oído:

—Luego te toca a ti, guapa, no te preocupes. Pero tienes suerte, porque por este lado llega ya el agua del río.

Forzada por su mano, que me sujetaba del pelo, vi a diez metros por debajo de mí el agua helada y en calma del Támesis, que me pareció un ataúd.

—¿Entiendes ahora lo que significa jugar con la muerte? —rugió

Mary.

Me empujó al suelo y apuntó la pistola contra Sherlock, que seguía inmóvil. Lupin, en el suelo, seguía dando vueltas y gritando horriblemente.

—¿Te decides o no por el balazo, mocosooohhh…?

Las palabras de Mary se transformaron en un chillido desesperado; la joven cayó retorciéndose a mi lado y soltó la pistola, que cayó al pasaje. Tenía un puñal clavado en el hombro.

—¡Huya, señorita Irene! ¡Ahora! —exclamó en ese instante la voz de Horace Nelson.

Me volví y lo vi, listo para saltar de pasarela en pasarela como un gigantesco murciélago negro. Debía de haber aprovechado el único momento en que la asesina de los miembros de la Rosa Escarlata se había apartado de mí para arrojarle el puñal. Y lo había hecho con una precisión despiadada.

El resto sucedió muy de prisa: Sherlock corrió por su pasarela para desaparecer dentro de los almacenes y, en el callejón por debajo de mí, Lupin dejó de fingir que se había roto una pierna. «¡Lo sabía!», exclamé en mi cabeza. Había estado demasiado dispuesto a acatar la loca orden de Mary Smeaton, pero lo había hecho porque su padre debía de haberle enseñado a caer sin hacerse demasiado daño, y de hecho, por lo que parecía, aquel vuelo de seis metros no había sido para él más que una nimiedad. Lo vi correr hacia la pistola que acababa de escapársele de la mano a Mary Smeaton y comprendí que, una vez más, mis amigos estaban demostrando ser personas fuera de lo común.

—¡Cuidado! —me gritó el inspector Field con voz de sufrimiento.

También Mary Smeaton, a su manera, era una persona excepcional. Se acababa de sacar, ella sola, el puñal y lo sostenía en la mano con una mirada terrorífica y aterrorizada al mismo tiempo. Retrocedí a gatas, pero ella no parecía ni verme siquiera. Dejó caer el puñal, dio media vuelta y huyó.

No me lo pensé dos veces, o tal vez tendría que decir que sí me lo pensé una vez, y tal vez pensara también en aquella Hilde que había abandonado una vida confortable para dedicarse al circo, pero tenía el cuerpo tan lleno de emoción y adrenalina que no se me ocurrió otra cosa que levantarme… y perseguirla.

—¡Señorita Irene! —gritó Horace intentando hacerme razonar.

Pero no le hice caso. Corrí por la retumbante pasarela, llegué al almacén vacío de la otra parte, crucé un espacio y me precipité por la escalera siguiendo el ruido de los tacones de Mary Smeaton. Al llegar a la calle, la vi y fui tras ella. A mi espalda oía muchos y diferentes ruidos, pero eran como una neblina difusa a la que no daba la menor importancia. Yo era rápida, lo sabía, y ella estaba herida. Pronto le comí terreno. Pero ¿qué estaba haciendo? ¿Y qué iba a hacer si la alcanzaba?

Mary se volvió para comprobar la distancia que me sacaba, primero una vez y luego otra, y entonces, finalmente, la vi alarmarse. Nuestras botas salpicaban barro mezclado con nieve.

Cuando comprendió que sin duda iba a cogerla, decidió pararse, se volvió y me plantó cara.

—No tienes ni idea… —dijo jadeante— de en qué aprieto… te has metido…

Levantó la mano con la que se había sacado el puñal, todavía manchada de sangre.

—He matado a dos hombres a sangre fría…, dos cobardes… y desde luego no voy a tener…

—¡Cállate! —le grité, decidida a arrojarme sobre ella.

Mary me lanzó una última mirada con aquellos ojos suyos fríos y tristes. Estaba palidísima y la manga de su vestido se hallaba toda empapada de sangre. Yo había dado un primer paso cuando la vi caer al suelo. Sin saber siquiera por qué, no me detuve, llegué hasta ella y me arrodillé a su lado en el barro. ¿Temía que, astuta como era, estuviese haciendo teatro para conseguir huir? ¿O quizá descubrí que se puede sentir piedad por una infeliz, aunque haya cometido acciones terribles?

Solo sé que mi corazón, en aquellos momentos, era una madeja de emociones intensísimas, imposible de desliar.

Cuando comprendí que Mary había perdido el sentido, me alcé lentamente. Mi vestido se había ensuciado por completo. El pelo, revuelto, me caía sobre la cara y mis manos estaban manchadas de nieve, barro y quién sabe qué más. Miraba el cuerpo de Mary Smeaton boca arriba en la nieve y veía que respiraba despacio, muy despacio.

Horace Nelson llegó hasta mí sin aliento.

—¡Señorita Irene! ¿Está…?
Lo interrumpí bruscamente:
—Solo un poco sucia, Horace. Solo un poco sucia.

Capítulo 19

LA SOBRA DE LA VENGANZA

Lupin, entretanto, le había echado el guante a Adam Smeaton y, pistola en mano, le había bajado los humos. Sherlock había comprobado que la herida del inspector Field no era nada serio y lo había ayudado a subir a un carruaje con los dos asesinos para que los atendiera enseguida un médico conocido suyo. Horace y yo volvimos a casa antes de que mi madre se despertara y viera en qué estado se encontraba mi ropa. Me di un largo, larguísimo baño caliente, con el que alivié solamente una parte de la tensión; esta me duró tanto que, todavía hoy, los días siguientes me resultan más bien confusos. Y mi diario tampoco me ayuda. Inmediatamente después de los hechos ocurridos en los almacenes de Shad Thames, el inspector Field tomó bajo su custodia a los hermanos Smeaton y, por medio de un sargento que había sido pupilo suyo, se los entregó a Scotland Yard, dando todas las explicaciones necesarias para resolver, de una vez por todas, los casos Peccary y Barrow, y aclarar la relación con la Rosa Escarlata. Antes de ello, sin embargo, Sherlock, Lupin y el inspector Field hicieron un registro en cierto apartamento de Blackfriars Lane, lo cual permitió explicar muchos hechos que seguían siendo un misterio. Allí vivía Adam Smeaton, y

el nombre de la calle, Blackfriars Lane, es decir, «camino de los Frailes Negros», le había sugerido el pseudónimo con que firmar el falso problema de ajedrez. Adam no llevaba un diario propiamente dicho, pero a lo largo de los años había tapizado las paredes de su casa con hojas de notas que, según decía Lupin, formaban capas y capas de empapelado. Estaban pegadas unas sobre otras, como carteles de circo o pregones, estratificadas y untadas de cola. Me leyeron algunas, que escuché con la atención y el distanciamiento que se adoptan con los locos: cada una de aquellas palabras hacía que resonara en mis oídos el eco del disparo que había herido al inspector Field, me recordaba el rostro de sufrimiento de Mary, sus ojos endemoniados y el grito desesperado que había proferido cuando Horace la había alcanzado con el puñal.

La historia de aquellos delitos y su motivación me daba miedo, porque se trataba de una venganza, una obsesión que había durado más de veinte años, desde que habían traicionado al padre de Mary y de Adam Smeaton y había muerto.

Como imaginábamos, la captura de Jerrold Smeaton, el jefe de la Banda de la Rosa Escarlata, se había debido a la traición de sus cómplices. Localizado en su casa por la policía y herido por una bala, Jerrold no había muerto enseguida: había huido y su cuerpo no había sido encontrado hasta días más tarde. Lo que no habíamos podido imaginar era que, en esos días, el hombre había conseguido instruir a sus dos hijos para que lo vengaran y les había exigido un juramento. Y ellos habían hecho de su última voluntad la gran obligación de su vida. Su único objetivo.

«De una sola cosa estoy seguro —escribía Adam en una de sus disparatadas páginas de diagramas y notas—. Y es de que los tres cómplices de mi padre son como yo: hijos de los sucios callejones de los peores barrios de Londres. Sé que no han abandonado nunca esta ciudad. Se han vuelto ricos, sí, pero Londres es el único lugar que conocen. El único que entienden y que, quizá, los entiende a ellos».

Y tenía razón.

El joven Adam había logrado que lo contrataran en las oficinas del catastro de la ciudad, que se encontraban a pocas manzanas de su apartamento y estaban igualmente cercanas a la redacción del *Times*, en el que había publicado el famoso problema de ajedrez. En

aquellas oficinas, día tras día, mes tras mes, año tras año, el hombre había revisado miles de documentos en busca de los tres traidores. Se quedaba en las oficinas hasta mucho después de la hora de cierre, trabajando febrilmente a la luz de una vela para no ser descubierto. Y con la meticulosidad de un loco, por fin había dado con el rastro de los antiguos compinches de su padre. Había rastreado sus cambios de nombre, sus mudanzas, sus ventas y adquisiciones inmobiliarias. Para identificar el nuevo nombre y la nueva casa de Samuel Peccary, se había valido de los datos sobre cierta joya entregada en pago por la compra de un terreno; en el caso de Barrow, había apostado por su manía de hacer pintar de rojo las chimeneas de todas las casas a las que se mudaba. Y sabía que Hallett tenía debilidad por los cementerios, y su vivienda, ahora que nos fijábamos, daba precisamente al cementerio de una pequeña iglesia. Detalles e indicios que al final habían permitido a Adam localizarlos a los tres.

Peccary, Barrow y Hallett, que junto con Smeaton habían formado la Banda de la Rosa Escarlata, habían sido muy hábiles sepultando su infame pasado, ostentando riqueza y frecuentando a personas respetables, pero no habían tenido en cuenta la mente intuitiva y la perseverante voluntad del tullido Adam Smeaton. Solo Hallett, el último de los tres, al leer los periódicos, había atado cabos entre los dos homicidios y se había atrincherado en su casa.

Cuando Scotland Yard llamó a su puerta y lo acusó de los delitos de la Rosa Escarlata de veinte años atrás, estaba planeando una rápida huida al extranjero. Su viaje, en cambio, se transformó en unos cuantos años de cárcel.

Capítulo 20

UNA NAVIDAD ENTRE AMIGOS

Todavía hoy, el recuerdo de aquel día me asombra y desconcierta. Un día que había empezado de una manera tan atroz y que era en realidad… ¡la víspera de Navidad!

Las horas pasaron tranquilas en el acogedor ambiente de nuestra casa y casi llegué a convencerme de que lo ocurrido al amanecer en los almacenes de té junto al Támesis debía de haber sido solamente una pesadilla. En casa había un buen aroma a caldo de capón, caza asada, salmón ahumado de Escocia y paté de oca francés (una de las producciones que ni siquiera la guerra con Prusia parecía poder interrumpir).

Mi padre estaba de buen humor y nos dio muchas noticias de la tormentosa situación política de Europa, que escuché más porque

era él quien las contaba, y me gustaba el sonido de su voz, que por auténtico interés.

Por la tarde salí para acudir una vez más a la Shackleton Coffee House; llevaba conmigo los regalos para Sherlock y Lupin. Mis padres cuchicheaban en el salón y no interrumpí su conversación, porque imaginaba cuántas cosas tenían ganas de hablar.

Bajé a la calle y fui a pie a mi cita. Los acontecimientos de aquella mañana me tenían muy turbada, pero la necesidad de ocultar mi estado de ánimo a mis padres y el ambiente navideño de las calles nevadas me habían ayudado a recobrar mi acostumbrado buen humor. Aquellos eran días en que mi vida y mi espíritu eran mucho más sencillos y calmados de lo que fueron a continuación. No mucho tiempo después me sería revelado mi auténtico origen, con todo lo que ello comportaba, y un adelanto lo tuve precisamente aquel día.

Mientras caminaba entre Mount Street y Davies Street, un carruaje se detuvo a mi lado y una voz femenina, desde dentro, me rogó que me parara. Yo obedecí, un poco porque iba ensimismada en mis pensamientos y un poco porque me pareció una voz muy dulce y extrañamente familiar.

Creí que quería pedirme alguna información pero, cuando me acerqué, una mano enguantada asomó por la ventanilla y me entregó un paquete de elegante envoltorio mientras la voz de poco antes me susurraba:

—Feliz Navidad, niña.

Me dio tiempo a distinguir el centelleo de dos anillos de brillantes y la cara pálida de una señora, un rostro que, curiosamente, me resultó conocido.

Después, el coche se alejó dejándome sola al borde la acera, con el paquete de Navidad en las manos.

Lo desenvolví y el papel cayó al suelo. Era un camafeo con un rostro femenino de perfil en blanco y rosa.

Lo apreté contra mí, como si ya lo conociera, o lo recordara.

Como si supiera de quién era el retrato.

Y eché a andar de nuevo.

En la Shackleton Coffee House el ambiente era chispeante y el fuego crepitaba en las chimeneas. Las vigas de madera vieja habían sido adornadas con banderas inglesas y festones coloridos, y tuve

que abrirme paso entre una insólita multitud de clientes para llegar a nuestra mesa de costumbre con butacas desfondadas. Con mis amigos estaba el inspector Field, que todavía llevaba el brazo en cabestrillo y parecía, no obstante, a punto de marcharse.

—¡Irene! —me saludó Lupin.

Nos dimos todos la mano, luego Sherlock me explicó que el inspector había pasado por allí para desearnos una feliz Navidad y ponernos al día sobre los últimos detalles de la investigación.

—¿Has resuelto por fin tu gran duda? —le pregunté a mi amigo, contenta y vagamente ausente. Apretaba el camafeo entre los dedos, preguntándome quién sería la mujer que me lo había dado.

—¡Sí! —exclamó Sherlock con satisfacción—. Por fin tengo una explicación de por qué Adam Smeaton tuvo que escribir el falso problema de ajedrez.

Me senté, depositando a un lado mis regalos. Por desgracia, no había previsto la presencia del inspector.

—¿Y cuál es esa explicación?

—Los celos —respondió Lupin mirándome directo a los ojos.

Me sorprendí.

—¿Cómo que los celos?

—Eso parece… —respondió el inspector Field, muy divertido—. El marido de Mary no solo la obligó a casarse con él y es un hombre de temperamento violento, sino que también es muy celoso, hasta el punto de que leía y controlaba toda la correspondencia de su mujer.

—¡No! —exclamé.

—Así es —continuó Sherlock—. Los dos hermanos, pues, acordaron una clave para evitar los celos de Musgrave durante una de las raras visitas de Mary a Londres. Al ver el anuncio publicado por Adam, Mary huyó a Londres para convertirse en la ejecutora material de los crímenes…

—Por tanto, no mentía… —susurré.

—Ha confesado a la policía —explicó Field—. Fue ella la que mató a ambos. Y la que robó dos objetos personales a modo de trofeos macabros.

—Y no podría haber sido de otra manera, dada la debilidad física de su hermano… —observó Lupin.

—Él era la mente… —añadió Sherlock— y ella el brazo.

—Y la pistola —concluí yo.

Nos reímos juntos e intercambiamos algunas bromas más, y el inspector Field, en vez de irse, como había anunciado al principio, acabó quedándose un rato con nosotros.

Aproveché para sacar mis dos regalos, que les di a mis amigos inseparables poniendo cuidado en que ambos vieran el colgante en forma de corazón que llevaba yo al cuello. Sin embargo, no pude captar ninguna expresión distinta en Arsène y en Sherlock, sino solo sus protestas abochornadas y hurañas.

Les había regalado dos ejemplares idénticos del libro *Cuentos de Navidad* de Charles Dickens, el gran escritor desaparecido hacía poco, y ambos me dijeron que aún no lo habían leído.

En ese momento, el inspector se dio una palmada en la rodilla y nos anunció que se marchaba.

—¿Puedo pedirle una última cosa, inspector? —le preguntó Sherlock Holmes.

—Pues claro, chico. ¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Cómo se llama ese joven colaborador suyo —preguntó mi amigo—, el que, como yo, descifró los códigos del Fraile Negro?

El inspector parecía no acordarse siquiera de la persona por la que le preguntaba Sherlock, así que acudí en su ayuda.

—¡Sí, inspector, ese joven que le gustaría presentarnos un día! ¿No le ha puesto el apodo de «la Sombra»?

Solo entonces el inspector asintió enérgicamente y, con una gran sonrisa, nos comunicó:

—Ahora caigo. Mi joven colaborador se llama James, James Moriarty. ¡Espero que uno de estos días os podáis conocer!